

NOE CASADO

Mis malos hábitos y tú



zafiro♥

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Capítulo 1	
Capítulo 2	
Capítulo 3	
Capítulo 4	
Capítulo 5	
Capítulo 6	
Capítulo 7	
Capítulo 8	
Capítulo 9	
Capítulo 10	
Capítulo 11	
Capítulo 12	
Capítulo 13	
Capítulo 14	
Capítulo 15	
Capítulo 16	
Capítulo 17	
Capítulo 18	
Capítulo 19	
Capítulo 20	
Capítulo 21	
Capítulo 22	
Capítulo 23	
Capítulo 24	
Capítulo 25	
Capítulo 26	
Capítulo 27	
Capítulo 28	
Capítulo 29	
Capítulo 30	
Epílogo	
Biografía	
Referencias a las canciones	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Nunca he sido responsable, ni creo que alguna vez vaya a tomar ese camino.

¿Merece la pena? Pues no.

Vivo de puta madre en mi mundo lleno de excesos (todos los que se os pasen por la cabeza, sí, y muchos más que no imagináis) y no tengo que preocuparme de nada.

El problema es que, según mi familia, he llegado a un estado de descontrol tal que deciden (vaya estupidez) cortarme el grifo y meterme en vereda.

Así que me veo obligado a mantener una farsa, ingresar en un centro de desintoxicación y aguantar el chaparrón.

Si piensan que van a cambiarme, lo tienen claro.

Me gusta mi vida tal y como es, así que la psicología barata y una reclusión no van a hacerme cambiar.

Las familias ricas esconden sus problemas y yo lo soy, así que sin importar lo que cueste cada mes el centro de rehabilitación, me veo obligado a ir.

¡Con lo bien que invertiría yo ese dinero en juerga!

MIS MALOS HÁBITOS Y TÚ

Noe Casado

zafiro 

Capítulo 1

Las drogas son malas.

Las drogas te destrozan.

Las drogas te cambian.

Las drogas son caras.

De toda esta letanía que he tenido que soportar innumerables veces desde que estoy aquí, la única cierta es la última.

Y sé muy bien de lo que hablo.

Como decían en una peli que mi examiga y examante Sun me hacía ver: «No compres drogas, hazte estrella del rock y que te las regalen». Bueno, os adelanto que mis dotes para la actuación son buenas; ahora bien, no tanto como para recibir prebendas de ese tipo.

Es mi sexto ingreso en un centro de rehabilitación y ya doy por hecho que será mi sexto fracaso. Y es que en las anteriores ocasiones engañaba más o menos a mis padres haciéndoles creer que tras un par de semanas encerrado, tres como mucho, estaba limpio. Colaba, y otra vez a mi vida. En cambio, ahora, mi perfecta hermana mayor a la que no aguanta ni su perro, ha decidido tomar las riendas de la empresa familiar (mi única fuente de ingresos) y también de mi vida. Me ha cortado el grifo y esta vez no han sido unos días con las tarjetas bloqueadas, ha sido definitivo, así que o bien me arrastro ante la «flor y nata» de los traficantes o me pliego ante mi hermana.

Reconozco que no he estado atento. En teoría, yo era quien debía sustituir a mi padre al frente de los negocios, por eso de la tradición y demás gilipolleces que siempre me he pasado por el forro, pero yo estaba con otras cosas, es decir, divirtiéndome y, claro, Martina, la estudiosa, la competitiva, la inteligente y la hija obediente se puso al frente del cotarro y a ella no la puedo engatusar como he venido haciendo estos años, para seguir con mi estilo de vida.

Mi querida y repelente hermana mayor. Me lleva tres años. Nunca ha dado un disgusto en casa, siempre ha seguido los consejos de mis padres y siempre me ha dado por el culo. Y ahora tiene la sartén por el mango, es decir, el acceso al dinero de la familia y yo tengo que hacer el paripé.

Lo que significa estar en este puto complejo durante seis jodidos meses.

La primera semana me dediqué a buscar la forma de sobrevivir a esta maldita tortura y, la verdad, gracias a mi labia, me hice amigo de un celador, Mauro. Un tipo peculiar, que cobra el salario mínimo y no puede aspirar a más, porque tiene antecedentes, y que con el incentivo adecuado me permite alguna cosilla, como salir del recinto algunas noches. No es que pueda ir muy lejos, pues este sitio está en medio de la nada, con el pueblo más cercano a doce kilómetros. Eso sí, hay aire puro hasta hartarse, porque estamos rodeados de bosques.

No sé por qué no instalan una cárcel aquí, se ahorrarían un pastizal en vigilancia. No te puedes escapar, porque doce kilómetros a pie por una carretera mal iluminada es todo un riesgo. Yo, desde luego, no me arriesgo y mucho menos a ir por el bosque.

La segunda semana, tras despreciar primero a la psicóloga, Esperanza, encargada de darme la tabarra con charlas motivadoras en grupo y sesiones individuales, me di cuenta de que podía serme útil, ya que al fin y al cabo tiene acceso a ciertos medicamentos que me pueden facilitar la vida. Así que me hice el simpático con algunas trabajadoras y fingí que me interesaban las charlas de Esperanza. De este modo he descubierto que tiene cuarenta y cinco años, está divorciada y su sobrepeso no la ayuda a buscarse un amante, así que le he tirado los tejos.

No me ha rechazado, aunque supongo que por toda esa mierda de la ética profesional se va a resistir un poco. No obstante, algo me dice que si me esfuerzo más, en menos de dos semanas me la follo en su consulta. Que eso siempre da más morbo.

La tercera semana hice amistad con Amapola (sí, yo también me descojoné al oír su nombre); es limpiadora y ronda los cuarenta. Lo importante es que tiene las llaves de todo el complejo, de manera que no me quedó más remedio que tirármela en el cuarto de la basura y ahora me conozco los recovecos, entradas y salidas para moverme a mi antojo.

Aunque, lo repito, ni loco me aventuro por esa carretera tercermundista. Hago lo que hago por el placer de tener una vía de escape. Ah, y para saltarme los jodidos horarios, que me irritan a no poder más.

Y hoy comienzo la cuarta semana de encierro de un programa que va a durar, si no me da un chungo antes, unos seis meses en total.

Son las ocho de la mañana, el comedor para el desayuno abre de siete a nueve, pero yo me las arreglo para bajar quince minutos antes del cierre y jorobar un poco. Con eso me gano las miradas de reproche de los empleados, porque no pueden recoger hasta que me haya marchado. Y a pesar de que el desayuno es una mierda sana, no hay otra cosa.

Por eso, a pesar de que estoy despierto, no me muevo de la cama pensando en cómo debería vestirme hoy. Aquí nos recomiendan que usemos ropa cómoda, básicamente chándal, camisetas y deportivas, pero joder, es que es deprimente ver a tanta gente con problemas y encima ataviados con ropa deforme. Así que yo me niego a tal despropósito y, como me han permitido traer gran parte de mi guardarropa, pues cada día me visto de forma elegante.

Mi deseo de quedarme tumbado hasta el último minuto se va al garete, porque me estoy meando. Así que ya me levanto y aprovecho para ducharme. Una de las ventajas de tener dinero es que no te ingresan en un centro de rehabilitación para pobres, donde, además de aguantar la chapa de psicólogos, tienes que trabajar. O peor aún: compartir habitación. Mi familia me ha metido en un centro de lujo y por eso dispongo de mi propio cuarto de baño.

Una vez aliviado, duchado y afeitado, salgo en pelotas y descalzo con la intención de buscar la ropa para el día de hoy, cuando de repente se abre la puerta de mi dormitorio y una chica, que podría ser la de la curva o cualquier película de terror de bajo presupuesto, entra y me pregunta:

—¿Puedo usar tu baño? Es que el mío se ha averiado.

—Todo tuyo —murmuro sin pedirle explicaciones y sin cubrirme, porque a ella no parece molestarle mi desnudez.

La chica se va corriendo al aseo y cierra la puerta.

Yo hago una mueca, porque además de ducharme he hecho otras cosas ahí dentro. Sí, también me la he meneado, vale, pero eso no deja rastro. Traducido, que he cagado y, bueno, se me ha olvidado abrir la ventana.

Mientras ella usa mi cuarto de baño, me saco unos Dockers grises, un polo Hilfiger negro, los bóxers y las deportivas de Armani.

Os preguntaréis cómo es posible que mi vestuario sea tan selecto y cómo manejo tan bien

estas cosas. Se lo debo a mi examiga y examante, creo que ya la conocéis, Sun. Pero por si acaso os refrescaré la memoria.

María Asunción Peralta de la Merced y Luengo-Medina. Una amiga de la infancia, de buena familia, guapa, elegante, sofisticada y que, como yo, creció en un ambiente de privilegios donde solo debías elegir qué te gustaba. No importaba el precio. Pues bien, nos hicimos amigos íntimos, tanto que decidimos perder la virginidad juntos, porque yo en mi etapa de adolescente no tenía mucho éxito con las chicas y es que, como bien me decía Sun:

—Hay que perfilar tu estilo.

Y ella lo hizo. Tiene un don para estas cosas y me ayudó. No solo a escoger ropa cara, sino elegante, sin caer en las excentricidades de las marcas de diseño que algunos nuevos ricos lucen haciendo el ridículo.

También se encargó de que mi cuerpo, un tanto amorfo, con ejercicio y una nutrición correcta pasara a estar bien moldeado. Y soporté también infinitos tratamientos de belleza, que, al final, junto con el dinero del que disponía sin control, hicieron de mí otro hombre. Resumiendo, que de ser un adolescente que tenía todas las papeletas para ser un tipo rechoncho y con papada antes de los cuarenta, ahora he cumplido treinta y cinco y me conservo de puta madre y hasta puedo lucir abdominales.

Es una pena, pienso, mientras me pongo los calcetines, que Sun y yo hayamos roto nuestra relación. Y no lo digo por lo de echar un polvo de vez en cuando para aliviarnos mutuamente. Ella porque estaba enamorada de un imposible y yo porque a veces me aburría de las tías emperifolladas que querían montar en mi deportivo. Si la echo de menos es porque Sun y yo hablábamos de todo. Y eso a veces, en momentos de bajón, venía bien.

Pero acabamos mal. Ella intentó que yo cambiara mi ritmo de vida y, en vez de echarme un cable, se chivó a mis padres de mi rutina de fiestas, drogas, sexo, carreras con el coche y noches sin final. ¿A que hay un montón de canciones con estos argumentos?

No, si al final me tenía que haber hecho estrella del rock para que me regalasen las drogas.

Cuando me estoy poniendo el polo, se abre la puerta y sale la chica de la curva limpiándose la boca con la manga de su deforme y extragrande sudadera.

—Gracias —musita y apenas puedo verle la cara, pues lleva el flequillo muy largo.

Me da que apenas ha cumplido los veinte.

Joder, las nuevas generaciones qué poco aguante tienen. Yo hasta los treinta no entré en mi primer centro de rehabilitación.

—De nada. ¿Estás bien?

—Sí. Es que el desayuno me ha sentado mal.

—Lógico. Suele ser una mierda.

La chica sonrío de medio lado y entonces me fijo bien, es un saco de huesos.

—Gracias —repite—. Tengo que irme.

—Pues vale.

Yo no me meto en la vida de los otros residentes, cada uno tenemos nuestros líos.

Una vez vestido, miro el reloj, aún no es la hora, así que haré un poco de tiempo. Hasta las ocho y media no voy a pisar el comedor.

* * *

—El señor Doncel nos honra con su presencia —se burla una de las empleadas al verme entrar en el comedor. Está empezando a recoger y solo quedan dos comensales más, a los que ya les queda poco.

—Buenos días. ¿Qué nos ha preparado hoy el chef? —replico con el mismo tonito.

Todos los días tenemos la misma mierda. Leche entera, ni de soja ni de avena; tostadas de pan de molde, y mira que les he repetido que es mejor un pan artesano, porque el de molde contiene demasiados azúcares; mermelada industrial, tócate los cojones; fiambre del barato, porque si hubiera jamón de bellota Joselito, nada que objetar; zumo de cartón, más azúcar; café soluble, ¿tanto cuesta una máquina de cápsulas?; y algo de fruta, no mucha, macedonia de bote, algún plátano, kiwi para los estreñidos, supongo, y manzanas.

—¿Qué, te decides? —me espeta la chica que está tras el mostrador mientras examino la porquería disponible, como cada mañana, con la bandeja en la mano.

—Sabes que la estancia aquí cuesta al mes cinco veces tu porquería de salario, ¿verdad? —replico impertinente—. Pues cállate, limpia y deja de tocar las narices.

Odio las servilletas de papel, son de mal gusto y encima poco o nada ecológicas. Aun así, me coloco una sobre las piernas y me dispongo a untar la tostada, mientras, como siempre, me gano la mirada de odio de los que trabajan allí, porque van a salir media hora más tarde.

Que hubieran estudiado u opositado.

Cuando acabo el desayuno, veo que llego veinte minutos tarde a mi sesión individual con la psicóloga. Sí, esa, la rellenita cuarentona. Camino tranquilamente por los pasillos hasta la consulta y cuando llego, entro sin llamar.

—Buenos días, señor Doncel —me saluda con cierto retintín, sin apartar la mirada de su móvil.

—¿Interrumpo? —replico, porque de reojo he visto que estaba jugando a algo, lo que hace que me pregunte qué tipo de selección llevan a cabo en este centro.

Me hace un gesto para que me acomode en el diván y yo niego con la cabeza, prefiero el sillón, aunque le pregunto:

—¿Aguanta el peso de dos personas?

Por supuesto, la cuestión va encaminada a saber si, llegado el caso de que me la tirase en la consulta, el mobiliario aguantaría.

—Es una pregunta muy capciosa —murmura, y ha captado a la primera mi intención.

Le sonrío y ella saca su cuaderno de notas, en el que no debe de tener nada más que garabatos, ya que entre que llego tarde y en vez de hablar de mis problemas desvío la conversación, muchas notas no habrá tomado.

—Bien, el último día te sugerí que me hablaras de la primera vez que tomaste drogas —dice en tono pedante— y no quisiste hablar de ello, aunque, ¿has reflexionado sobre el asunto?

—Cada día —miento.

En teoría lo de recordar mis comienzos es para averiguar las causas de mi adicción.

—¿Y ya estás dispuesto a hablar sobre el tema?

—No —digo con sequedad.

—Mira, Quique, o haces un esfuerzo o es tontería que perdamos el tiempo.

La miro fijamente y noto que se pone algo nerviosa, así que pregunto:

—¿Puedo fumar?

Entorna los ojos.

—Sabes muy bien que está prohibido en todo el complejo.

El tabaco no es algo que me apasione y menos si no lleva algo más. Me cansa, no me aporta nada y sus efectos son inapreciables, sin embargo, con tal de tocar los cojones, enciendo un cigarrillo y ella se levanta para abrir la ventana.

No intenta quitármelo, de modo que puedo disfrutar de este placer tan proletario sin molestias.

—Esta no es la actitud, se te va a hacer muy cuesta arriba la estancia.

—Pues habrá que buscar un entretenimiento, ¿verdad? —replico y le dedico otra sonrisa deslumbrante y seductora.

Y es que mi examiga y examante Sun, además de ayudarme con los estilismos, me obligó a practicar delante del espejo diferentes miradas y expresiones y, joder, al principio me parecía ridículo, pero después comprobé los beneficios.

—No sigas por ese camino —me advierte, sin embargo, su tono meloso la delata.

Por supuesto, aún es pronto para dar un paso más, me conformaré con coquetear e ir observando sus reacciones.

Capítulo 2

—Gracias —le digo a Mauro por haberme traído el encargo.

Tabaco, maría y un paquete de condones. Una combinación de pobres con la que me conformo.

Le he dado a cambio unos vaqueros de Armani que luego revenderá. Me trae sin cuidado, son de hace una temporada y ya no los quiero.

Es casi medianoche y estamos en la zona del jardín menos vistosa, es decir, donde se guardan los aperos para la jardinería. Hace algo de fresco, pero no me importa. Cualquier cosa es mejor que estar encerrado en la habitación.

—De nada. A mandar —responde alegre y comienza a liar un canuto.

Yo tengo las pirulas que me ha dado Esperanza para relajarme. No ha sido muy difícil conseguirlas. Después me tomaré una y así conseguiré conciliar el sueño.

—¿Necesitas algo más? —pregunta Mauro—. Ya sabes que puedo traer cualquier cosa.

—No, de momento con esto me conformo.

Desde que estoy aquí no me he metido ninguna raya, porque me propuesto jorobar a Martina. Mi hermana cree que soy incapaz de abandonar mis malos hábitos, y sí, ahora mismo me pondría hasta las cejas, sin embargo, me agunto para poder salir de aquí.

Una vez que consiga el puto certificado o lo que cojones les den en este centro a los que pasan la prueba, se lo voy a restregar por las narices y Martina se verá obligada a tragarse sus palabras y a devolverme mi asignación.

Algo que celebraré por todo lo alto, por supuesto.

Mauro enciende el canuto, le da dos buenas caladas y me lo pasa. En otras circunstancias lo habría rechazado, pero no dispongo de una oferta mejor.

—Líame un par de ellos para tenerlos de reserva —le pido y él comienza a prepararlos.

Mientras, yo miro alrededor, las sombras de los árboles, el edificio del centro y todo lo que me rodea, y me pregunto cómo seré capaz de aguantar tanto tiempo.

Ojo, tengo que hacerlo si quiero que mi hermana afloje la pasta, aunque voy a tener que encontrar más diversiones para soportarlo.

—¿Hoy has quedado con Amapola? —me pregunta.

—No te vayas de la lengua —le advierto, porque solo tres personas, ella, Mauro y yo estamos al tanto del asunto.

—¿Yo? —se señala a sí mismo—. ¿Para qué me iba a chivar si eres quien mejor se porta conmigo?

Eso es cierto. Muchos residentes que, como yo, provienen de familias adineradas, le ignoran porque tiene antecedentes. A ver, en mi mundo, si has estado en la cárcel por blanqueo de capitales no pasa nada, pero por robar en una gasolinera sí. Eso marca la diferencia y Mauro cometió los típicos delitos de la gente de clase baja.

—Sí, he quedado con ella —le confirmo, exhalando el humo.

—¿También le das regalos, como a mí? —inquiére y niego con la cabeza.

—Dejarla satisfecha es suficiente —respondo, y él se encoge de hombros.

Mauro es un tipo discreto, que va a lo suyo, de ahí que me fijara en él y no en otro empleado.

Con Amapola he de tener más cuidado, aunque de momento no ha abierto el pico. Por desgracia de vez en cuando dice alguna estupidez, y tarde o temprano se acabará sabiendo. No es que me importe demasiado, pero tampoco quiero que la despidan por follar con un residente.

Ella tiene más que perder que yo, pero a veces algunas son incapaces de mantener la boca cerrada, aunque les vaya la vida en ello.

Guardo los dos canutos y me despido de Mauro, que por lo visto disfruta quedándose a ver las estrellas.

La cita con Amapola será rápida y en el almacén. Como ya he dicho, ella tiene las llaves de todas las puertas, así que podríamos elegir cualquier estancia del centro, sin embargo, prefiere no pisar las consultas o los despachos de los administrativos.

A saber por qué. No se lo voy a preguntar.

Camino tan pancho rodeando el jardín y llego al almacén, donde la veo junto a la puerta. Me hace un gesto para que entre rápido y, nada más hacerlo, echa la llave y se lanza a por mí.

—Eh, joder, qué prisas —digo sin apartarla, para que no se enfade.

—Es que te tengo ganas —susurra y me agarra la polla por encima del pantalón—. Hummm, habrá que ponerte a tono.

Amapola no es lo que se dice una belleza y, si bien no se puede afirmar que folle de forma espectacular, al menos roza el aprobado, pues le pone voluntad, como en estos momentos en que me está desabrochando la bragueta.

—¿Vas a chupármela? —pregunto, y ella niega con la cabeza—. ¿Por qué?

—Porque no eres mi novio.

Pongo los ojos en blanco, qué respuesta tan estúpida e ilógica.

Amapola mete la mano dentro de mis pantalones y me la menea. Es rápida y un tanto brusca, sin embargo, no me voy a quejar. De momento, prefiero tirármela a masturbarme en la ducha.

Supongo que cuando seduzca a Esperanza pasaré de Amapola. No lo sé, o quizá para divertirme siga follándome a ambas. Ahora no puedo pensar, joder, que me la ha puesto dura y yo busco mirando de reojo un lugar donde ponernos, ya que hacerlo de pie, pese a la pequeña estatura de Amapola, no me apetece.

Al final elijo unas cajas de conservas apiladas.

—Qué morboso —musita excitada.

—Mucho —miento, al darme cuenta de que son envases de alcachofas cocidas.

Nota mental: no reírme demasiado el día que toque alcachofas como guarnición. Y, por supuesto, ni probarlas.

Antes de sentarse, Amapola se quita los pantalones y las bragas. Yo, mientras, saco un preservativo y me lo pongo. En otras circunstancias la tocaría un poco, sin embargo, ella ha dejado claro que está cachonda así que me sitúo entre sus piernas separadas y se la meto sin pasos previos.

Intenta besarme, pero yo susurro con malicia:

—Como no me la chupas, nada de besos.

Hace un mohín, aunque debido al ímpetu con que la penetro, no tiene ganas de replicar. Soy consciente, y Amapola también, de que esto va a ser un polvo exprés. Ojo, yo estaría encantado

con algo más de sexo clásico que cuatro empujones, sobre todo una buena mamada, que hace mucho que no disfruto de una, pero me tengo que conformar con esto.

Ella gime e intenta besarme de nuevo, yo la rechazo y voy a lo mío: correrme. Quiero regresar a la habitación, darme una ducha y tomarme una de esas pirulas que me hacen olvidar.

Estoy cerca, así que acelero. No es que me importe mucho si ella disfruta, aunque sé que si la dejo insatisfecha no querrá follar de nuevo, de modo que voy a lo seguro y, sin dejar de penetrarla, le acaricio el clítoris hasta que gime como una posesa y me tira del pelo. Amapola es un tanto exagerada, a veces pienso que finge, pero ya he dicho que me da igual, tan solo es un parche.

Como parece que se ha corrido, lo hago yo también. Repito, ha sido un polvo mediocre de principio a fin, porque ni ella me gusta ni tampoco le he puesto excesiva emoción.

Me aparto y me quito el condón. Con los pantalones aún sin abrochar, voy hasta uno de los contenedores y lo tiro. De reojo, observo cómo ella se arregla la ropa. No me molesto en ayudarla.

—Venga, vámonos —me dice.

Estoy a punto de decirle que así da gusto, se echa un polvo y largo, pero pese a todo seré considerado. Le hago un gesto amable indicándole que pase ella delante. Cuesta muy poco, y así Amapola se sentirá mejor.

Nada más abandonar el almacén me deja solo y aprovecho para fumarme un canuto tranquilo antes de ir a mi habitación. Lo haría allí, sin embargo, me molesta el pestazo que queda después.

Una vez relajado, me encamino hacia la zona de los dormitorios con toda la tranquilidad del mundo. A estas horas no hay nadie y los vigilantes solo se preocupan de si alguien quiere largarse del complejo. Así pues, camino a mis anchas.

—¿Adónde va usted? —pregunta una voz femenina a mi espalda.

Obviamente, ni me molesto en detenerme. Oigo unos pasos acercándose, el típico sonido de zuecos baratos de plástico. Resoplo, no estoy de humor, así que cuanto antes llegue a mi dormitorio, mejor. Que quiero darme una ducha.

—¡Eh! —insiste la voz—. ¿Está sordo?

—Buenas noches —murmuro cuando estoy a punto de abrir la puerta de mi «celda», pero una mano se interpone.

—O me da una explicación de por qué está a estas horas sin autorización fuera de su cuarto o...

—¿O qué? —la interrumpo dándome la vuelta para enfrentarla y mandarla a la mierda, que no son horas de tocar los cojones.

Me encuentro con una morena con el pelo recogido de forma vulgar, vestida de enfermera, con uno de esos horribles pijamas azules. Y sí, zuecos baratos blancos.

—O me verá obligada a dar parte.

—Mira... —me inclino para leer la chapa que lleva con su nombre—, señorita Rosales, déjame tranquilo. Vengo de echar un polvo, algo mediocre, cierto, sin embargo, me ha dejado bastante relajado y como sigas así me vas a jorobar los pocos efectos positivos del sexo.

—Muy gracioso —se burla.

La miro de arriba abajo. Lo que me viene a la cabeza es común y corriente, nada reseñable. Estatura uno sesenta y cinco como mucho. Talla cuarenta y dos.

¿Qué? Tantos años junto a una fanática del estilismo hace que me fije en estos detalles.

—En otro momento no me importaría aguantar estupideces a estas horas de la noche...

—¿Has fumado? —me interrumpe tras olisquearme.

En vez de responder, saco el canuto que me queda, se lo muestro y le pregunto:

—¿Te apetece?

Ella me lo arrebató y delante de mis narices lo rompe.

—Está prohibido fumar en todo el centro —dice como si fuera un loro bien amaestrado.

—Sé leer. He visto los carteles —mascullo.

Echo cuentas, me ha jodido un polo de Lacoste, como mínimo.

—Por esta vez no daré parte —afirma en tono autoritario, lo que hace que me ría.

—Doy por hecho que eres nueva, por eso voy a decirte lo que pienso de las normas: me las paso por el forro. Y ahora, señora Petarda, váyase a tomar por el culo. Buenas noches.

Antes de que me suelte otra gilipollez sobre las normas o cualquier otra tontería, entro en mi habitación y le doy con la puerta en las narices.

Desde luego, hay gente con ganas de molestar y encima por la noche.

En fin, como será otra de las muchas empleadas que vienen y van, no me preocupa.

Capítulo 3

Desde hace unos días, a eso de las nueve (minuto arriba, minuto abajo) aparece la chica del chándal amorfo y que le viene grande, me pide usar el aseo, yo se lo permito y sale unos minutos más tarde. Por eso, hoy, al mirar el reloj, ver que son las nueve y cuarto y que no aparece, me he preocupado. No tengo ni idea de cómo se llama, pero oye, es una rutina.

Una vez vestido, bajo al comedor, como siempre, apurando el tiempo, y aprovecho para buscar a alguien de mantenimiento.

—¿Ocurre algo? —me pregunta con desgana una de las empleadas que hay tras la ventanilla.

—Pues sí, guapa —le espeto con sorna, porque ni pasando por el quirófano resultaría atractiva—. Aquí se paga una pasta gansa cada mes, así que no entiendo cómo es posible que los servicios dejen de funcionar y no pase un fontanero a arreglarlos.

—¿Me dice su número de habitación para tomar nota? —me pide de manera desapasionada, evidenciando que no va a mover un dedo.

Le explico, llamándola gilipollas de forma velada, que no es en mi «celda» donde está el problema, sino en la de al lado, o eso creo, porque no he averiguado cuál ocupa la chica del chándal deforme. La empleada se limita a anotarlo en una libreta.

No me molesto en decirle que vaya mierda de Atención al cliente.

Tras mi paso por el comedor, me dirijo al gimnasio.

Esa es una de las pocas cosas que me gusta del centro, las instalaciones deportivas. Supongo que es una forma de mantener a los residentes ocupados para que no piensen en sus respectivos vicios. La única pega es que a veces resulta deprimente ver el panorama: tanta gente con cara de asco, vestidos de cualquier manera y sin ganas de vivir es sin duda un incentivo para escapar de aquí. Pero aunque ganas no me faltan, aguantaré.

Yo, como ya he dicho, a pesar de estar recluso, no prescindo de escoger la ropa con esmero ni de tener un aspecto elegante. No entiendo por qué esta gente no hace un esfuerzo por arreglarse, los ayudaría bastante a superar sus mierdas. Se lo comentaré a Esperanza, como psicóloga debería recomendarlo.

Comienzo en la cinta, que, al estar colocada frente a los ventanales, me permite ver el jardín. Estoy acostumbrado a mirar una pantalla, de ahí que me parezca aburrido observar árboles y plantas, aunque admito que es relajante.

Un interno se coloca en la cinta de al lado e intenta darme conversación. Dice que es un adicto al móvil. No me jodas... ¿Eso existe? Y lo más preocupante, ¿esta gente necesita terapia?

Hay que ser gilipollas para engancharse al móvil. ¿Qué clase de satisfacción produce? Yo al menos me meto un par de rayas y me divierto. O también MDMA, que a la mañana siguiente soporto mejor el bajón.

Tras aguantar la chapa que me ha dado el gilipollas y hacer mis ejercicios, regreso al dormitorio para ducharme y lo que me encuentro en el pasillo es de lo más desagradable. La

chica que usa mi aseo por las mañanas está en una camilla, con un gotero puesto y se la llevan a algún lado.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto? —le pregunta a una compañera la enfermera petarda que me sorprendió la otra noche.

—No lo sé, Vivian —responde la otra chica, apesadumbrada.

Mira, ya sé cómo se llama la petarda.

—Tenías que vigilarla todo el tiempo, joder. Sobre todo cuando va al baño —se lamenta, pasándose las manos por la cara.

Yo paso de esta mierda, me la trae floja lo que hagan otros residentes, pero como no tengo nada mejor que hacer y con tal de ver a la petarda pasarlo mal, me quedo junto a mi puerta, con los brazos cruzados.

—Siempre entro con ella al aseo y no la dejo tirar de la cadena sin mirar antes el retrete.

«Joder, qué asco —pienso—. Con la mierda que les pagan y tienen que vigilar precisamente eso, la mierda de la gente.»

—Pues entonces no me lo explico, maldita sea. Llevaba quince días alimentándose bastante bien...

Frunzo el cejo y ato cabos.

—¿Y tú qué miras? —me espeta la chica.

—No debes tratar así a un interno —le indica la petarda y después se dirige a mí—: Es una conversación privada, señor.

—Tengo información valiosa —digo y ambas me miran sin comprender—. Sobre la chica.

—¿Sobre Yolanda?

Asiento.

—¿Y qué sabes? —pregunta la vigilanta del retrete.

—Me dijo que su aseo estaba averiado, así que usaba el mío.

—¡¿Cómo?! —me gritan las dos al unísono y me miran como si fuera el Anticristo.

—Eh, eh, tranquilas, ¿vale?

—¿La has dejado vomitar en tu baño, insensato? —me acusa la petarda, perdiendo las buenas formas.

—Yo no sabía que... —empiezo a excusarme, pero me doy cuenta de que es absurdo—. Oye, es culpa vuestra, joder. Sois unas ineptas.

—¿Cómo te atreves? —me replica la otra chica y, para dirigirme a ella con propiedad, me acerco para leer su identificación.

—A ver, señorita García, deje de dar por el culo. Aquí se paga una pasta gansa cada mes, así que te buscas la vida.

—Oye, no te consiento...

—¿Tú? ¿A mí? —me burlo sin piedad—. Seguro que ganas una mierda y por eso haces un trabajo de mierda. Asume tu responsabilidad.

Ella me fulmina con la mirada, y la otra, la señorita Rosales, la petarda, tuerce el gesto, aunque algo me dice que este enfrentamiento la divierte.

—Anda, déjame a solas con él —le pide a la señorita García—. Ve a la enfermería y comprueba cómo está Yolanda.

Se marcha a regañadientes y entonces digo:

—¿Cuál es mi recompensa por colaborar?

—¿Perdón?

—Si no os llevo a contar lo de la chica, aún estaríais sin saber por dónde os daba el aire.
—Oye, ya sé que en todos los sitios tiene que haber un payasete con dinero que se cree lo más, pero de verdad, déjalo —me suelta con chulería, lo que no deja de sorprenderme.
—¿Sabes que con una llamada puedo hacer que te despidan?
—Hazlo, por favor —me desafía y hasta tiene el descaro de alzar la barbilla.
—A lo mejor me divierto más puteándote.
Ella sonrío despacio y me da unas palmaditas en la mejilla.
—Manejo agujas, entre otras cosas.
Y, tras la velada amenaza, se da media vuelta y se larga, sin darme opción a réplica.
Y lo peor de todo es que me ha dejado jodido e interesado. Más que nada porque no parece la típica empleada que se limita a cubrir el expediente.

* * *

Si la terapia individual a la que me veo obligado a ir es ante todo un sufrimiento innecesario, la reunión colectiva es un horror. Seis imbéciles conducidos hacia el desastre por Esperanza.

Y aquí estoy, sentado en una mierda de silla de plástico, con un zumo de brick, escuchando a una tonta de los cojones contar la historia de cómo se enganchó a las drogas, mientras llora a moco tendido, conmoviendo a todos los presentes menos a mí.

—Yo solo quería ser como las demás —se lamenta, y yo resoplo.

La psicóloga se da cuenta y me hace un gesto de advertencia para que disimule un poco. La chica sigue desgranando su pasado.

—Era tan divertido... —Hace una pausa para sorberse los mocos y un idiota le pasa un pañuelo—. Me sentía importante. La primera vez fue... uff, espectacular. Y eso que no quería probar, me daba miedo porque soy celiaca y vigilo mi alimentación.

Pongo los ojos en blanco, cuánta estupidez.

Joder, ¿a que es para darse de cabezazos? La tía no prueba el gluten y se mete dos rayas. Tócate los cojones.

Cambio de postura en la silla y miro la hora. Esto se me va a hacer eterno y, después de la cena, tengo planes. Me ha costado, pero al fin Esperanza ha aceptado quedar conmigo. De ahí que yo mantenga la boca cerrada, aunque esté oyendo un sinfín de topicazos.

—¿Y por qué caíste? —pregunta uno de los asistentes que, así, a primera vista, necesita visitar a un odontólogo a la voz de ya. Por favor, no tiene un solo diente en condiciones, amén de lo amarillentos que los lleva.

—Mi novio me animó —responde ella.

—Qué poca personalidad —murmuro, cruzando los brazos.

—Esa misma noche, los dos...

—Follasteis como conejos —apunto yo, y todos me miran fingiendo escandalizarse, aunque tenga toda la razón.

—Señor Doncel, por favor —me regaña Esperanza.

—¿Qué? —replico de mal humor—. Que todos lo hemos probado, joder.

Las caras de los presentes confirman mis palabras.

—Sigue, por favor —le indica la psicóloga a la chica.

Y durante otros veinte minutos, y con lágrimas de adorno, nos cuenta sus vivencias. Desde

luego, algunas personas son imbéciles.

—A ver, si te quieres meter lo que sea, no busques excusas ni le echas la culpa a otro. Asume tus decisiones —le espeto al final, hastiado de tanta gilipollez.

—¡Yo no quería! —se lamenta ella llorando más fuerte.

—¿Tu novio te obligó a meterte una raya? —le pregunto con retintín—. Qué malo es tu novio, por favor.

—Cállate —me grita, al darse cuenta de que está escurriendo el bulto.

—Señor Doncel, por favor —vuelve a regañarme Esperanza.

—Es que me repatea la gente hipócrita. Esta, como muchas, era el patito feo de la cuchipandi, nadie le hacía caso y, en vez de ir a un cirujano plástico, decidió ser la más guay de la fiesta poniéndose hasta el culo.

—¡Eso no es verdad! —exclama ella—. Eres un gilipollas.

—A ver, señor Doncel —tercia Esperanza—. ¿Por qué no nos habla de usted, de cómo empezó?

—Un día salí de fiesta y me metí una raya. Punto —digo tan pancho.

—¿Y si habla un poco más de su experiencia? —sugiere la psicóloga, que me trata de usted y no sé por qué. Tampoco le voy a preguntar.

—No.

—Todos hemos contado nuestra historia —me dice el de los dientes amarillos.

—Estamos aquí para ayudarnos —interviene otro idiota, un cincuentón que nos aburrió la semana pasada con su historia sobre su adicción.

—Me importa una mierda —le espeto.

—Señor Doncel... —murmura Esperanza.

—Es que sois una panda de gilipollas. Tú —señalo al cincuentón—. ¿Qué imbécil se mete rayas para ir a trabajar? Joder, si no aguantabas el ritmo laboral, lo dejas y te vas de fiesta.

—Tú sí que eres imbécil —se defiende él.

—Y este —señalo a de los dientes amarillos—, joder, das grima, chaval. Si has tenido una niñez difícil, diviértete, no acabes hecho una mierda.

Todos me fulminan con la mirada.

—¿Y tú qué escondes? —me increpa la niñata—. Porque te sientas ahí, nos miras con cara de superioridad y...

—Y de asco —puntualizo con una sonrisa.

—Eso, ¿qué escondes? —pregunta otra que no habla mucho, solo lo justo para contarnos una aburrida historia de niña rica.

—Pues nada, joder. ¡Nada!

Me pongo en pie, porque estoy hasta las pelotas de tanta tontería.

—Pues no lo parece —se burla el cincuentón.

—Calma, por favor —nos pide Esperanza.

—Eres el típico idiota que siempre da por el saco —me acusa otro del grupo, un mal imitador del Bunbury de los noventa.

—Anda, ve a lavarte el pelo, que desde aquí se nota lo grasiento que lo llevas —replico, poniendo cara de asco.

—¿Cómo te atreves?

—Y esa camiseta... Joder, tío, una cosa es que sea *vintage* y otra ir por ahí con una prenda andrajosa.

—¡Se acabó! —interviene Esperanza—. Por hoy la sesión ha finalizado.

Sonrío. Si llego a saber que diciendo lo que pienso se acaban antes estas reuniones no habría permanecido de brazos cruzados. Con la mirada de odio de la panda de idiotas y la de advertencia de Esperanza, abandono la sala y me voy a mi dormitorio.

Un día menos.

Capítulo 4

—No te voy a consentir que vuelvas a reventar una de las sesiones, ¿entendido?

—Se supone que hemos quedado para echar un polvo, no para que me des la turra —replico.

Esperanza no me ha dado plantón, algo que sería lógico, tras el *show* de esta tarde, sin embargo, sus ganas de follar deben de ser más fuertes, porque ha aparecido. Ah, y supongo que así levanta un poco su autoestima.

Nos hemos citado en su consulta, donde a estas horas de la noche disponemos de tranquilidad; no obstante, por si acaso, no hemos encendido la luz. Nos conformamos con la que entra del exterior.

Más íntimo, ha dicho ella en un intento ridículo de sonar seductora. Yo he pensado: «Mejor, así no veo tu cara y me vengo abajo».

—Me apetece hacerlo en el diván —comento, y ella me indica que baje la voz.

—Mejor no, ahí recibo a los pacientes.

—Pues por eso quiero hacerlo aquí —afirmo, y me tumbo—. Tiene mucho morbo.

Esperanza frunce el cejo, aunque al final se acerca y se queda de pie junto a mí.

Está cachonda y por eso termina sonriendo, al tiempo que se sube a horcajadas sobre mí.

—¿Has pensado en ponerte a dieta? —bromeo, pero cuando comienza a desabotonarse la camisa y me muestra la delantera, me veo obligado a añadir—: No, no te pongas a dieta.

—Mira que eres impertinente —me regaña, aunque se contonea y, oye, funciona.

No me siento especialmente atraído por ella y si me la voy a tirar es por dos motivos. Uno, echar un polvo siempre distrae, y segundo, tengo que mantenerla contenta para que sus informes sean lo más positivos posible.

Bueno, hay un tercero, y es que ella necesita llevarse una alegría, porque me ha contado que lo pasó bastante mal después de su divorcio; la autoestima y esas mierdas se le quedaron bajo mínimos. Así que follar conmigo, un tipo más joven y, sí, atractivo, pues le viene bien. De ahí que con cuatro sonrisas, alguna palabra amable e insinuaciones haya conseguido llegar hasta aquí.

—Aun así te perdono —murmura y se inclina para ponerme las tetas en la cara.

Y yo hago mi trabajo.

Empiezo a manosearla y enseguida oigo un gemido. Sí que está necesitada, sí.

—¿Cuánto hace que no echas un polvo?

Esperanza suspira.

—Ya ni me acuerdo.

Sospechas confirmadas: está necesitada. Pues nada, a esforzarse. Lo justo, tampoco os vayáis a creer.

Ella no pierde el tiempo, me desabrocha la bragueta y acto seguido tiene las manos dentro de mis bóxers. Me jode un poco que lleve las uñas tan largas, sin embargo, empieza a meneármela, así que me aguantaré.

—Tengo condones en el bolsillo trasero.

—Yo también he venido preparada —canturrea, y saca un preservativo del bolsillo de su falda.

—Pues no pierdas el tiempo —digo y se muerde el labio en plan coqueta.

La verdad es que no resulta nada seductor ese gesto, no sé, parece muy forzado. Así que mejor me concentro, no vaya a pegar un gatillazo.

Esperanza se aparta un poco y yo me bajo los pantalones. Enseguida noto sus manos colocándome el condón, aunque con esas uñas que me lleva, no sé yo si el látex aguantará.

—Te veo impaciente —comento, cuando me agarra la polla para introducísela ella misma.

—Fóllame.

Disimulo, porque, una vez más, ha sonado demasiado forzado, estudiado. Como si quisiera parecer más atrevida y, la verdad, resulta algo grotesco.

—Ahora mismo —murmuro y embisto hacia arriba.

Me va a costar bastante mantener la erección.

Esperanza le pone voluntad, de eso no cabe duda. Jadea, se mueve y yo hago lo que puedo. Esto de fingir estar interesado en una mujer es una novedad para mí, pero tendré que sacrificarme.

Cierro los ojos, así será más fácil. Hay quienes piensan en otra mientras follan, yo, por desgracia, nunca he estado tan interesado por una mujer como para desarrollar algún tipo de sentimiento hacia ella, así que no dispongo de ese recurso para excitarme.

Alzo las manos hasta agarrar sus pechos, al apretárselos ella gime y lo tomo como una buena señal. Me concentro, la dejo que marque el ritmo. Y la verdad es que lo hace bastante bien, sin embargo, a mí me está costando una barbaridad. Y sí, el diván, tal como yo pensaba, es resistente.

—Oh, sí, oh, sí, oh, sí... —jadea Esperanza.

De nuevo me ha sonado tan artificial que por poco no se viene todo abajo. Mira que me he follado a mujeres de todas las clases y si algo he aprendido es a distinguir a las exageradas. Y creo que Esperanza es de estas.

Admito que cuando era más joven, y por lo tanto gilipollas e inexperto, me encantaba oír los gemidos de una mujer sin pararme a pensar si eran producto del placer o de una mala imitación de actriz porno. No obstante, con el tiempo cada vez me he vuelto más exigente.

Le doy un azote en el culo y la reacción es gritar de la manera más desagradable que haya oído alguna vez.

—Joder... —mascullo, y ella se inclina para besarme, creyendo que lo que he dicho ha sido producto de la tensión sexual, cuando en realidad lo que quiero es acabar cuanto antes.

Por suerte, Esperanza se retuerce, aprieta los músculos vaginales y se corre. Yo también, aunque más bien por inercia que por placer.

A ver cómo le digo yo ahora que se aparte sin parecer desagradable, pero empieza a ser molesto tenerla encima. Afortunadamente, se incorpora y me dice:

—Dame el condón, que lo tiro.

Me lo quito con cuidado, le hago un nudo y se lo doy. Ella lo tira a la papelera y, antes de que se vuelva a poner cariñosa, ya me estoy abrochando los pantalones.

—¿Salgo yo primero? —le pregunto, procurando no sonar impaciente.

—Espera un segundo —me pide en voz baja.

Se acerca a la puerta, la abre un poco y se asoma. Tantas precauciones me parecen absurdas,

pues a estas horas no hay ni un alma en la zona de consultas, sin embargo, me quedo callado hasta que me hace un gesto para que salga.

A diferencia de Esperanza, a mí me resbala que me pillen. Por eso camino tan tranquilo hasta la zona de dormitorios. Estoy a tres puertas del mío, cuando oigo:

—Vaya, un noctámbulo.

Reconozco la voz en el acto. Qué suerte, la enfermera petarda de nuevo.

—¿Qué, siempre te toca el turno de noche? —replico, sin molestarme en hablar en voz baja.

—¿De dónde viene, señor Doncel?

—Elige, la versión para todos los públicos o la de mayores de dieciocho años —me guaseo y ella me fulmina con la mirada—. Por la cara de viciosilla necesitada que me has puesto, te contaré la de mayores de dieciocho.

—Sabe perfectamente que a estas horas no puede estar en los pasillos.

—A ver, vengo de follar, mal, pero de follar, y es culpa de la dama, porque me ha citado a estas horas.

—Muy gracioso —refunfuña.

—Buenas noches, señorita Rosales.

—Un momento —me detiene—. Sintiéndolo mucho, voy a informar de esto a la dirección.

—No, no lo siente. Estoy seguro de que, debido a su mierda de vida, está amargada y necesita jorobar a los demás para sentirse mejor —le espeto, y ella se limita a mirarme con desdén.

—Deja de comportarte como un chulito, porque me da igual —replica, dejando de tratarme de usted—. Hay unas normas y se deben cumplir, le guste o no al señorito.

—Qué aburrida debe de ser tu vida para que te diviertas con algo así —le digo, sonando arrogante y ella achica la mirada, por lo que me veo en la obligación de añadir—: A no ser que sientas envidia.

—¿Envidia? —repite y resopla—. ¿De qué?

—De que alguien quiera echar un polvo contigo, porque muy satisfecha no te veo —continúo atacándola, algo que empieza a divertirme.

Ella se echa a reír.

—Joder, sí que tienes la autoestima alta, sí —se burla y me mira de reojo la entrepierna—. Aunque, teniendo en cuenta tu historial, no sé si eso te funciona.

Ha hecho los deberes, ¿le interesa mi vida?

Ahora es mi turno de achicar la mirada, porque he visto que sabe devolver el golpe. Perfecto, así no me sentiré culpable cuando me ensañe con ella.

—Ven a mi habitación y haz las comprobaciones pertinentes.

Vivian Rosales se echa a reír a carcajadas, aunque enseguida se contiene al darse cuenta de que a estas horas de la noche pueden oírnos.

—Qué poco original eres, por favor —dice entre risitas—. Modernízate un poco, anda.

—¿Perdón?

—Que eres tonto hasta para hacer proposiciones sexuales. ¿Ven a mi dormitorio y haz las comprobaciones pertinentes? —repite con voz grave, imitándome—. No jorobes, tío. ¿Cuántos años tienes, diecisiete?

—Lo que ocurre es que no tienes huevos —replico contrariado.

—Pues claro que no tengo huevos —admite, negando con la cabeza—. Y ni ganas, chaval.

—Pues entonces deja de entrometerte en mis asuntos.

—Mira —me da unas palmaditas en la mejilla que me sientan como el culo, pues son de lo

más condescendientes—, me importa un carajo si te follas al conserje o a la de recepción, pero hay unas normas y se cumplen.

—Me paso las normas por el forro —le recuerdo.

—Pues yo no, e informaré de esto a la dirección —se obstina mostrándose altiva, como si me fuera a acojonar por ello, cuando en realidad me divierte y me excita.

—Tú no sabes quién soy yo, ¿verdad?

—Un niño pera más, con mucho dinero y poco cerebro —responde y no me da tiempo a replicar, porque se larga.

Frunciendo el cejo, entro en mi dormitorio. Necesito darme una ducha y, tras hacerlo, me tiro en la cama desnudo. Entonces me pongo a pensar en las diferentes formas de putear a la enfermera petarda, porque de alguna manera la tengo que poner en su sitio.

Capítulo 5

La última semana ha sido, por decirlo de una forma elegante, una puta mierda.

Mi idea de fastidiar a la enfermera petarda no ha podido llevarse a cabo, pues no he coincidido con ella. Solo la he visto de refilón, lo que me ha impedido entrar al ataque. No importa, ya se presentará la ocasión.

Al día siguiente esperé a que me llamaran de dirección para abroncarme por saltarme los horarios, sin embargo, nadie se puso en contacto conmigo, lo que significa que la señorita Rosales es una bocazas que amenaza y poco más. Ahora bien, si cree que no voy a resarcirme por llamarme poco menos que niño pijo inmaduro, va lista.

He visto a Amapola dos veces y, seré sincero, prefiero reunirme con Mauro a medianoche y fumarnos un canuto. Qué mal folla y, lo que es peor, no tiene ganas de aprender (ni siquiera roza el aprobado). Y, por si fuera poco, encima va y me dice que ha empezado a salir con alguien, por lo que de momento prefiere no enrollarse conmigo hasta ver qué pasa con el otro.

Ojo, no me molesta que se lo tire, lo que me sorprende es que se crea una miss y que los hombres vamos tras ella. En fin, dejemos a Amapola con sus alucinaciones.

Esperanza es otro ejemplo del quiero y no puedo. En nuestra última sesión de terapia, o de pérdida de tiempo, porque me niego a hablar de mí mismo, le pregunté (no porque me interesara) los motivos de su divorcio y acabó confesando algo llorosa que su exmarido era un aburrido y que al pedirle un poco de emoción en su matrimonio decidió hacer un viaje para descubrirse a sí mismo. Al regresar le reconoció que no la quería, que su matrimonio había sido un error y que prefería estar solo.

A punto estuve de descojonarme. Le estuvo bien, por tonta y por meterle presión a un tipo. Y después de tirármela, creo que miente y la aburrida es ella. Su ex debió de encontrar diversión por ahí. Yo habría hecho lo mismo.

Acabo de regresar del comedor de desayunar, como siempre, ganándome las miradas de odio de los empleados por ser el último en marcharme, y me dispongo a perder el tiempo cuando llaman a la puerta. Hasta dentro de dos horas no tengo la terapia grupal, otro intento en vano de que participe, aunque no se rinden, así que me extraña que alguien venga a verme.

Abro de mala gana y me encuentro con mi vecina, la chica de la curva, con un chándal deforme tres tallas más grande.

—¿Sí?

—¿Puedo usar tu baño?

—Por supuesto —respondo y me hago a un lado para dejarla pasar. Ella va directa al aseo, pero yo soy rápido y pongo un brazo delante de la puerta impidiéndole el paso—. Aunque antes hablemos un poco.

—Es que no me aguanto —se excusa.

—Te llamas Yolanda, ¿verdad? —Ella asiente—. Pues yo Enrique, aunque todos me llaman Quique. Bien, hechas las presentaciones...

—De verdad, no puedo aguantar más —dice en tono de súplica.

—A ver, ya sé que no quieres mear ni hacer ninguna otra necesidad fisiológica —digo, y ella aparta la mirada—. Que conste, me importa una mierda que quieras echar hasta la última papilla en mi baño y no me chivaré si lo haces, pero antes...

—Quieres follar, ¿no?

Pongo cara de asco ante semejante propuesta y ya me desencajo del todo cuando se quita la sudadera.

—¡Por favor, qué grima! —exclamo al verla desnuda de cintura para arriba—. Tápate, anda.

—Me rechazas porque estoy gorda —gimotea como una niña pequeña.

Parpadeo, he debido de oír mal, seguro.

—¿Gorda? —repito.

—Sí, como una foca —replica y noto su nerviosismo, mientras se vuelve a poner la sudadera—. Por eso me rechazas.

—Anda, siéntate —le señalo la silla del escritorio.

—¡Dime la verdad! —grita—. Me rechazas por mi aspecto.

—Pues claro que te rechazo por tu aspecto. ¿Has oído hablar de Auschwitz?

—No, ¿qué es eso?

Suspiro.

—Joder, ¿cuántos años tienes?

—Veinte.

Si yo, que abandoné los estudios sin acabar el bachillerato, sé lo que es Auschwitz, no sé qué les enseñan ahora a estos jóvenes.

—Pues mira, ya tengo dos motivos para rechazarte, por tu edad y porque parece que acabas de salir de un campo de concentración nazi.

Como Yolanda pone cara de no saber de qué hablo, busco en mi teléfono una imagen representativa y se la muestro. Ella la mira y tuerce el gesto.

—Ah.

—Pues eso, que tu aspecto es muy similar, de ahí que como hombre ni reaccione al mirarte.

—¿Puedo usar ya tu baño?

—Allá tú —respondo con tono indiferente—. Pero antes explícame qué placer obtienes vomitando.

—Tú no lo entiendes —me espeta, con ese aire tan típico de los chavales de ahora, a los que les gusta hacer un drama de cualquier estupidez y contarlo en redes sociales, obviamente. Y eso lo dice alguien como yo, a quien todo el mundo tacha de inmaduro.

—Contéstame una duda que siempre me inquieta —digo y ella muestra su impaciencia, porque cuanto más tarde en vomitar, menos efectiva será su maniobra—. ¿Es verdad que se te ponen los dientes amarillos debido a los jugos gástricos?

La chica me mira con odio.

—¿Y tú por qué te drogas?

—¡Porque es divertido! —respondo inmediatamente y añadido—: Porque hace que te sientas el puto amo, porque los problemas desaparecen, porque vives tu propia realidad y no la mierda que quieren imponerte. Por eso.

—Aunque también te destrozas por dentro —replica con acierto.

—Claro que sí, aunque haz un ejercicio muy simple: pon en una balanza los pros y los contras. Tú destrozas tu cuerpo, ¿para qué? Para nada, porque das grima. Yo al menos me

divierto.

—No me convence —murmura y se deja caer en la incómoda silla del escritorio.

Al ver que de momento no se va a escabullir al cuarto de baño, me siento en el borde de la cama.

—¿Esto viene de lejos o has empezado hace poco? —le pregunto.

—Desde que me dejó el amor de mi vida.

—¿Perdona?

—Mi novio me dejó por otra más delgada. De eso hace año y medio.

—¿Cuántos años dices que tienes?

—Veinte.

—No me jodas, Yolanda. ¿Veinte? ¿Y estás así por un tío? —pregunto con incredulidad.

—Es el amor de mi vida —repite, y suena igual que una telenovela cursi de esas a las que es aficionada mi madre.

—Pues yo creo que no lo era. Y es lógico ¿Quién cojones puede decir a los veinte que ha conocido al amor de su vida? Yo tengo treinta y cinco y aún no lo he encontrado, claro que tampoco lo he buscado.

—¿Treinta y cinco? Joder, eres un viejo.

—Muy graciosa —replico, mientras ella juega con el dobladillo de su sudadera—. A ver, háblame del amor de tu vida.

—Él... —hace una pausa, porque sin duda va a llorar— él...

—Sí, te dejo por otra más delgada. ¿Y? ¿Tan gorda estabas?

Yolanda saca su móvil y, tras trastear con él, me muestra una fotografía. Me quedo boquiabierto.

—¿Esta eres tú?

Amplío la imagen para no perderme detalle.

—¿A que tenía sobrepeso?

—¿Estás de broma? ¿Sobrepeso? ¡Si tenías unas tetas fantásticas!

Y me quedo corto. Vale, en esa foto y según mis cuentas, debía de tener unos dieciocho. Mis pensamientos van por derroteros nada elegantes, pero qué cojones, a lo mejor le suben la autoestima.

—Pues mira, ya sé que soy un poco viejo para ti y que a lo mejor te parece un comentario machista, sin embargo, tengo que decírtelo, con ese fabuloso par de tetas no hubiera dudado en tirarte los tejos.

Yolanda hace una mueca.

—Eso solo lo dices para quedar bien.

—No lo digo por quedar bien, es más, esta noche a lo mejor tengo fantasías recordando esta foto —confieso, y le devuelvo el teléfono.

No, no las tendré, pero hoy me siento con ganas de echarle un cable a la chica y cuesta muy poco mentir.

—Pues él me dejó por una más delgada —se obstina.

—Ya, pero ¿te has planteado que a lo mejor el motivo era otro?

—Yo era la novia perfecta, hacía todo lo que me decía sin rechistar.

—No me jodas...

—Tú no lo entiendes, porque las drogas te han destrozado el cerebro —me ataca.

—Aún no del todo —me guaseo—. Porque estás totalmente confundida. ¿Crees que

pareciendo un saco de huesos y pellejo va a volver contigo?

—Sí —responde con vehemencia.

Me paso la mano por la cara. Yo soy un desastre emocional, me importa una mierda lo que les pase al resto de los mortales mientras no me incumba a mí, no obstante, la historia de Yolanda me ha rayado.

—A ver, ¿cómo estás tan segura?

—En cuanto me dejen salir de aquí, iré a verle y él... —su voz se va desvaneciendo—, él seguro que deja a esa fresca y vuelve conmigo. Estamos hechos el uno para el otro.

—No conozco al amor de tu vida —digo con ironía—, pero aunque sea un imbécil, dudo mucho que la razón para estar con una o con otra sean los kilos.

Me doy cuenta de que estoy hablando como un adulto responsable y seguramente esto no volverá a ocurrir en mucho tiempo.

Yolanda me mira enfurruñada, supongo que es complicado escuchar lo que no nos gusta.

—Él me quería..., me quiere, estoy segura —musita y se limpia los ojos con la manga de la sudadera.

—O no, porque te dejó —digo sin paños calientes—. ¿Has pensado que a lo mejor eres muy joven para sufrir por un tío?

—¿Nunca has estado enamorado? —contraataca.

—No.

—Pues entonces no puedes hablar del asunto. Además, los de tu edad estáis desfasados, ahora las cosas son diferentes.

—¿Desfasado? —repito riéndome—. Mira, no digas bobadas, hay cosas que no cambian. Los tíos queremos echar un polvo y algunas todavía se hacen pajas mentales idealizando la situación. Por fortuna, hay mujeres que ya se han dado cuenta de que una cosa es pasarlo bien y otra una relación. Lo que me sorprende es que tú, a tu edad, pienses como mi abuela.

—El amor está por encima de todas las cosas —aduce.

—¿En qué peli de Disney han dicho eso? —me burlo—. Por favor, Yolanda, en el mundo hay más tíos que botellines de cerveza. Sal por ahí, diviértete, conoce a uno, a otro... —le recomiendo.

—Yo no soy de las facilonas —dice con orgullo.

—Ni tú ni ninguna, Yolanda. No pasa nada por tirarse a unos cuantos tíos, de verdad.

—Eso lo dices porque eres un hombre y te importa una mierda lo que digan de ti en las redes.

—Joder, ¿es que todo lo tenéis que colgar en las redes? Hay cosas que es mejor no publicar. Es más, cada vez estoy más desencantado con las redes sociales. Me aburren. Ya ni actualizo mis perfiles.

—¿Estás de guasa? —pregunta como si hubiera cometido un crimen—. ¡Eso es un suicidio social!

—Hazme caso, fúmate un porro, sal por ahí y no se lo cuentes a nadie. Te irá mucho mejor.

—Los porros dan hambre —protesta, y me echo a reír.

—Pues tengo un par escondidos, ¿te apetece uno?

—Eres un irresponsable —me acusa y le veo un esbozo de sonrisa.

—De la cabeza a los pies —admito.

Nuestra conversación se ve interrumpida cuando parecía que Yolanda y yo empezábamos a entendernos. Le hago un gesto para que guarde silencio y me acerco a la puerta, abro una rendija y me encuentro cara a cara con la enfermera petarda.

—¿En qué puedo ayudarte? —le pregunto con un falso tono de cordialidad.

—No encuentro a Yolanda, ¿la has visto? —Niego con la cabeza—. ¿Seguro?

Vuelvo a negar y ella frunce el cejo.

—Estará por ahí.

—No la encontramos y tras su ingreso en la enfermería es importantísimo mantenerla bajo vigilancia.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Ella se da cuenta de que a través de la rendija no puede comprobar si miento o no, de ahí que intente, con poco disimulo, empujar la puerta.

—Si me entero de que vuelves a encubirla...

—Blablablá —la interrumpo—. Darás parte a dirección, blablablá. ¿Algo más?

—Abre la puerta —me ordena.

—No. Iba a hacerme una paja y has aparecido para joderme la maniobra.

—Aún llevas los pantalones abrochados —replica.

—Para no ofender tu sensibilidad —me burlo.

—Aparta de la puerta —insiste.

—Vete a paseo.

Se la cierro en las narices y, oye, me siento de puta madre por haberla dejado con la palabra en la boca. Por suerte, no vuelve a llamar, ha captado el mensaje.

—Gracias —murmura Yolanda.

—De nada. Aunque este favor no te va a salir gratis...

—Ya me has dejado claro que no te gusto para follar —me espeta con ese tono de los chavales tan impertinente, porque se lo toman todo como un ataque personal.

Sonrío de medio lado.

—Ya se me ocurrirá algo, no te preocupes...

Capítulo 6

Hace un rato que Yolanda se ha ido, y sin vomitar, lo cual me preocupa, pues, ¿he actuado como un adulto responsable? Joder, espero que no. Solo le he dado mi opinión.

Lo más probable es que ella vuelvas a las andadas. Yo haría lo mismo. Nadie va a cambiar su forma de pensar tras una charla, por muy motivadora que sea. De ahí que nunca les haya encontrado sentido a las terapias.

Y hablando de terapias, yo tengo una a la que asistir. Obviamente me apetece una mierda sentarme rodeado de gilipollas adictos a algo, pero he de ir, por obligación y por hacer el paripé.

Como la puntualidad no es mi fuerte, ni creo que nunca lo será, miro el reloj y veo que si salgo ahora hacia la sala llegaría a tiempo, por lo que me tumbo en la cama y me pongo a jugar con el móvil.

No obstante, siempre hay alguien dispuesto a joder la marrana y me tengo que levantar para abrir la puerta. ¿Y a quién me encuentro?

Sí, lo habéis adivinado. A esa misma en la que estáis pensando.

—¿Qué pasa ahora? —le espeto sin invitarla. Que se joda y sospeche.

—He visto salir a Yolanda de tu habitación —dice, mostrando su censura—. Sabes que...

—¿Y has estado vigilando mi puerta todo este rato? —la interrumpo burlón—. Joder, señorita Rosales, qué curro más «divertido» tienes.

—Gilipollas —dice entre dientes y yo sonrío—. ¿Qué habéis estado haciendo?

Sonrío aún más.

—¿Tú qué crees? —replico y muevo las cejas.

—Dímelo tú.

Nos miramos, o más bien ella me desafía a que sea el primero en hablar y, a ser posible, diga una grosería, para así tener motivos para regañarme.

—Ya sé que te tomas a cachondeo las normas, sin embargo, esto es muy serio. Esa chica...

—Corta el rollo, señorita Rosales. Esa chica te importa una mierda, solo quieres hacer méritos para que tu contrato temporal se convierta en indefinido. Ah, y ve a dar parte, corre, que me aburro y así me entretengo cuando me llame el director para hablar.

Una ineficaz sesión de terapia grupal más tarde...

Sí, en la que el imitador de Bunbury ha sido el centro de atención y yo he procurado no cabrear a Esperanza, porque me ha dado unas pirulas que relajan y además he quedado de nuevo con ella en su despacho fueras de horas de consulta.

El despacho de dirección es de estilo quiero y no puedo. No da grima, pero se nota a la legua que el tipo que dirige esto es un imbécil con un título colgado en la pared, que solo quiere hacer

méritos para que la empresa que gestiona este centro le busque un destino más cercano a la civilización.

Le miro la cabeza, porque se nota que se ha hecho (mal) un injerto de pelo; tiene el cuero cabelludo enrojecido y lleno de bultitos. Otro que ha ido a una clínica barata en el extranjero.

—Señor Doncel, creo que usted no es consciente de la gravedad de su comportamiento —dice, y la enfermera petarda, que está de pie junto a él, me mira con los brazos cruzados.

—¿A cuál de todos mis comportamientos se refiere? —replico con arrogancia, a ver por dónde sale.

—La señorita Rosales me ha hablado de su relación con otra residente.

—Al final te has chivado, ¿eh?

El director me da la chapa con el historial de Yolanda, como si eso fuera a afectarme. Cuando hace una pausa, miro de reojo a la enfermera y digo:

—¿No se supone que eso es privado? —El director se da cuenta de que ha metido la pata—. Porque si me entero de que alguien no autorizado lee mi expediente, puedo tomar medidas legales.

—Solo pretendía hacerle entender...

Me pongo en pie, cansado de esta estupidez.

—Váyase a la mierda y límitese a calentar ese sillón barato que ocupa.

—¡Señor Doncel! —exclama molesto—. Voy a tener que hablar con su familia sobre esta actitud. Incluso puedo expulsarle del centro.

—Hágalo. A ver cómo explica la pérdida de ingresos, porque aquí, pese a la mierda de instalaciones y de servicios, se paga una pasta gansa. Hágalo si tiene huevos, señor director.

Salgo del despacho y me dirijo al comedor. Hoy les voy a dar una alegría a los empleados llegando pronto, pero de nuevo alguien me intercepta.

—Todo te resbala, ¿verdad?

—Qué lista eres, señorita Rosales —me guaseo—. ¿Y has estudiado para esto?

—Mira, me importa un comino que tú quieras ser el típico tío inmaduro con dinero, que se lo pasa todo por el forro, pero deja a Yolanda en paz.

—¿Perdona? —pregunto, porque ha sonado raro de cojones—. ¿Que la deje en paz?

—Ya tienes otros entretenimientos, a ella déjala, por favor.

Esto se pone interesante. Meto las manos en los bolsillos y, como si fuera el dueño de todo esto, la miro antes de replicar:

—¿Me espías?

—Muy discreto no eres —se defiende.

—Joder, enfermera, me dejas alucinado —digo riéndome—. ¿Cuánto te pagan por las horas extra?

—Es mi trabajo.

—¿Ver cómo la gente echa un polvo?

—Me da igual si te tiras a la psicóloga, a la cocinera o a la limpiadora, son mayorcitas. La cuestión es que Yolanda es vulnerable y tú ya tienes una edad y experiencia suficiente como para no aprovecharte de una chica con problemas.

—En el grupo me falta una enfermera, ¿te apuntas? —la provoco.

Inspira hondo y me mira entrecerrando los ojos.

—Eres demasiado joven para mí —me espeta y, lo admito, no es la respuesta que esperaba.

—¿Ah sí?

—Sí, y además ya voy bien servida, gracias —añade con chulería.

Esto no sé si es un desafío, aunque se le parece bastante, así que me acerco un poco más a ella, invadiendo lo que podría denominarse espacio de seguridad. Sí, me refiero a esa distancia que todos mantenemos por educación.

—Lo dudo... —murmuro en tono sugerente.

Se echa a reír, pero no retrocede ni un milímetro, es más, acorta aún más las distancias, lo que me permite apreciar su olor. No usa perfume, solo detecto un sutil aroma a gel de baño.

—Nunca he estado con una mujer mayor —afirmo, aunque no sé si es cierto, casi nunca me intereso lo suficiente como para preguntar la edad de las tías con las que follo.

En el caso de Esperanza, ella misma me confesó su edad, y hoy en día hay mujeres que se cuidan, por lo que aventurarse a adivinar la edad no es tan fácil.

Y esta Vivian, así, a ojo, tiene que ser de mi edad. A lo sumo dos o tres años más que yo como mucho.

—Mientes —replica, y no le hace falta mencionar a Esperanza.

—Tan mayor, quería decir —puntualizo.

—Pues lo siento, querido, ya tengo perro que me ladre —asevera con una sonrisilla que me ha parecido muy forzada.

—Pues no te debe de ladrar muy bien —contesto, y ella procura no mostrar sus emociones, aunque, no sé, al desviar la mirada ha dado la sensación de que algo le pasa.

—Ha sido estimulante perder el tiempo aquí contigo, pero una se gana la vida trabajando y no viviendo de la paguita que le da su familia. Así que... —me da unas palmaditas en el brazo—, ahí te quedas.

He de reconocerlo, replicando es buena, y muy puñetera, de ahí que cada vez me interese más. Sí, lo que estáis pensando es cierto. Como muchos hombres, en cuanto una mujer se muestra esquiva, me sale a relucir el jodido instinto cazador/dominante. Como si algún gen me instara a someterla.

Una estupidez, una actitud retrógrada y que hasta la fecha no me había aparecido, sin embargo, con la enfermera petarda algo me pasa.

Ah, y que no se me olvide, tengo que devolverle la pelota por chivata.

De momento voy al comedor y después una buena siesta.

* * *

16.50 Fin de la siesta. Ha habido suerte, nadie me ha tocado las narices.

17.30 Sesión de terapia individual con Esperanza. Como siempre, una pérdida de tiempo.

18.45 Gimnasio. Aquí no he tenido tanta suerte, dos loros con sobrepeso y adicción a la comida me han dado la turra durante todo el entrenamiento. No sé cuándo comerán, porque no dejan de hablar. Menos mal que no están en ninguno de los grupos a los que me veo obligado a asistir.

20.30 Cena. Ni de coña voy a cenar tan pronto. Así que perderé al menos una hora entre ducharme, elegir ropa y buscar algo que ya no me apetezca usar para dárselo a Mauro, que necesito mercancía.

22.30 Una mierda de purrusalda (hasta que llegué a este campo de concentración no sabía ni lo que era) y dos filetes resacos de pollo. Yolanda ha sido mi compañera de mesa, al menos nos

hemos reído un rato.

23.50 Polvo mediocre con Esperanza. Podría daros los detalles morbosos del acto, pero tontos no sois. Al decir «polvo mediocre» ya he definido ampliamente qué ha pasado, pero por si os va la marcha, os diré que lo más erótico ha sido ponerme el condón.

00.15 Por fin me despido de Esperanza y me dirijo hacia la caseta de la depuradora, que, al no usarse la piscina, es un lugar seguro para trapichear con Mauro.

Capítulo 7

—Mauro, ¿tú entiendes a las mujeres?

Enciendo el porro y le doy un par de caladas.

—No —murmura en respuesta, lo cual ya es de por sí extraño, pues rara vez hemos hablado de este asunto y más extraño es cuando añade—: Y ni falta que me hace.

—Una contestación muy diplomática, sí señor —digo y hago una mueca, porque no sé, esta noche vengo un poco desanimado.

Mi plan, si puede considerarse como tal, de aguantar este encierro para después devolverle la pelota a Martina, se me está haciendo muy cuesta arriba. Hay días que ni me aguanto a mí mismo y si no fuera por las pirulas que me da Esperanza, acabaría loco. Ella me ha recomendado que tome una, pero me salto la dosis día sí y día también.

Esas pirulas me calman,

No hay mucha luz, aparte de la que nos llega de una triste farola, pues Mauro y yo siempre procuramos reunirnos con discreción. No me extrañaría que un día robasen en el centro. No, espera, que esto está en el culo del mundo, seguro que ni una banda profesional de ladrones se molesta en venir aquí.

—¿Y qué quieres que te diga?

—Expláyate un poco, joder —me quejo, y él, como es habitual, se muestra indiferente.

—Prefiero reservarme la opinión.

A veces su actitud me toca un poco la moral. Cuando uno pregunta o inicia una conversación, da por hecho que la otra persona le va a seguir la corriente.

—Esa respuesta no me sirve, porque empiezo a pensar que ellas tienen algo en el ADN incomprensible y que dudo mucho que se termine por descodificar.

—Eso es una chorrada, además de machista —me contesta.

—Ya, aunque es la única forma de asimilar lo que hacen algunas, porque si no, no me lo explico.

—Respétalas y punto. Es así de sencillo —sentencia Mauro.

No es la frase que uno esperaría oír por parte de otro hombre. Frunzo el cejo y me veo obligado a replicar:

—¿Y a ti te ha ido bien con esa filosofía?

—Sí, tengo amigas.

—No me refiero a amigas, sino a amantes —puntualizo, exhalando el humo.

Hoy este porro me sabe diferente o, dicho de otro modo, no logro relajarme y todo por culpa de un mal polvo y de una enfermera petarda.

—Yo no me acuesto con mis amigas.

—Joder, tío, te estás saliendo por la tangente —protesto.

He traído conmigo dos polos de Ralph Lauren como pago, pero creo que solo voy a darle uno. Esta noche Mauro no me está sirviendo de ayuda.

—Es cierto, hace años que no me acuesto con mujeres —me aclara.

Abro los ojos como platos. De todas las revelaciones que Mauro podría haberme hecho, esta es sin duda la más inesperada. De inmediato se me pasa por la cabeza la típica frase de: «Pues no se te nota nada». Aunque tengo el buen juicio de no pronunciarla, ya que además de inoportuna sería una falta de respeto.

—¿Qué, sorprendido? —pregunta ante mi silencio.

—Pues sí, no te lo voy a negar —admito y le doy la última calada al porro antes de apagarlo.

Menos mal que después me tomaré una de las pirulas mágicas que me da Esperanza, para sentirme mejor.

—¿No vas a preguntar?

—Es que no sé si quiero saber los motivos —mascullo y, ojo, allá cada cual con sus preferencias, pero me ha descolocado.

—Te adelanto que no son nada elegantes —comenta en voz baja.

—Venga, sí, qué cojones. ¿Por qué ya no follas con tías?

Mauro se ríe sin ganas antes de hablar.

—Yo antes de entrar en el talego solo follaba con tías. Y cuantas más mejor, ya me entiendes. No era muy exigente —confiesa.

—Todos nos hemos acostado con algún callo malayo —admito para solidarizarme y resoplo, porque cuando iba puesto hasta las cejas ni miraba, así que doy por hecho que en mi historial hay demasiados de esos.

—Pero una vez dentro...

Vale, no hacen falta más explicaciones. No voy a juzgarlo por sus decisiones. Son suyas, así que nada más que hablar.

—Lo comprendo.

—Cuando pasan los meses y ves que ni siquiera hay un callo malayo disponible... ya no le haces ascos a nada, porque estás cansado de meneártela.

—Joder, no me des más detalles —protesto—. Y pásame otro porro para soportarlo.

Mauro niega con la cabeza y me pasa el canuto.

—Venga, háblame de tus problemas con las mujeres.

—Yo sigo fijándome en las mujeres y así me va. En concreto, hay una que se me ha metido entre ceja y ceja.

—¿La psicóloga? —pregunta y quizá su tono ha sido de desdén, o me lo ha parecido a mí—. Creía que te la tirabas.

—Solo se trata de un intercambio —contesto, sin un ápice de vergüenza.

—Yo pensaba que era una bonita historia de amor —se burla.

—No te pases —lo regaño.

—Entonces, ¿se trata de Amapola, te has pillado con ella?

—No, tampoco es esa la que me tiene..., bueno, no diré loco porque exageraría, más bien inquieto, cabreado...

—¿Es una de las residentes?

Vuelvo a negar con la cabeza.

A ver, en teoría, cuanto menos hable de mis líos en el centro, mejor, obviamente; sin embargo, Mauro es de fiar y tampoco tendría mucho sentido ocultárselo. Además, tiene la envidiable cualidad de pasar desapercibido, por lo que casi todo el mundo habla delante de él.

—No, hablo de una enfermera.

—Hay unas cuantas. ¿A cuál te refieres?

—No finjas que no lo sabes, Mauro, tú siempre lo oyes todo, otra cosa es que no lo vayas contando.

Dudo que se ofenda por mis palabras, porque son bien ciertas.

—Pues esta vez no tengo ni idea —admite, por lo que me veo obligado a puntualizar:

—De la señorita Petarda Rosales —digo y añadido—: Para nuestra próxima «cita» trae unas sillas, que esto de sentarse en el bordillo es cutre que te cagas, además de incómodo.

—¿De Vivian? —inquieta Mauro.

—Esa misma —le confirmo—. Y apunta lo de las sillas.

Él, que también ha acabado su porro, saca los útiles para liar otro. Yo me mantengo en silencio mientras lo observo. Es todo un artista y doy por hecho que el asunto de la enfermera petarda no despierta su interés lo suficiente como para hablar de ello, no obstante, me sorprende al murmurar:

—Es simpática.

—Pues lo será contigo —replico molesto.

—Qué raro... Vivian es discreta y amable. Buena gente.

—Le caigo mal —apostillo.

—Será porque tiene novio —reflexiona.

No cuestiono la información, sé que es fiable.

—Y no sabes qué clase de gilipollas engreído es ese novio.

Mauro está hoy más parlanchín de lo habitual, así que aprovecharé la oportunidad.

—¿Qué sabes de él? —inquiero y de reojo veo, pese a estar en penumbra, que él se tuerce el gesto—. Ya sé que rehúyes cualquier intento de interacción social, pero haz un esfuerzo, anda.

—¿Tanto te interesa? —pregunta en voz baja, con cierto aire de desdén.

—Es más bien curiosidad —miento.

—A ella la conocí en otro centro donde coincidimos. Es discreta, sin embargo, ya sabes que siempre se termina por saber la vida y milagros de la gente.

—Ve al grano —le pido, porque intuyo que quiere desviar la conversación.

—A ver, su novio...

—El gilipollas.

—Ese. Es hijo de uno de los dueños de la empresa que gestiona centros como este. Y trabaja como asesor... —Se calla.

—No me dejes con la puta intriga.

—Tiene el título de psicólogo, así que a veces ejerce como tal.

—¿No me estarás vacilando?

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacerlo?

Reflexiono acerca de la información que acaba de darme. No me gusta, obviamente.

—Ah, vale, se ha enrollado con él para asegurarse el trabajo —comento.

—Sí, eso parece —responde.

—¿Soy yo o me da la sensación de que disfrutas siendo misterioso?

—Vivian no es de esas —puntualiza—. Si está con el gilipollas, es porque se siente culpable.

—¿Culpable? —me burlo—. ¿De ganarse la vida trabajando?

—No, Vivian es una curranta. Qué poco la conoces.

—Ya veo que eres su más ferviente admirador —mascullo con ironía.

—Mira, te lo voy a contar para que dejes de dar por el saco. Vivian y el gilipollas, que por

cierto se llama Lucas...

—Prefiero Gilipollas —lo corto.

—Vale, pues el tipo, además de ser insufrible es cojo.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunto frunciendo el cejo.

—Pues que hace unos tres años tuvieron un accidente de coche. Conducía ella y... ¿no te imaginas el resto?

—Más o menos —murmuro.

—Pues lo de siempre. Él se hizo la víctima y, aunque lleva una prótesis que solo la gente de dinero puede pagar, se dedica a tocarle los cojones a todo el mundo, en especial a ella.

—¿Y por qué no lo manda a tomar por el culo?

—Eso pensamos muchos, porque Vivian es una tía cojonuda.

—¿Te gusta? —pregunto y no sé por qué me siento molesto. Ojo, molesto, no celoso, que enseguida veis fantasmas donde no los hay.

—¿Vivian?

Asiento.

—¡Pues claro que me gusta!

Respiro hondo, no quiero ser desagradable, no obstante, me veo obligado a preguntar:

—¿Le has tirado los tejos?

—No, señor salido. Ya te he dicho antes que no voy con mujeres —refunfuña.

—Ah sí, lo siento. Es que no me hago a la idea.

—Entonces, ¿para qué sueltas esa estupidez?

—¡Yo qué sé, joder! —protesto.

—Mira, nada me gustaría más que dejase al gilipollas, pero no por un tío como tú.

—¿Como yo? —repito señalándome—. ¿Qué carajo quieres decir?

—No eres mal tipo. Eso sí, un poco...

—Anda, dilo —lo insto—. Pijo e inmaduro.

Son los adjetivos preferidos de mi hermana cuando se pone en plan cabeza de familia y decide arruinar la vida de los demás.

—Sí, algo así —coincide Mauro—. Por eso es mejor que sigas entreteniéndote con la psicóloga.

—Folla de pena —confieso.

—¿Ves como eres un pijo? Pregunta entre los residentes y ya verás que pocos echan un polvo por estos lares —alega riéndose.

—Eso es cierto...

—Así que no te quejes —concluye y me hace un gesto con la mano a modo de despedida.

Lo veo marcharse con los dos polos, porque al final le he dado los dos. Los lleva bajo el brazo como si fueran trapos de mercadillo. Bueno, allá él si luego acaban arrugados.

Yo me quedo aquí un rato más. Todo el mundo me ve como un tipo pijo e inmaduro. Lo de pijo puede pasar, pero ¿inmaduro? ¿Por qué? Joder, que he cumplido los treinta y cinco. A poco que me haya esforzado, ya habré madurado, digo yo.

Menos mal que hay una persona que me ve de otro modo, e incluso considera que soy un viejo: mi compañera de encierro, Yolanda.

Algún otro día ha vuelto a pasarse por mi habitación y charlamos durante un buen rato. Al menos no vomita y me escucha. Y yo a ella.

Y tiene bastante mérito, como mínimo por mi parte, que nunca me preocupo por los

problemas de nadie, ni siquiera por los míos. Vale, eso es inmaduro, sin embargo, me ha ido bien hasta la fecha.

Capítulo 8

Una semana más.

Una semana de mierda más, puntualizo, pues es bien cierto.

Y una semana menos para alcanzar la libertad.

Os haré un resumen:

Dos polvos mediocres con Esperanza, uno de ellos en medio de una sesión individual, porque así luego no tenía que quedar con ella por la noche y necesitaba ya más pirulas. Tres reuniones de grupo ineficaces y no tan aburridas, pues a punto estuve de partirle la boca al gilipollas adicto a los móviles. Un pequeño incentivo para aguantar.

En este tiempo no he visto mucho a la enfermera petarda, lo que ha evitado más enfrentamientos, aunque lo cierto es que discutir con ella resulta divertido, pero por alguna razón Vivian me ha evitado. Y mira que me he esforzado en salir de noche para que me pillara *in fraganti*.

—A ver si lo he entendido bien... —comenta Yolanda, que, tumbada en mi cama, vestida con una horrible sudadera que perteneció al «amor de su vida», ha escuchado mi historia de amistad con Sun—... Tienes una amiga a la que conoces desde la infancia. Perdéis la virginidad juntos...

Suspiro, qué recuerdos, risas porque yo no tenía ni puta idea de ponerme un condón, ella algo más espabilada y después... la sensación de que seguiríamos siendo amigos sin importar nada, porque nada podría interponerse entre nosotros.

—... Después os seguís viendo, más polvos sin ton ni son...

—Yo no he dicho eso —puntualizo riéndome, mientras niego con la cabeza—. Solo follábamos cuando nos apetecía y ambos estábamos sin pareja.

—Pues lo que yo he dicho, sin ton ni son. Para acostarse con otra persona hay que amarse. Tiene que ser especial —aduce Yolanda, siempre tan soñadora.

—No me digas... —me burlo—. Y sí no encuentras a nadie, ¿te matas a pajas el resto de tu vida?

—Mira que eres bruto —me regaña y se tumba boca arriba para soltarme lo que presupongo un sermón de cuento de hadas—. Yo quise que mi primera vez fuese con un chico del que estuviera enamorada.

—Joder, Yolanda, que estamos en el siglo veintiuno —protesto, y cambio de postura en la silla, que mira que es incómoda.

—¿Y eso qué tiene que ver? Hacer el amor...

—Follar —la interrumpo, solo por el placer de fastidiarla y reírme de su ingenuidad.

—... Siempre es algo íntimo.

—Depende, yo me he tirado a más de una o de dos con público.

—Eso es porque estabas drogado —rezonga y, de verdad, a veces dudo de que tenga veinte años, parece mi madre—. Como iba diciendo, hacer el amor es darlo todo, entregarse, compartir lo más especial de uno mismo con otra persona. Que ambos cuerpos se fundan en uno solo...

—Espera, que vomito —la interrumpo y hasta hago el gesto.

—... De ahí que sea imprescindible amarse con locura.

—Vale, ¿y si uno de los dos finge para llevarse a la otra parte a la cama? —pregunto, para ver por dónde me sale.

—Eso se sabe, Quique. Se percibe en las miradas, en los gestos...

—Voy a darte una primicia, los tíos fingimos un huevo y la yema del otro cuando queremos echar un polvo —digo con guasa, y Yolanda me fulmina con la mirada—. Bueno, yo no, a mí las tías me seducen.

—Eres un cínico.

—Más bien realista —la corrijo—. Y a tu edad, y esto te lo digo por tu bien, todos pensamos con la punta de la polla.

—Qué guarro eres —protesta frunciendo el cejo.

—¿He herido tu sensibilidad? —pregunto con retintín y me echo a reír—. Joder, Yolanda, que tienes veinte años, hay palabras que ya deberías conocer.

—Yo soy una dama y no me oirás decir guarradas —alega muy digna, lo que hace que me ría con más ganas.

—Pues a lo mejor, si le hubieras soltado alguna ordinariez al «amor de tu vida» mientras echabais un polvo, él no habría mirado a otra. Es un consejo, a los tíos nos va lo vulgar y en la cama más aún.

—Él no es así —lo defiende y yo me encojo de hombros.

—Piensa lo que quieras —murmuro.

—Ya, y si tu teoría es cierta, ¿por qué se rompió esa amistad de tantos años con tu mejor amiga?

—Te garantizo que no fue por follar o decirle guarradas —admito con pesar—. Fue porque...

—¿Se fue con otro que la quería más que tú?

—No, yo siempre supe que Sun estaba enamorada de otro, conmigo solo pasaba el rato.

—¿Lo ves? Te dejó por otro.

—Pues no, Yolanda. Sun era como tú, había idealizado a un tipo que no le hacía ni puto caso y, ¿sabes qué?, que se dio cuenta de lo estúpida que había sido cuando conoció a otro.

—Y tú te quedaste solo —dice—. Porque se nota un montón que la echas de menos.

—No como tú crees —confieso en voz baja—. Sun era mi amiga y podía hablar con ella de todo. Lo de follar era lo de menos. A veces quedábamos para echar un polvo y consolarnos mutuamente y ni siquiera llegábamos a meternos mano, preferíamos hablar hasta tarde y dormir juntos.

—¿Y qué pasó para que se rompiera esa amistad?

—Que yo me pasé de la raya, y nunca mejor dicho.

—¿Qué hiciste?

Le cuento con cierta vergüenza que me dieron una paliza por no pagar a tiempo una deuda y cómo Sun me echó una mano llevándome al hospital y después cuidándome. Pero yo, en vez de verle las orejas al lobo, volví a liarla, y ella, harta, se lo contó a mis padres, que me armaron una buena.

—La acusé de ser una chivata, una mala amiga y la mandé a la puta mierda. —Y al decirlo en voz alta me doy cuenta de lo injusto que fui con ella.

—¿Ves como las drogas son malas?

—Fue un momento de descontrol, Yolanda. A veces ocurre, simplemente no supe gestionarlo.

Nos quedamos en silencio. Aunque ella tiene veinte años y yo treinta y cinco, ambos sabemos que acabo de decir una estupidez como una catedral.

Yolanda se incorpora hasta queda sentada en la cama, me mira y, sin decir nada, se levanta y se me acerca para darme un abrazo. Yo le correspondo, pero con cautela, es un saco de huesos y no quiero hacerle daño.

De repente se abre la puerta y entra... ¿Quién va a ser? La enfermera petarda, que se queda ojiplática al vernos abrazados. Además, la colcha de la cama está arrugada y va a sacar conclusiones erróneas.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta, señorita Rosales?

—Yolanda, no puedes estar aquí —dice Vivian muy seria.

—Somos amigos y no hacemos nada malo —replica mi nueva amiga.

—Depende de cómo se mire —añado yo en tono guasón y como Yolanda no pesa nada, la siento en mis rodillas.

Ella, que es tan ingenua, se deja hacer y hasta me rodea el cuello con los brazos. Criatura...

—Por favor, Yolanda, ve a tu sesión, te están esperando —dice Vivian en tono de ordeno y mando, señalando la puerta.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —pregunta la aludida.

—Me lo he imaginado —responde, mirándome a mí.

—Anda, ve, ya seguiremos luego con nuestras cosas —le digo, guiñándole un ojo y Yolanda me da un beso en la mejilla.

Cuando se marcha, Vivian cierra la puerta y presiento que me va a echar una bronca. Yo me pongo de pie y me quedo apoyado en el escritorio, a la espera de que empiece el jodido sermón.

—No tienes ni pizca de sensibilidad ni de vergüenza, aprovecharte de esa chica en su estado.

Cruzo los brazos.

—Algo tengo que hacer para pasar el rato.

—Esto ya es demasiado. Una cosa es que te escapes para fumar por las noches y otra que utilices a una cría para tus caprichos.

—Es mayor de edad —me defiendo—. Ambos sabemos lo que hacemos. Y, tranquila, he sido responsable.

Me fulmina con la mirada. Está que echa humo.

—Están prohibidas las relaciones entre los internos.

—¿Ah sí? Pues no lo sabía —miento, porque el primer día me dieron el coñazo con las normas, que, por supuesto, he ido pasándome por el forro una a una.

—Pero la cuestión es que además te aprovechas de una chica con serios problemas afectivos.

—No te pases —replico serio—. Por lo menos mientras está conmigo no piensa en echar la pota. Algo la estoy ayudando.

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de decir algo así?!

—Porque es verdad —sentencio y abandono mi actitud pasota para encararme con ella—. Porque aquí la asistencia psicológica es una mierda, no se ayuda a la gente, solo sacáis dinero. Y porque me aburro, joder.

—Pues búscate otro entretenimiento —arguye y me doy cuenta de que no ha negado lo de la mala calidad del servicio.

—¿Te ofreces voluntaria para entretenerme? —la provocho, acercándome mucho.

Ahora solo caben dos posibilidades. A saber, como estoy a tiro, que me arree un bofetón, o bien que entre al trapo y...

—Si quieres, al acabar el turno echamos un parchís —replica sin retroceder un paso y, cómo no, alzando la barbilla en plan desafiante.

—¿Al parchís? Uff, no sé si seré capaz de soportar emociones tan fuertes —me guaseo.

—Vaya, me he topado con un blandengue —me provoca y ahora es ella la que se acerca un poco más. Lástima que el uniforme que usan ahora las enfermeras sea tan discreto.

—Venga, va, un parchís. Tú y yo, a solas. Esta noche.

—No hace falta esperar tanto... —susurra y me pongo nervioso, porque juega con el botón de mi camisa, provocándome, sin duda—. Si quieres me escaqueo antes y...

—Oye... pues no es mala idea.

—Hummm... —gime, y de verdad esto se ha puesto muy interesante.

A la porra, la tengo a tiro, así que nada de mantener las manos quietas. La agarro de la cintura para poder besarla, sin embargo, Vivian se las ingenia para escabullirse.

—Ya nos veremos —se despide saliendo por la puerta.

—Joder, vaya calentón más tonto que me ha dejado —comento para mí mismo y después añado—: A ver dónde encuentro yo ahora un tablero de parchís.

* * *

Me había jurado no poner un pie en la sala de juegos. Y mira que nos dan la turra para que lo hagamos, porque, según las estúpidas teorías del centro, los juegos ayudan a establecer relaciones sanas (vaya eufemismo de mierda) entre los internos. Yo esa recomendación ya la he aplicado, aunque a mi manera.

—Señor Doncel, qué sorpresa, usted por aquí —me saluda con sorna una bruja a punto de jubilarse con la que tuve un encontronazo al segundo día de estar aquí, porque le dije que su disfraz de revisor de tren era muy real, incluido el bigote.

—¿Dónde están los juegos de mesa? —pregunto, pasando por alto su tono y su mirada de recochineo.

—Tiene que pedir la vez —replica impertinente.

—Viajeros al treeeeeen —canturreo para cabrearla.

Si las miradas matasen...

Como si nada, deambulo por la sala. Cuanto patetismo por metro cuadrado. Diviso un carrito con varias cajas y me acerco. Hay dos tapetes para cartas, un dominó, otros juegos de mesa y sí, también un tablero de parchís. Lo cojo y sonrío, ahora solo me faltan las fichas.

—Los juegos no se pueden sacar de aquí —me dice la bruja, señalando el tablero que llevo bajo el brazo.

Por supuesto, hago caso omiso y le dedico una sonrisa radiante, porque se ponga como se ponga, yo me llevo el parchís.

Capítulo 9

El problema de haberle dejado a Vivian la responsabilidad de la cita es que no hemos concretado y por tanto me he visto en la necesidad de averiguar su horario y también qué dormitorio ocupa cuando tiene turno de tarde y se ve obligada a pasar la noche en el complejo.

Averiguarlo me ha costado unas deportivas de Armani, porque Mauro se negaba a decírmelo gratis ya que, según él, no debería acercarme a la señorita Rosales. Chorradas, yo solo quiero jugar al parchís con ella.

Esto empieza a parecerse a una carrera de obstáculos, porque también he tenido que esquivar a Esperanza. Quería que nos viésemos esta noche; criaturita, con lo mal que follo... Le he mentado, obviamente, diciéndole que me encontraba mal, alicaído y que este encierro quizá afecta a mi libido. Ya sé que fingir problemas de disfunción eréctil es como escupir al cielo, que luego te cae en todo el ojo, pero algo tenía que decirle a la mujer para librarme de ella.

De todas formas, en función de cómo resulte mi noche de parchís con la enfermera petarda, veré si vuelvo a tirarme a la psicóloga o mis problemas de erección son definitivos. Es que lo de excusarme diciéndole que de repente me he vuelto gay, además de ser muy improbable, está muy trillado. He querido ser original, porque, ¿cuántos hombres admiten así de buenas a primeras que no se les levanta?

En fin, olvidémonos ahora de Esperanza y de las excusas y concentrémonos en lo importante. El tablero de parchís bajo el brazo (ojo, he consultado las reglas del juego por si acaso Vivian me vacila), una petaca de licor, que siempre viene bien, y media docena de condones que le he birlado a Esperanza (lástima que no los tuviera de colores, para jugar con ellos a modo de fichas).

La zona donde duermen los empleados es algo más anodina y cutre que la de los residentes (que ya es decir). Mientras avanzo por el pasillo con cuidado de no despertar a nadie, hago una mueca, porque el puto zumbido del fluorescente que no termina de encender es bastante molesto. De todas formas, en la era de las luces led, hay que ver lo miserables que son.

Si Mauro no me ha hecho ninguna jugarreta, creo que ya he llegado a su dormitorio. Podría llamar a la puerta, pero se perdería el factor sorpresa y le daría a la enfermera petarda la oportunidad de echarme. O, aún peor, montar un escándalo y dejarme en evidencia.

Bajo el picaporte y me cuelo con rapidez dentro. ¿Y qué me encuentro?

A Vivian desnuda sobre una toalla que ha colocado en la cama, untándose crema. Oh, joder, qué visión.

—¿Qué carajo estás haciendo aquí?! —me grita y se cubre con lo primero que pilla, sus pantalones de trabajo, que, obviamente, no le tapan casi nada.

—Baja la voz, ¿quieres? —siseo.

—Mira, Romeo de pacotilla, largo de aquí.

—Tenemos un asunto pendiente, Julieta —digo sonriente y le muestro el tablero de parchís.

Ella arquea una ceja.

Yo me fijo en algunas gotas de agua que se le escurren entre los pechos.

Me señala la puerta.

La tela del pantalón es tan fina que ya se está empapando.

Ella me fulmina con la mirada al ver que me he quedado inmóvil.

—Venga, te dejo elegir color —digo, sentándome en el borde de la cama.

—¿Cuánto hace que no te limpias las orejas? —replica y, para mi alegría, salta de la cama, lo que me permite echar un buen pero breve vistazo a su cuerpo.

La repaso de arriba abajo y diviso un tatuaje encima del pubis, unos dibujos pequeños que no alcanzo a ver bien. Espero estar más cerca y averiguarlo. Joder, esto promete.

—Que. Te. Largues —dice.

—No te vistas —le pido y ella me enseña el dedo corazón—. Vale, pues me desnudo yo también.

De un salto, me pongo de pie y empiezo a quitarme las deportivas y los calcetines. Con rapidez y ante su cara de estupefacción, sigo desnudándome, pero cuando me dispongo a bajarme los bóxers, ella me interrumpe.

—Para quieto, joder.

Vivian se ha puesto una camisola y no se ha perdido ni uno solo de mis movimientos.

—¿Empezamos? —pregunto con una sonrisa y me acomodo en la cama.

Dispongo el tablero en medio y dejo los condones y la petaca con bebida a mano; seguro que me va a hacer falta.

* * *

—Abre la barrera, maldita sea —protesto, porque ella me ha bloqueado dos fichas y comido una. No puedo hacer nada, ya que por mucho que tiro los dados, no me sale un puto cinco para poder sacar la única ficha que me queda.

—No —canturrea y agita el dado con un movimiento de muñeca demasiado obvio como para pasar por alto la insinuación.

—A ver si sacas un puto seis —mascullo.

—¡Un cuatro! —exclama contenta y mueve una de sus fichas; por supuesto, la que no me beneficia nada en absoluto.

—Maldita sea...

—Yo no he inventado este juego —se justifica alegre y me pasa el dado—. Y has sido tú el que has querido apostar.

«Si me hubiera mordido la lengua...», pienso y lanzo el dado.

Antes de empezar la partida, la he retado haciéndome el valiente. Si gana ella, me largo a mi cuarto y si gano yo... ¿no lo imagináis?

Joder, cada vez es más complicado echar un polvo aceptable. Qué tiempos aquellos en los que con mostrar las llaves del coche o invitar a una raya, las tías hacían cola para chupármela en el baño.

Y ahora...

—¡Un dos! —exclama riéndose al ver lo que me depara la suerte—. Vaya paliza te estoy dando.

Y encima se regodea.

—Eso, descojónate de mí, que después ya me vengaré. Y te lo advierto, seré implacable.

—Clo, clo clo —se guasea, imitando a una gallina—. ¿Y qué vas a hacerme? ¿Jugamos a la oca?

—Muy graciosa...

—Puedes rendirte si quieres —propone con sorna—. No se lo diré a nadie.

—Qué más quisieras...

La miro fijamente. A los ojos. Porque creo que me estoy despistando demasiado porque sus encantos me han distraído. Esa camisola que lleva no es casualidad. Así que a partir de este momento a ponerse serio.

Es su turno, por fin saca un jodido seis, abre la barrera y cuando lanza de nuevo el dado, otro seis. Si saca un tercero se va a casa.

Sin burlarme, cuando saca el tercer seis y aparta la ficha, cojo el dado y lo lanzo. Un tres. No importa, porque me permite avanzar.

Cojo la petaca doy un buen trago y se la ofrezco. Ella bebe sin limpiar la boquilla (un detalle) aunque pone cara de asco cuando el líquido pasa por su garganta. Ya sé que es un matarratas, pero es lo único que me ha conseguido Mauro. Tampoco nos vamos a poner exquisitos.

Avanza la partida, Vivian se ha dado cuenta de que voy en serio, que se acabaron los despistes, y ha dejado de dedicarme miraditas y el tirante de su camisola misteriosamente ya no se cae. La situación se ha igualado bastante, aunque yo llevo una ligera ventaja. Tengo dos fichas ya en la casilla central y las otras dos bastante avanzadas.

—Quiero cambiar la apuesta —dice ella de repente, cuando le como una ficha.

—¿Ya te estás rajando? —pregunto y evalúo la situación, porque, con un poco de suerte, pongo a salvo la tercera ficha y solo me quedaría una.

—No, claro que no. Pero sería de idiotas, viendo cómo va el asunto, no reconsiderar los términos de nuestro acuerdo.

—Y sería ridículo, considerando la situación, renegociar —replico y sí, la suerte me sonríe, porque con el cuatro que acabo de sacar meto la tercera ficha y solo me queda una en peligro.

—Aún no has oído mis condiciones —susurra y se inclina hacia delante de tal forma que me hace partícipe de algo que ya sé, no lleva sujetador.

—Te toca —digo, pasándole el dado.

—Si ganas tú... —continúa con voz sugerente.

—Follamos hasta reventar. Sí, venga, te toca.

—Y si gano yo...

—Me hago una gayola en mi cuarto fantaseando contigo —apostillo con voz resignada.

—Eso es lo que quiero cambiar. Si gano yo... —Agita la mano con el dado dentro y otra vez su movimiento de muñeca me pone nervioso.

—¿Me haces tú la gayola como premio de consolación? —propongo, y ella lanza el dado. Un jodido cinco, va a sacar la ficha que le he comido.

—No, tengo una oferta mejor...

Mierda, tal como lo dice, seguro que es cierto.

—Te escucho.

—Si gano yo... —Hace una pausa y se humedece los labios. Un truco barato, pero que funciona, porque se me desborda la imaginación y me los imagino alrededor de mi polla—. Si gano yo, me dejas hacer contigo lo que quiera.

—Define «lo que quiera» —le pido desconfiando, tan tonto no soy.

—Atrévete —me provoca.

Ha vuelto a hacerlo. Que si un murmullo erótico, que si miraditas, que si movimiento de muñeca y, a lo tonto, ella ha avanzado una barbaridad y yo, que he jugado con el piloto automático, me he despistado y estoy a punto de perder.

—Ahora bien, si te da miedo el riesgo... —añade en el mismo tono— dejamos la apuesta como al principio.

Pues claro que me da miedo, pienso, porque Vivian me está demostrando que, además de ser muy espabilada jugando al parchís, sabe provocar y tentar al prójimo, es decir, a mí.

—De acuerdo. —Le tiendo la mano—. Acepto las nuevas condiciones.

—Estupendo.

Llegamos a la recta final. Los dos podemos ganar. Yo necesito un tres, ella un uno. Lanzo el dado. Un jodido seis. Vuelvo tirar, un puto dos, así que me quedo a las puertas. Vivian coge el dado, pone morritos y, como un mago antes del truco final, sopla.

—Joder, qué tensión, tira de una maldita vez —mascullo y ella me sonríe.

Lo lanza y en el último momento lo cubre con la mano para que no vea el resultado.

—*Alea iacta est* —canturrea.

Es jodidamente astuta. Crea expectación sabiendo que, tanto si gana como si pierde, me tiene pendiente de ella.

La agarro de la muñeca para acabar con el suspense y al levantarle la mano veo un único punto negro.

—¡Me cago en la puta!

No es perder lo que me cabrea, sino que ella me haya ganado, pues estoy seguro de que me lo va a restregar por las narices unas cuantas veces.

Vivian, sonriendo de forma enigmática, recoge las fichas y las guarda con parsimonia en la caja. Cuando acaba, se queda de pie a un lado de la cama y ordena:

—Túmbate.

No muy convencido, me acuesto boca arriba y adopto una postura en apariencia relajada, aunque lo que hay debajo de mis bóxers es un chivato y ella tarda bien poco en darse cuenta.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto preocupado cuando coge su móvil.

No creo que se le ocurra hacerme una foto, aunque nunca se sabe. Cuando unos segundos después empieza a sonar *Save your tears*, me siento en parte aliviado, porque solo pretende crear ambiente, aunque, por otro lado, a saber qué tiene pensado hacerme.

—Relájate —musita y apaga la luz, dejando que la que sale de la pantalla sea la única que nos ilumine.

Luego se sube a horcajadas sobre mí, o, más concretamente, sobre mi polla. La presión me hace sisear.

—Echa los brazos hacia atrás —añade.

Obedezco sin dejar de observarla, porque sigo sin fiarme un pelo.

—Estás a mi disposición, para lo que yo quiera.

—Eso parece —mascullo, descontento por haberme dejado enredar.

—Pues bien, divirtámonos...

Capítulo 10

Ya sé que muchos y muchas pensáis que una escena de sexo contada por un hombre es pim-pam-pum. Dentro-fuera, con un poco de suerte, otra vez dentro-fuera y se acabó. Como si los hombres, al corrernos, sufriéramos una especie de bajón de batería que nos deja fuera de combate durante un buen rato. Sí, eso ocurre, la diferencia es que algunos, a medida que vamos cumpliendo años, sabemos dosificar y el bajón de batería no es tan exagerado.

También dice la leyenda que no nos fijamos en los detalles y que por eso no los contamos. Pues bien, os voy a estropear la teoría. Pero os lo advierto, voy a follar (o eso espero, porque Vivian se está restregando sobre mí), así que quizá no sea todo lo preciso que esperáis.

Vamos al lío...

Ella se inclina hacia delante y roza sus labios con los míos.

—En algún momento te tendrás que desnudar, digo yo —comento en voz baja.

—Ya me has visto desnuda —replica, y me muerde el labio inferior.

Hago una mueca.

—No me ha dado tiempo a verte bien —miento a medias.

—De momento, vamos a ver lo que escondes aquí —dice, apartándose para acariciarme por encima del bóxer.

—Esconder, lo que se dice esconder, más bien poco —siseo, cuando ella me aprieta la polla.

—Vamos a comprobarlo...

Vivian me desnuda y se queda pensativa mirándome. Es evidente que quiere tensar la cuerda tanto como sea posible y eso hace que me guste el juego, aunque también me desespera. No estoy acostumbrado a ser paciente, de ahí que me vea obligado a tomar cartas en el asunto:

—Comprueba lo que quieras, pero que sea rapidito, joder.

Y no es una amenaza en vano, porque me incorporo hasta quedar cara a cara y agarro uno de los tirantes de la camisola para bajárselo.

—Eh, eh, eh, chaval. Esas manos. —Me detiene y me empuja para que vuelva a tumbarme—. Echa los brazos hacia atrás. No puedes tocarme.

—Esto no me convence —murmuro torciendo el gesto, y ella, para engatusarme, se quita la camisola por la cabeza y se exhibe erguida, haciendo que cambie inmediatamente de opinión.

—¿Decías?

—Nada. —Trago saliva—. Nada.

En algún momento, digo yo, nos harán falta condones, y ahora mismo, mientras Vivian me masturba despacio, no me acuerdo en dónde los he dejado.

Ahora suena *Kiss me more*. ¿Veis como sí soy capaz de fijarme en los detalles? Y eso que ella se ha inclinado y me está mordisqueando las tetillas. Me está costando lo indecible permanecer inactivo, porque siento el roce de sus pezones, sin embargo, me esfuerzo, aunque con todas estas maniobras me ha puesto cardíaco.

Sus labios abandonan mis tetillas y continúan descendiendo. Joder, ¿una mamada en la

primera cita? Eso sí que es digno de mención. No conozco a ninguna que me lo haya hecho. Pagando (en especie, es decir con un par de rayas) no cuenta.

Sí, lo va a hacer. Me sostiene la polla por la base, apretando lo justo, y enseguida noto su respiración en la punta. Inspiro hondo para no quedar en evidencia, pues en cuanto se la mete en la boca...

—Joder... —susurro, alargando las letras.

Ella me agarra las pelotas y hace lo que a todos nos deja sin respiración, que es metérsela hasta el fondo, al tiempo que nos acarician o nos arañan por las zonas adyacentes. ¿A que no es tan difícil? Pues bien, yo me he topado con cada inepta, que para mí se queda.

—Qué boca... —jadeo, porque estoy a punto de correrme.

Ya sé que a mi edad debería aguantar un poco más, pero es que Vivian lo está haciendo de puta madre. Presiona con los labios, incluso utiliza los dientes llegando a causarme un pequeño dolor que, lejos de inquietarme, me vuelve loco.

Me empiezo a retorcer, a gemir y ella me agarra de las pelotas. Una silenciosa advertencia para que baje el volumen, ya que nos pueden pillar. Va a ser complicado, pues lo hace tan condenadamente bien y hace tanto tiempo que no disfruto de una buena mamada, que voy a fracasar. Esta noche no hay espacio para la contención.

—Humm... —ronronea y, claro, eso me revoluciona.

—Me voy a correr —le advierto de manera innecesaria, porque ella tiene que notarlo, por cómo jadeo y me retuerzo.

Lo que ocurre es que siempre es mejor avisar.

Aunque por lo visto a Vivian la advertencia le trae sin cuidado, pues lejos de apartarse, como hacen algunas con más o menos disimulo, ella se vuelve más ambiciosa y me chupa con más ganas si cabe.

Me las arreglo para apartarme, a pesar de estar a punto de correrme, porque quiero que esto dure un poco más. Una mamada de este tipo se disfruta más cuando hay confianza, cuando has follado de lo lindo y no te apetece ni mover un dedo.

—¿Qué haces? —masculla perpleja.

Antes de responder, consigo adoptar una postura diferente y así controlar la situación.

—Darle un poco de emoción al asunto.

—Yo creía que estabas bastante emocionado —replica y poco a poco consigo que se recueste para colocarme encima.

Por supuesto, no me lo pone fácil, no obstante, la superioridad física se impone.

—Y lo sigo estando —respondo—, pero ahora me apetece explorar un poco.

Me coloco de lado y le recorro con la mano el costado.

—Pensaba que querías echar un polvo y largarte —susurra con cierto desdén.

—Y lo voy a echar —digo. Detengo la mano a la altura de su vientre y entonces veo bien su tatuaje. Parecen gotas de agua o quizá lágrimas—. ¿Qué significa?

—Tonterías de juventud. —responde evasiva—. Se supone que eres un tío inmaduro, al que todo le resbala y que quiere pasar un buen rato, no hablar.

Es la imagen que proyecto. No me puedo quejar ahora. Durante toda mi vida me he esforzado por no preocuparme por nada ni por nadie, así que supongo que Vivian me ve como el resto.

—Oye, se supone que a las tías os encanta eso de la cháchara en la cama —replico, y ella se ríe.

—No finjas que te intereso más allá de mi cuerpo —dice con una sonrisa—. Y deja de dar

rodeos. Vamos al grano.

Por lo general me gustan las mujeres decididas, porque hay otras que dan la chapa con bobadas y te hacen perder el tiempo. Pero Vivian me desconcierta. Durante varios días se ha mostrado esquiva, incluso desagradable conmigo, y ahora, de repente, quiere follar como si nada y me trata como a una polla con ojos.

—Venga, vamos al grano —convengo, solo porque prefiero que de momento siga pensando que soy un inmaduro despreocupado.

Meto una mano entre sus piernas y voy directo al interruptor general. Le presiono el clítoris con el pulgar y utilizo el dedo corazón para acariciar y extender su humedad. No voy a constatar en voz alta que está chorreando, ella es mucho más consciente que yo de ese hecho.

Comienza a gemir, algo contenida, aunque seguramente sea para no alertar a la gente de que estamos enrollándonos. Pero arquea las caderas al ritmo de mi mano.

Yo aprovecho para mordisquearle el cuello y deja escapar uno de esos gemidos que provocan en un hombre los pensamientos más eróticos, ya que son genuinos. Nada que ver con los jadeos de imitación que muchas mujeres creen que nos excitan. Pero ya os digo yo que no, a mí en particular me desagradan. Por eso, escuchar a Vivian con su naturalidad me gusta. Es toda una novedad.

Quizá os estoy aburriendo con los detalles o quizá esté perdiendo el tiempo en contaros qué estoy haciendo en vez de actuar. Así que, nada, se acabaron los miramientos.

—Pásame un condón —ordeno en voz baja y dejo de penetrarla. Le señalo mi pantalón para que los busque.

Ella se estira y me ofrece una panorámica de su culo. Y, claro, me resulta imposible no darle un buen azote.

—¡Aug! No seas bruto —me regaña, frotándose el trasero.

Se da la vuelta con la tira de seis condones en la mano y me mira.

—Soy optimista —me justifico con una sonrisa.

Rasga el envase del primero, lo saca y, sin pedirme permiso, agarra mi polla y me lo coloca. Después me dice:

—Tumbate, ya me encargo yo de todo.

Antes de que pueda replicar, estoy acostado boca arriba y ella se deja caer sobre mi erección. ¡La puta de oros, se la mete de golpe!

A la mierda si nos oyen. Gimo y la agarro del culo para que la fricción sea lo más intensa posible.

Ella se mueve jodidamente bien, gira las caderas y aprieta los músculos internos de tal forma que siento lo mismo que si un puño me apretara la polla.

Inspiro hondo. Desde que he llegado no hemos hecho otra cosa que dar rodeos, pero por fin estamos follando y no es tan bueno como me imaginaba, es bastante mejor.

O puede que después de tirarme a Esperanza, a poco que se esfuerce una mujer, cualquier cosa sea mejor. No sé, no lo tengo claro, pero ahora no es el momento de hacer análisis.

La observo, tiene los ojos entrecerrados, sube y baja sobre mi polla, jadea, se muerde el labio y, no sé, pero me da la sensación de que prefiere pensar que está con otro. O, dicho de otra forma, me está utilizando.

Joder, eso debería molestarme, sin embargo, me está utilizando tan bien que no me importa.

Arqueo las caderas para clavársela con más fuerza y Vivian responde arañándose en el pecho. Siseo de auténtico placer. Entre la mamada y esto, estamos llegando al notable alto.

De repente se queda quieta, me araña con más fuerza y susurra:

—Joder, cómo lo necesitaba...

Jadea y se inclina hacia delante para darme un beso. El único que he recibido. Sí, confirmado, me está utilizando.

Ella ya está, así que poco o nada me queda por hacer, excepto, por supuesto, correrme.

—Ha estado bien, ¿verdad? —me pregunta apartándose, y me ha sonado desdeñoso.

Apaga el móvil justo cuando sonaba *There's Nothing Holding Me Back*.

Yo me deshago del condón y miro en busca de mi ropa. Como no alcanzo estirando el brazo, le digo:

—Acércame los pantalones.

Vivian lo hace e inmediatamente se pone la camisola. Yo hurgo en el bolsillo trasero hasta encontrar un porro y el mechero.

—¿Qué coño haces? —pregunta perpleja.

—Echar el cigarrito de después —respondo y me pongo cómodo.

—¡Aquí no se puede fumar!

Por supuesto, hago caso omiso de sus palabras, enciendo el porro y le doy una de esas caladas que te saben a gloria.

—¿Quieres?

—Deberías largarte —dice tensa, señalando la puerta.

—¿Perdón?

—Ya es tarde.

Niego con la cabeza y disfruto de mi porro. Quizá, en otras circunstancias y con otra mujer, estaría agradecido de largarme sin más. No obstante, por alguna razón que aún desconozco, no me da la puta gana de hacerlo.

—Si no me han informado mal, mañana tienes turno de tarde —comento como si tal cosa—. Así que no hay por qué madrugar.

—No todos vivimos de la familia.

Me muerdo la lengua para no replicarle que ella tiene como novio a uno con el riñón bien cubierto. No quiero que se encabrone conmigo antes de tiempo.

—¿No te apetece un segundo asalto?

—Estoy más que satisfecha, gracias —me espeta.

Cruza los brazos y me fulmina con la mirada.

—Vaya, ¿eso ha sido un halago? —bromeo.

—Eso ha sido una forma elegante de decirte adiós, muy buenas noches.

—Déjame disfrutar del cigarrito y ya verás como después vas a estar mucho más agradecida...

Capítulo 11

—Levanta...

Oigo voces. Alguien me zarandea. Yo paso olímpicamente.

Se está muy a gusto en la cama. No tengo ni puta idea de qué hora es y me trae sin cuidado. Anoche me dormí tarde, porque una enfermera petarda me ganó al parchís y, claro, le pedí la revancha. ¿Cómo iba a dejarlo pasar?

—¡Levanta! —repiten y esta vez a grito pelado, haciendo que suspire.

Sin embargo, mantengo los ojos cerrados, aunque va a ser difícil seguir durmiendo. Y no solo por el hecho de que la cama sea incómoda de cojones, sino porque alguien se empeña en zarandearme.

No me queda más remedio que volverme hasta quedar boca arriba.

Abro los ojos despacio ¿y qué me encuentro? A Vivian con cara de malas pulgas, como si anoche no hubiéramos follado. Y dos veces, si no recuerdo mal. Os di detalles del primer polvo, del segundo no, pero fiaros de mí, ocurrió.

Joder, claro que ocurrió y además, si la memoria no me falla, fue más intenso que el primero, porque me pilló menos ansioso y con más ganas de jugar, lo que se tradujo en sexo más creativo. Y eso que al principio ella se puso gruñona, ya que no estaba por la labor, sin embargo, mis dotes de persuasión hicieron el resto.

Intentó de nuevo echarme de su habitación, aunque al final se durmió antes que yo. Es lo que tiene dejar a una mujer satisfecha.

¿Queréis más detalles del segundo polvo?

Usé condón, obviamente, le susurré suficientes palabras explícitas al oído como para sonrojar a cualquiera y, por supuesto, me puse en plan ordeno y mando, que al parecer funciona.

—¿Dónde está el fuego? —pregunto de mala gana.

De repente me quitan la sábana y si bien no hace frío, me jode.

—Tienes que irte; son las ocho de la mañana —dice Vivian tirando de mí para que me levante—. Venga, no pueden encontrarte aquí.

—¿Así de mal tratas a los hombres que te proporcionan dos orgasmos?

—Que te levantes, joder —insiste, y al final me incorporo hasta quedar sentado.

—Ya hay algo que se ha levantado —la informo, pese a que ni me he molestado en comprobar si tengo una erección matutina—. Por si te apetece.

—No, no me apetece.

—Mentirosa —me guaseo.

Me tira la ropa encima y no me queda más remedio que vestirme.

Ella se muestra impaciente y gruñona. Ganas no me faltan de tumbarla y echarle el tercero, pero no son horas; nunca madrugo, de ahí que me pille algo desganado. Y si follo a primera hora de la mañana es porque tengo pensado quedarme después acostado.

A pesar de la prisa que me mete, me visto con parsimonia, lamentando que mi ropa esté

arrugada. Podría arreglarme más, pero pienso que tiene cierto encanto salir de la habitación de una mujer con ese aire desaliñado que proclama a los cuatro vientos que ha habido tema.

Es una de las escasas excepciones en las que se me puede ver desarreglado.

—¿Nos vemos esta noche? —le pregunto, conociendo de antemano la respuesta.

Vivian me ha abierto la puerta y está esperando que me vaya. Me inclino hacia ella y le doy un beso rápido. No me rechaza, más bien lo contrario, hasta que oímos un ruido procedente del pasillo y se separa bruscamente, jodiendo la despedida.

Me da con la puerta en las narices.

Bueno, en peores plazas hemos actuado.

De todas formas, es mejor no forzar la situación, ya encontraré el modo de repetir, porque algo me dice que Vivian también se ha quedado con ganas de más. Lo que pasa es que no va a admitirlo de buenas a primeras. La cabezonería femenina en acción.

Camino por los pasillos del centro en dirección a mi dormitorio (podría ir a desayunar, ya puestos, pero no me da la gana) y me cruzo con varios empleados. No sé quién está más sorprendido, si ellos o yo, de que aún no sean las nueve y haya salido de mi cuarto.

Y además con la ropa arrugada...

Por fin llego al dormitorio y al entrar me encuentro algo que no esperaba: una mujer acostada en mi cama. Bueno, un saco de huesos con un chándal tres tallas más grande.

—¿Dónde has estado?! —me pregunta Yolanda con impertinencia, cuando doy un portazo para cerrar. Se sienta en la cama, se aparta el pelo de la cara y frunce el cejo.

Igual que si fuera mi novia. Quitá, borra eso, no tentemos al destino.

—Por ahí.

—¿Fumando porros? —me interroga con aire de regañona.

—No, follando —la corrijo, y ella se queda perpleja.

—¡Anda ya! —exclama en tono de burla.

—Por cierto, ¿qué haces en mi cuarto a estas horas? —replico de mala gana—. ¿Has vuelto a potar en mi baño?

—Te prometí no hacerlo —me recuerda—. Y no me creo eso de que has estado...

—Dilo, anda, que no es tan difícil. follando.

—Yo prefiero decir hacer el amor —contesta un tanto repipi.

—Yolanda, guapa, mira qué pintas tengo. —Me señalo, porque no voy lo que se dice muy elegante.

—¿De verdad has tenido sexo?

Pongo los ojos en blanco, ¿qué costará decir «follar»? Que así habla todo el mundo.

—La próxima vez te traigo los condones usados, analizas el ADN y así te convences.

—Puuaj, qué asco.

—Pues no pongas en duda mi palabra.

—¿Condomes, en plural?

—Sí, Yolandita, guapa, los treintañeros echamos dos en la misma noche y aguantamos —replico sarcástico—. Aunque te parezca increíble.

—Te lo estás inventando, eres muy mayor.

Esta conversación me empieza a aburrir, así que decido ponerle fin.

—A ver, como careces de experiencia suficiente y tenías por novio a un incompetente que seguramente era eyaculador precoz, no tienes referencias fiables para opinar, de manera que cuando folles con un tío de verdad hablamos del tema e intercambiamos ideas, ¿vale?

—Mi novio me hacía el amor —aduce—. Con cariño, ternura...

—Que sí, vale, lo que tú digas —la interrumpo dándole la razón, como a los tontos—. Voy a darme una ducha y para ello debo despelotarme.

—Oye, que soy mayor de edad, no me voy a asustar por ver a un hombre desnudo —replica toda orgullosa.

—¿Estás segura? —me guaseo.

—No soy virgen, ya he visto a un hombre desnudo.

—Pensaba que follabas a oscuras, por lo de la intimidad y esas pijadas.

—A veces nos duchábamos juntos —replica.

—Oh, por favor, cuánta perversión —digo con tono irónico.

—Venga, dúchate —me insta—. Tengo que hablar contigo de un asunto.

—Es que no quiero herir tu sensibilidad —le vacilo.

Yolanda se tapa los ojos con las manos.

Empiezo a quitarme la ropa. Mi intención solo es tomarle el pelo, pero ni loco me quedo en pelotas, que luego puedo tener problemas.

Ella separa los dedos para echar un vistazo y yo me detengo tras abrirme la bragueta.

—Anda, respira —murmuro y me doy media vuelta con la intención de ir a la ducha—. Cuando salga, no quiero verte aquí.

Me encierro en el cuarto de baño, lástima que no haya pestillo. Cuando termino de ducharme, salgo aún goteando, con una toalla alrededor de las caderas, y veo que Yolanda sigue en mi cama.

Joder, no sé para qué le doy palique, esto de que seamos «amiguitos» a veces es un coñazo.

—¿No te he dicho que te largues? —le espeto y ella replica:

—Si estoy aquí es por un motivo, Por cierto, ¿qué te ha pasado en la espalda? ¿Te has peleado con un gato?

Miro por encima del hombro, aunque no alcanzo a ver los arañazos, así que Yolanda coge su móvil, me hace una foto y me la muestra.

—Joder, esto es ensañamiento —mascullo.

—Entonces, ¿es verdad que has tenido sexo?

—Follar, Yolanda, se dice follar. Y sí. ¿Por qué iba a mentir?

Así que la enfermera petarda ha sacado las garras. Anoche, mientras me montaba, noté sus uñas y me gustó. Lo que no esperaba es que fuera tan agresiva. En fin, un motivo más para volver a verla.

—No sé, Quique. A los tíos os gusta presumir.

—Tengo que vestirme, déjame un rato a solas, anda —le pido, y ella niega con la cabeza.

—Mira esto. —Trastea en su teléfono y me muestra una foto de Instagram—. ¡Mi chico y esa asquerosa robanovios lo han dejado!

Vaya, con qué poco se conforma esta chica.

—¿Y? —murmuro indiferente, mientras saco ropa limpia del armario.

—Pues que tengo opción de recuperarlo.

—¿Y?

—Que tú vas a ayudarme —dice, y la miro por encima del hombro sin comprender.

—¿Yo? No digas bobadas. Además, ¿para qué quieres volver con él? ¡Te dejó por otra!

—Por eso precisamente. Ahora es mi turno de hacerle probar su propia medicina a esa fresca —afirma toda convencida.

—A ver, que yo me entere. ¿Y qué pinto yo en tus alocados planes?

—Vas a ser mi novio —explica y me quedo traspuesto.

—¿Perdón? —mascullo con cara de asco.

—Novio de pega —me aclara—. Ni loca me enrollaría contigo, eres muy mayor.

—Vaya, gracias —replico y me sujeto bien la toalla, no vaya a ser que al final le enseñe el pajarito y le dé un síncope.

—La cuestión es darle celos.

Tuerzo el gesto, estos juegos de niños me superan.

—No me jodas...

—Anda, ponte guapo, que nos hacemos un *selfie* y lo pongo en Instagram —sugiere, convencida de que es una idea cojonuda, aunque yo la veo una estupidez.

Cojo dos pantalones del armario, se los muestro y le pregunto:

—¿Dolce&Gabbana o Hugo Boss?

—Los azules.

Vuelvo a guardar los Hugo Boss. Acto seguido, le pido opinión para la camisa y ella escoge una rosa. Para vacilarle también le muestro la ropa interior, los calcetines y los zapatos.

—Tienes un gusto pésimo combinando ropa, que lo sepas.

—Arréglate —exige Yolanda.

Con la ropa bajo el brazo, me vuelvo al baño y aprovecho para afeitarme y terminar de acicalarme.

—¿Siempre vas hecho un figurín? —me pregunta ella acercándose a mí.

—Sí —respondo.

—Bueno, allá vamos. El primer *selfie*, sonrío.

Muy a mi pesar, Yolanda se pega a mí y hace la puta foto. Y no va a ser la única, porque cada vez se arrima más, me abraza, pone morritos o cara seductora... Vaya, las payasadas habituales. Lo soporto ya que en el fondo me divierte, ahora bien, cuando me pide que la bese, me aparto como si tuviera la peste.

—Es solo un pico —dice y resopla—. ¿Qué te cuesta?

—Y luego soy yo el inmaduro...

—Te garantizo que cuando mi novio vea esto, se va a poner rabioso. Venga, dame un beso —me pide levantando el móvil para que la foto salga perfecta.

—Yo no me pondría rabioso si veo que una ex a la que he dejado está con otro, es más, me alegraría por ella —afirmo, aunque como nunca he tenido una relación seria, estoy hablando desde la lógica.

—¡No digas bobadas! —exclama Yolanda—. A todos los hombres les molesta ver a su chica con otro.

—Eso ha sonado muy posesivo, guapa. Y antiguo. Luego dices que yo soy un viejo.

—Hay cosas que nunca fallan —asevera y yo niego con la cabeza, porque esto es de locos—. Los celos son síntoma de que aún me quiere.

—O también de que es un gilipollas —la corrijo, porque es lo que opino.

—Venga, haz lo que te digo, quiero que vea lo feliz que soy con mi nuevo amorcito.

—Por favor, si quieres que mantengamos una «relación» aceptable, evita cosas como «amorcito», te lo pido por favor.

—Vale, nada de amorcito —acepta—. Bésame.

—Espera un puto minuto —mascullo evitándola—. Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—Ya sé que eres mayor, pero...

—No es por eso, Yolanda, guapa —digo y la agarro de la sudadera—. Mira qué pintas me llevas, hija mía. ¿Quién se va a creer que yo, con mi percha y mi estilo, voy a salir con una chica como tú?

Yolanda baja el móvil y frunce el cejo.

—A lo mejor tienes razón —murmura tras reflexionarlo.

—Así que, venga, a arreglarse y a ponerse monísima de la muerte. Busca un sujetador con relleno, péinate y, por lo que más quieras, quítate esa sudadera.

—Era de él —repite, como si eso lo explicara todo.

—Pues tenía el gusto en el culo —afirmo sin importarme de si le molesta o no—. Así que, venga, a emperifollarse.

—¡No tengo nada decente! —exclama—. En la maleta solo metí ropa cómoda.

—Joder... Es que, de verdad, así no hay manera —me quejo—. ¿Por qué narices la gente, cuando se deprime, va hecha una piltrafa?

—Oye, don estiloso, mi novio me dejó por otra, perdona si me he olvidado de ir a la moda —replica con retintín.

—Pues tenemos un problema, querida...

Capítulo 12

—¿Sigues igual de tu problema? —me pregunta Esperanza, inclinándose para acariciarme por encima del pantalón.

—Sí —afirmo con convicción, y ella tuerce el gesto.

En la sesión de esta tarde me he tumbado en el diván porque estoy agotado. En primer lugar, no he dormido mis diez horas reglamentarias, ya conocéis la razón. Y en segundo, he tenido que hacer de estilista de Yolanda antes de posar en el jardín como tortolitos para su Instagram. Ha etiquetado las fotos con los siguientes *hashtags*, a cuál más vomitivo: #nuevoamor, #enamorado@s, #felicidad, #amordelbueno, #loveforever y el que me ha sentado peor #kike, sobre todo porque odio que escriban mi nombre de esa forma, más que nada porque parece de extrarradio, ¿verdad?

En breve, es decir, mañana como muy tarde, todos sabrán en el centro de rehabilitación que somos novios. A ver cómo se lo explico yo a la enfermera petarda, porque a Esperanza no le pienso dar ni una excusa.

Ah, y también está lo de las malditas normas de no enrollarse con compañeras, solo relaciones sanas.

—¿Seguro? —insiste Esperanza, y yo pongo mala cara.

Aguanto sus insinuaciones porque necesito las pímulas y para que sus informes sobre mi evolución sean favorables.

—Segurísimo —le confirmo.

—Qué pena —murmura y vuelve a adoptar una pose más profesional, siempre y cuando se pase por alto que está sentada de tal forma que puedo verle las bragas.

Si algo me ha quedado claro es que Esperanza necesita más ayuda psicológica que yo. Esta mujer no se ha recuperado del divorcio y va mendigando atención. Desde luego, estoy rodeado de mujeres inseguras. Primero Yolanda, con la tontería de darle celos a su ex (si funciona, otro que tal baila) y después Esperanza, que, con lo mal que me porto con ella, ya debería haberme mandado a la mierda.

La única que me ha mandado a paseo, aunque por supuesto solo es una fachada, es Vivian, la que curiosamente tiene novio. Joder, ¿hay alguien leyendo esto que entienda a las mujeres?

—Quique, vamos a centrarnos en tu negativa a hablar de los problemas —dice Esperanza y casi estoy por tirármela, para no escucharla—. Con las drogas, aclara.

—No tengo ningún problema con ellas —replico—. Me gustan y las disfruto. Tal como yo lo veo, eso no supone problema alguno.

—¿Y no crees que te cambian el carácter?

—Joder, de eso se trata. Si me voy a quedar igual que antes, no me meto una raya.

Ella hace algunas anotaciones y suspira.

—Sigues sin ver el lado malo del asunto.

—Hasta la Aspirina tiene contraindicaciones, pero hay que poner en una balanza lo positivo y

lo negativo —alego y creo que nadie se ha leído el prospecto de un medicamento, más que nada porque no se entiende.

—¿Y qué pasa con las consecuencias a largo plazo?

—Describemelas —le pido, aunque las he oído cientos de veces.

Así pierdo el tiempo, ella cree que hace su trabajo y todos contentos.

Me recita lo que ya sé y lo hace con un tono dramático, como si eso me fuera a asustar. Tonto no soy.

—Hay demasiada mierda alrededor como para soportarla a palo seco.

—¿Y por qué no buscas alternativas?

—¿Cómo por ejemplo? —pregunto, y cambio de postura en el diván. Ahora mismo me fumaba un buen porro, para relajarme y soportar esta estupidez.

—El deporte.

—Follar es deporte, pero como el equipamiento no responde... —murmuro con sorna—. Además, si cambio una adicción por otra, luego tendré que hacer de nuevo terapia para controlar mi adicción al sexo.

—Lo estás sacando de contexto.

—Lo que yo creo es que es mejor quedarse con los vicios conocidos, al menos los controlo.

—Las adicciones no se pueden controlar, Quique.

—¿Cómo que no? —replico y me doy cuenta de que hoy me estoy implicando demasiado en la conversación, cuando habitualmente doy respuestas evasivas que no me comprometen.

—Por eso se necesita terapia, para superarlas.

—A no ser, claro, que el objetivo de la terapia sea tener siempre clientes —apunto con malicia.

Esperanza niega con la cabeza ante mis palabras.

—Sigues cerrándote en banda, y de este modo es casi imposible avanzar.

Miro el reloj, faltan diez minutos para la hora, así que lo único que debo hacer es soportar la chapa de Esperanza ese ratito. Después iré a ver a Mauro, que tiene mercancía para mí, y por último regresaré a mi dormitorio para idear la forma de pillar a la enfermera petarda desprevenida.

—Se me han acabado las pirulas, ¿tienes más? —le pido a Esperanza y, como hace siempre, me las regatea.

Se levanta, va al armario que tiene tras el escritorio y me muestra un blíster.

—Quique, debes bajar la dosis.

—Anoche no tomé ninguna para dormir —le digo, y es cierto, con la tontería del parchís, no lo hice.

Me levanto para cogerlas, le doy un beso rápido, murmuro «gracias» y salgo de la consulta.

* * *

—Necesito saber el horario de Vivian del próximo mes —le pido a Mauro.

Nos hemos reunido como siempre, con nocturnidad y alevosía. Le entrego unos *sneakers* de Calvin Klein grises con el logo serigrafiado y él los mira como si fueran de mercadillo.

—Son auténticos —le aclaro, y Mauro los mete en una bolsa del Mercadona.

Eso sí que es delito.

—¿Y para qué quieres su horario? Tengo entendido que ya has pasado una noche con ella.

—Un día de estos tienes que contarme cómo te enteras de todo, Mauro.

Él sonrío y me pasa el porro que acaba de encender.

—Algún día —repite, y sé que no me lo dirá, pues ¿qué sentido tiene?—. Y dime, ¿por qué quieres repetir?

—No lo sé —admito con sinceridad—. ¿Tú nunca has querido repetir?

—¿Con una mujer? No.

—Ya me entiendes, que seas gay no significa que no te pase.

—No soy gay, soy maricón —me aclara.

—¿Qué dices? —pregunto, porque yo he procurado ser educado. No he querido ofender y sé que la palabra «maricón» a algunos les molesta.

—Los homosexuales con dinero son gais; los pobres como yo somos maricones.

—Es una sutil diferencia, sí —reflexiono, aunque no me importa lo más mínimo.

Nunca he tenido problemas con gais, y si alguna vez, en algún club, se me ha acercado uno y me ha tirado los tejos, le he dicho que no y no pasa nada; hasta puedes terminar haciendo amigos.

—Te conseguiré los horarios de Vivian, pero por favor, respétala, ¿vale?

—A lo mejor es ella quien no quiere que la respete —respondo, recordando lo sucedido en su dormitorio al ritmo de *Bad Habits*.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Asiento, tonto no soy, aunque por lo general me muestre despreocupado con la humanidad y sus problemas. No me implico.

—Por si te interesa —dice al cabo de un rato—, Amapola ha roto con su ligue. Por lo visto era un segurata que cobraba poco y quería que ella lo mantuviera.

—¿Y?

—Pues que se te va a acumular el trabajo —añade riéndose.

—Cabrón —mascullo, y eso hace que se ría más fuerte.

—Eso te pasa por picaflor.

—A ver si vas a tener que abandonar tu mariconismo para volver a la aburrida senda hetero y echarme un cable —le digo para jorobarlo un poco.

—Ni lo sueñes. Mejor te pasas a mi acera y lo pruebas —propone.

—Ya lo intenté una vez, y no, no me funcionó —confieso, y tuerzo el gesto al acordarme de aquella noche.

Yo iba pasado de vueltas y, como siempre, después de armarla en un club de moda, nos marchamos a una *suite* de lujo para seguir con la fiesta. Las chicas se despelotaron en cuanto puse a su disposición una fuente de coca y los tíos nos quedamos tirados en el sofá, observando el espectáculo. Como era de esperar, nos vinimos arriba y entre una cosa (la coca) y la otra (chicas frotándose) se nos puso dura. Dada nuestra capacidad más bien limitada de raciocinio en esas circunstancias, el tío que estaba a mi derecha empezó a masturbarme y, en contra de todo lo que creía hasta el momento, me gustó y me dejé llevar.

La fiesta continuaba a mi alrededor y yo tenía un tío arrodillado delante de mí, chupándomela, y muchas risas, más coca y alcohol sin límites. Nos daba igual tener público, pero cuando estaba a punto de follármelo, no sé, me vino el bajón y lo aparté de mala hostia, llamé a una de las chicas que estaban esnifando sin control y me la follé delante de la gente. Hasta me aplaudieron al final.

—Aquel fue mi único y último intento de cambiar de acera —digo al final de mi relato.

Mauro hace un gesto extraño.

—¿Qué?

—La típica historia de gilipollas inmaduro —sentencia.

—Nada, que no me quito el sambenito —protesto—. Anda, pásame el porro.

Mauro a veces es demasiado puñetero, pero aunque eso jode, al menos no hace la pelota y es sincero. Y dado que en mi vida hay un exceso de palmeros, quieras o no, alguien como él resulta necesario para no perder el norte.

Me despido y camino tan pancho, sin prisa, hasta mi dormitorio. Tendría su gracia que Vivian me interceptara, pues así tendría una excusa para tentarla, pero no, ni rastro de ella. Solo me cruzo con dos limpiadoras que están más pendientes de que no las pillen fumando que de hacer su trabajo, así que pasan de mí.

Capítulo 13

—¡Buenos días, amorcito! —me despierta una voz cantarina y por desgracia conocida.

—Te dejo, corto contigo —refunfuño y me doy la vuelta en la cama para ignorar a Yolanda. No sé por qué cojones accedí a fingir ser su novio.

—Ay, qué malas pulgas tienes por la mañana, amor mío —añade burlona—. Te he traído un regalito.

—Voy a pedir a los de mantenimiento que me pongan un pestillo en la puerta —gruño.

—¿No quieres ver qué te he traído?

—¿Dos gramos?

—Algo mucho mejor...

Como Yolanda no va a parar hasta que le haga caso, aparto las sábanas, aunque me doy cuenta demasiado tarde de que duermo en pelotas, así que vuelvo a cubrirme con rapidez.

Ella pone los ojos en blanco y me tiende uno de esos envases de plástico que se compran en la farmacia. Pongo cara de asco porque está casi lleno.

—¿Me has traído orina?

—Exactamente —me confirma y controlo las ganas de vomitar—. Hoy es día de análisis y con esto tendrás un expediente impoluto, porque yo no tomo nada.

Frunzo el cejo. Es una guarrada, pero todo un detalle. Así me ahorro sobornar a la chica del laboratorio.

—Muchas gracias —digo de mala gana, cuando Yolanda sale del cuarto de baño, donde ha escondido el bote de pis—. Aunque se te ha olvidado un detalle: también nos hacen análisis de sangre.

—Soy una novia atenta, así que he pensado en todo. Como yo estoy debilucha, pediré que me acompañes. Primero que te saquen sangre a ti y después, cuando sea mi turno, finjo marearme, me tumbo y, mientras la enfermera me atiende, podrás cambiar los viales.

—Joder, estás hecha una maleante —la alabo, y ella sonrío.

—¿Ves cómo soy la chica ideal?

Antes de que pueda añadir nada, llaman a la puerta. Un enfermero con el carrito lleno de muestras de orina entra en mi dormitorio.

—Señor Doncel, si es tan amable... —me pide tendiéndome un envase para orina.

—Estoy en pelotas —digo, aunque me da igual, porque salgo de la cama, obsequiando al enfermero y a Yolanda con primeros planos de mi cuerpo—. Ahora vuelvo.

Mi «novia» ha dejado su regalito a la vista, pero yo he de hacer el paripé, así que meo dentro del bote y, cuando acabo, lo dejo tras el retrete. Después me lavo las manos y, ya que estoy, me enrolla una toalla alrededor de las caderas.

Cuando salgo, le doy el pis de Yolanda, el enfermero le pone una pegatina y se larga.

—Bueno, primera fase del plan completada —dice ella contenta—. Ahora vístete, vamos a la sala de extracciones y después a desayunar.

—¿Tienes hambre? —pregunto extrañado, pues si está comiendo estos últimos días es porque hizo un pacto conmigo.

—Un poco sí.

—Vale.

* * *

—Vaya, los tortolitos —nos saluda la enfermera petarda.

Justo nos tenía que tocar Vivian para el análisis de sangre. Está sentada, preparando el instrumental.

—Hola —responde Yolanda cantarina y me da un beso en la mejilla.

—Te veo estupenda —le dice Vivian con amabilidad—. ¿Has cogido peso?

—Casi ochocientos gramos en dos semanas —responde.

—¡Eso es genial! Sigue así.

—Y todo gracias a mi amorcito —remata Yolanda, agarrándome del brazo.

Yo pongo cara de amorcito feliz, aunque me da la sensación de que fracaso, porque Vivian arquea una ceja.

—¿Quién va a ser el primero?

—¡Él! —exclama Yolanda, siguiendo su plan.

Me sitúo donde Vivian me indica, le ofrezco el brazo y ella procede a sacarme sangre sin mirarme a los ojos. Cuando acaba, me levanto y le cedo el asiento a Yolanda.

Como amante novio, me coloco a su lado y hasta le cojo la mano.

—Qué atento es tu novio... —comenta la enfermera petarda con retintín.

—¿A que sí? —replica ella sonriendo y estira el brazo para que proceda a sacarle sangre.

Tal como ha planeado, en cuanto le quitan el vial, Yolanda empieza a sentirse mal. A nadie le extraña, ya que está en los huesos.

—Ay, qué mal me encuentro —se queja y hasta se tambalea.

Vivian la acompaña a la camilla y le toma el pulso. Al darme la espalda, puedo cambiar las etiquetas. Lo hago con rapidez y, en cuanto está listo, me acerco a cuidar de Yolanda.

—Tranquila, cariño —le susurro, y hasta yo me sorprendo de lo atento que soy con ella.

—Creo que ya me encuentro mejor —susurra.

—¿Estás segura? —inquieta Vivian.

—Sí, gracias. Es que no he desayunado y estoy débil. ¿Nos vamos al comedor, amorcito?

—Es genial que tengas apetito —la anima Vivian, ayudándola a incorporarse.

Ahora, en teoría, como novio caballeroso debería irme con Yolanda, pero así, a lo tonto, ver a la enfermera petarda con su cutre uniforme me ha puesto palote. Y eso que me acaban de sacar sangre.

—Ve tú, tengo que comentar un asunto con la señorita Rosales —le digo a Yolanda, que frunce el cejo, nos mira a ambos y después, no muy convencida, se marcha.

—Tengo que acabar las extracciones y después llevarlas al laboratorio, no tengo tiempo para tonterías.

—Yo también necesito atención —digo en falsete y por la cara que pone, no le hace ni puta gracia.

Por si acaso pretende escapar o clavarme una aguja, que Vivian puede reaccionar de cualquier

manera, lo primero que hago es echar el pestillo. Después me quedo apoyado en la puerta, con las manos en la espalda y sonrío.

—No estoy para tus chorradas. Yo me gano la vida trabajando, no recibo un cheque de papá y mamá. Así que aparta y abre la puta puerta.

—Huy, qué vocabulario más soez, señorita Rosales —me guaseo.

Vivian me fulmina con la mirada, algo que ya imaginaba, por eso me veo obligado a pasar a la acción. Como siempre hacen los tipos duros, abandono la pose relajada y me acerco a ella hasta acorralarla contra la camilla.

—Dime que debajo de este horrible uniforme vas desnuda.

Sí, lo admito, es un comentario que está fuera de lugar, sin embargo, no se me ha ocurrido otra cosa mejor que decir. Os recuerdo que soy pésimo seduciendo. Como ya os conté, nunca he tenido que esforzarme, no por ser especialmente atractivo, sino por el dinero. No os imagináis lo fácil que es ligar con la cartera llena de billetes.

—No digas bobadas. ¿cómo voy a trabajar sin bragas? —replica.

Al menos no me ha mandado a la mierda, lo que significa que quiere jugar, pero si me dice que sí a la primera cree que pensaré mal de ella. O yo qué sé.

Empiezo a desabrocharle los botones de la parte superior de la bata y no encuentro demasiada resistencia, aunque no termino de fiarme. Cuando por fin veo su sujetador...

—Joder, qué cosa más fea —mascullo.

¿Cómo describir esa prenda? Color carne, para empezar, lo cual ya es de por sí horroroso. Completamente liso, de manera que no realza el pecho. Lo dicho, amorfo y sin gusto.

—¿Y qué esperabas? ¿Lencería fina para trabajar?

—Sospecho que las bragas son a juego, ¿me equivoco? —pregunto con aire condescendiente, lo que hace que ella ponga los ojos en blanco—. Voy a comprobarlo.

Estoy a punto de bajarle el pantalón cuando de repente siento un dolor en la entrepierna, como si me estrujaran las pelotas. Miro hacia abajo y, efectivamente, me las están estrujando, porque la mano de Vivian aprieta con saña.

—Voy a explicarte una cosita, niño pijo. Estoy trabajando, tengo que cumplir un horario y, por tanto, no es momento de jueguecitos. Me tomo muy en serio mi profesión, ¿estamos? Y ni tú ni nadie me va a jorobar.

—Afloja, joder —siseo.

—¿Ha quedado claro? —pregunta con tono dominante.

—Sí —respondo con un hilo de voz. Hostias, cómo duele.

—¿Cómo has dicho?

—Que sí, maldita sea.

Disfruta causando dolor. Y además sabe bien dónde causarlo.

Vivian afloja despacio y yo doy unos pasos hacia atrás hasta quedar fuera de su alcance. Me apoyo en la camilla y respiro hondo.

—Y ahora, ve a tu sesión, al gimnasio o a lo que te salga de la polla, pero aparta de mi camino.

Observo cómo se abotona la parte superior y se coloca bien los pantalones. Acto seguido, se acerca al carrito donde tiene las muestras de sangre y orina para revisarlo. Cuando comprueba que todo está correcto, me mira y dice en tono falsamente amable:

—Me abres la puerta, ¿por favor?

—Necesito atención médica —protesto, y se ríe.

—Qué exagerado. Ahora aviso al urólogo, así de paso te hace una revisión de la próstata.

—Eres una sádica —mascullo.

Vivian abre la puerta y empuja el carrito meneando el culo de forma exagerada, al menos me lo parece a mí.

—Tranquilo, esto es solo una muestra. Puedo serlo aún más...

Deja la frase sin acabar. ¿Queda implícito que me invita a comprobarlo? Pues no lo sé, porque me ha dejado las pelotas doloridas, así todavía no soy capaz de analizar bien cada palabra. En fin, voy al comedor, que aún no he desayunado. Ah, y tengo una novia a la que atender, supongo que hoy me toca sufrir otra sesión de fotos tipo posado.

Me dirijo al comedor, ya casi recuperado del estrujamiento de pelotas, y al entrar diviso a Yolanda zampándose una magdalena, tras haberla mojado en la leche.

—¿Dónde estabas? —me pregunta.

—Señor Doncel ¿cuántas veces tengo que recordarle el horario del comedor? —nos interrumpe un imbécil.

—Las que haga falta —replico y paso de él.

Me acerco a la isleta central para servirme fruta y un café.

—A ver, gilipollas —oigo que dice Yolanda—, estoy internada por mis problemas con la anorexia y, gracias a mi novio, he recuperado el apetito e intento seguir una dieta normal, así que no toques las narices.

El imbécil se da media vuelta, no le queda más remedio que morderse la lengua.

—No hace falta que me defiendas —murmuro ya de vuelta, mientras pelo la naranja.

—¿Con cuchillo y tenedor?

Asiento.

—Mira que eres pijo.

—¿Pretendes que lo haga con la mano? —replico con cara de asco.

Yolanda me quita la naranja y, en efecto, acaba de pelarla con las manos, vuelve a dejarla en el plato y me hace un gesto para que me la coma. Yo, por supuesto, me niego y me levanto para ir a la isleta y traer otra pieza, esta vez una manzana.

—A ver si tienes huevos de pelarla con las manos.

Ella sonríe, coge la manzana, la frota contra la manga de la sudadera y le da un buen mordisco. Y como si eso no fuera suficiente, me la tiende. Como si yo fuera a comérmela.

—No seas tan pijo y remilgado, por favor —se burla.

—¿Otra magdalena? —pregunto, cuando la veo apartar el papel para mojarla en la leche—. A este paso vas a recuperar tus tetas antes de lo previsto.

—Muy gracioso —dice y me lanza un beso—. ¿Me acompañas hoy a terapia? Mi psicólogo dice que tu presencia será beneficiosa.

—No me jodas...

—Me lo debes —canturrea y no le hace falta recordarme su ayuda en los análisis.

Termino de desayunar, mientras los empleados me observan impacientes. Que se jodan, yo a lo mío. Sopeso la propuesta, si ya detesto acudir a mis sesiones con Esperanza, lo de acompañar a Yolanda es la guinda. Pero si lo pienso detenidamente, es mejor quedarme en segundo plano, que le den la chapa a ella y no a mí.

—Venga, vale, te acompaño.

Yolanda me sonríe de oreja a oreja. No sé si estoy actuando bien. ¿Y si termina creyéndose esta patraña de ser novios? No la veo yo muy madura en esto, y mira que yo tampoco voy a

presumir de serlo, la diferencia es que yo no me implico, nunca.

Buscaré un momento para, medio en broma, hablar del asunto con ella y que no se confunda. Que después vienen los disgustos y las depresiones.

Mentalizado para perder otra hora más de mi vida, camino junto a Yolanda, mientras ella revisa Instagram. Se detiene y después me lo muestra.

—¡Mira!

—A ver, qué tontería has publicado ahora.

—Es de él —susurra y la noto emocionada.

Veo una foto de Yolanda y el caraculo juntos con un post que dice: «Buenos recuerdos».

—No me jodas...

—Ha funcionado. Aún se acuerda de mí, ¿ves?

El problema de Yolanda es que, aparte de creer que todo se soluciona con el móvil, es infantiloides. Y ya, lo más alucinante, es que la tontería de darle celos a un ex pueda funcionar. Y luego el inmaduro soy yo.

Lo dicho, alucinante.

Entramos en la consulta donde Yolanda se reúne con su psicólogo.

—¡Lucas! —exclama ella al ver a un tipo tras el escritorio—. Qué ganas tenía de volver a tratar contigo. El doctor Pérez es majo, pero no me entiende.

—Te veo muy bien, Yolanda.

—Es gracias a mi novio —responde cantarina y me agarra del brazo, instándome a dar un paso adelante y presentarme.

Y yo que quería quedar en un segundo plano.

—Enrique Doncel —digo y le tiendo la mano.

El psicólogo me la estrecha y su mirada lo dice todo: eres muy mayor para ella.

—Encantado —responde en tono seco—. Sentaos, por favor.

Yo elijo un sillón junto a la ventana, por fin en segundo plano, y Yolanda se acomoda frente al terapeuta, aunque él se mantiene tras el escritorio.

Comentan esto y aquello, supongo que para retomar el contacto. Como es lógico, desconecto, porque me importa más bien un carajo. Vale, admito que si Yolanda se recupera y retoma su vida me alegraría. Joder, no soy tan cabrón, ahora bien, prefiero ver cómo eso ocurre a cierta distancia, que bastante me he implicado ya.

Hacía mucho que no lo hacía, solo ha habido una persona en mi vida con la que he llegado a conectar, mi amiga Sun. Y, joder, la echo de menos.

Mientras Yolanda habla de sus cosas con el psicólogo, yo divago en silencio y me planteo una estupidez: ¿Cuándo van a inventar la máquina del tiempo?

Lo sé, una gilipollez, pero es la única forma que se me ocurre para soportar la idea de que Sun ya no está a mi lado, apoyándome. Y no me refiero como pareja, sino como la única amiga que he tenido.

Mierda, es que me gustaría tanto hablar con ella, reírme con ella, reírme de ella, emborracharme con ella y, sí, llorar con ella. Llorar de risa, porque veíamos una peli de esas infumables o porque criticábamos sin piedad a gente que hacía el ridículo, como los nuevos ricos.

Sé que me voy a ganar una advertencia del psicólogo, sin embargo, saco el móvil y echo un vistazo a las fotos que aún guardo de Sun y yo juntos. Sí, necesito la máquina del tiempo, o también echarle un par de huevos y llamarla.

Sé que ella respondería; no obstante, intuyo que sería una respuesta formal, educada, distante. Sé que ahora su vida ha cambiado, ya no es la chica frívola con mucho tiempo libre y una sustanciosa asignación para gastar sin medida. Ahora es..., bueno, ha cambiado de forma radical. Es que no consigo conciliar los recuerdos que tengo de Sun con su vida actual.

Desde luego, si yo hiciera lo mismo, mi hermana daría palmas con las orejas. O no, porque a veces pienso que Martina no soportaría que yo, de repente, me presentara en la empresa y asumiera mi responsabilidad. No sé, no lo tengo claro, a ella le gusta demasiado mandar.

Compruebo la hora, faltan quince minutos para salir de aquí. Y si por casualidad Yolanda o su terapeuta me preguntan, voy a quedar en evidencia, porque no he prestado atención. Pero es que me importa una mierda, sobre todo porque este psicólogo es tan imbécil como Esperanza.

Me da la sensación de que en este centro les preocupa una puta mierda si los pacientes se recuperan, lo que quieren es tenerlos el mayor tiempo posible, para cobrar todos los meses las desorbitadas cuotas.

—Por cierto, ¿qué tal está Vivian? —inquieta Yolanda y hasta cambio de postura en el sillón, porque la pregunta no tiene sentido.

Capítulo 14

—¿Ya habéis arreglado lo vuestro? —añade mi «novia».

Entonces ato cabos... Este Lucas es Lucas *el Gilipollas* (la definición es de Mauro, no mía), es decir, el novio de la enfermera petarda y que, por lo visto, le ha contado a Yolanda sus cuitas.

—Lo estamos intentando —responde él.

Lo miro con cierto disimulo, porque no solo me interesan sus palabras, también sus gestos.

—Ay, qué penita —se lamenta la romanticona empedernida de Yolanda—. Hacéis una pareja ideal, tenéis que esforzaros. El amor es lo más importante en esta vida.

Me aclaro la garganta para no atragantarme con esta pastelada. A ver qué dice el gilipollas.

—Vivian no me lo está poniendo fácil.

Pero ¿quién es aquí el psicólogo y quién la paciente?

Que conste, me interesa escuchar estas intimidades, y tengo suerte de que Lucas, además de gilipollas, sea egocéntrico y le guste hablar de sí mismo.

—¿Le has dicho que la quieres? —pregunta Yolanda.

—Claro que sí, pero es más difícil que eso. Ella... es una mujer muy complicada.

Joder, vaya psicólogo de pacotilla. Noticia de última hora: todas lo son.

—Yo creo que debes hacerle una petición de mano romántica, de película.

—De película de terror —se me escapa, aunque por suerte no reparan en mí.

—No funcionaría —alega el gilipollas—, Vivian es muy rara.

—¿A qué mujer no le gustan las demostraciones públicas de amor?! —exclama perpleja Yolanda.

Responderé yo, en silencio, claro: a unas cuantas. Porque eso de las declaraciones peliculeras a muchas les molesta y además hay muchos tipos (incluido yo) que no estamos dispuestos a hacer el ridículo.

—Vivian odia esas cosas.

—Pues algo tienes que hacer, Lucas. Es el amor de tu vida, no puedes perderla.

El gilipollas pone cara de lo que es y mira el reloj.

—Se nos ha acabado el tiempo, Yolanda. Seguiremos la semana que viene, ¿de acuerdo?

—Muy bien.

Me pongo en pie para despedirme de él. Otro apretón de manos seco.

Desde luego, como terapeuta no vale una mierda, porque se supone que soy el novio de su paciente y que, además, gracias a mí Yolanda está mejor. Pues ni caso que me ha hecho. Como vengo diciendo desde que llegué aquí, en este complejo son unos sacacuartos.

—¿Qué te ha parecido la sesión? —me pregunta ella cuando nos dirigimos al jardín para las fotos de rigor y que así las cuelgue en Instagram.

Espero que sea más creativa con las etiquetas. Lo de #love4ever me duele hasta en el alma.

—Una mierda muy grande —respondo con sinceridad.

Lo bueno es que con Yolanda no he de esconder mis pensamientos. Lo de fingir delante de los

demás que somos novios es una distracción. Siempre y cuando ella no se haga pajas mentales.

—¿Cómo es que hablas de asuntos personales del médico?

—Al principio pensé que era una forma de empatizar conmigo, sin embargo, noté que estaba muy afectado. Quiere mucho a Vivian, pero esa mujer es muy rara. No quiere casarse ni tener hijos.

—Bueno, eso no es ser rara —comento—. A las mujeres se les permite elegir, ¿sabes?

—Bobadas —replica, y llegamos hasta uno de los bancos que antaño era de madera, pero que ahora tiene infinitas manos de pintura—. No se puede vivir sin amor.

Prefiero no discutir para no posar enfurruñado.

Lo relevante aquí es la información obtenida y, lo más importante aún, ¿cómo voy a sacar partido de ella?

* * *

He conseguido despegarme de Yolanda. De verdad, le he cogido cariño a esta chiquilla, no obstante, con sus continuas demostraciones empalagosas termina por sacarme de quicio.

Por eso le he dado esquinazo tras la merienda (tras la mierda de merienda, porque el yogur era de marca blanca) y también a la terapia de grupo a la que estoy obligado a asistir. Que me pongan un punto negativo, como en el colegio. Total, me la suda.

Necesito despejarme, así que, con un porro sin encender, doy un paseo por los jardines. Pero no por los que nos recomiendan, esos que están a la vista de todos. Yo prefiero deambular por los que son menos elegantes, los que usan los empleados para transportar las mercancías o donde están los contenedores de basura. A ver si me encuentro con Mauro. Necesito una mente lúcida e independiente con la que hablar, sin embargo, ni rastro de él. Así que me siento en otro banco de madera que también conoció tiempos mejores y enciendo el porro.

Cuando llevo apenas un minuto disfrutando, oigo el ruido de un motor, pero no el de una tartana como la que conducen los empleados que ganan lo justo para llegar a fin de mes, sino que suena a motor de coche caro, de lujo. Y, en efecto, un Audi A7 sportback plateado entra en mi campo de visión. Se detiene junto a una salida de emergencia y de él se apea Lucas el gilipollas.

De verdad, hay que ser cutre para presumir de cochazo delante de empleados que, con un poco de suerte, pueden pagarse un Dacia Sandero. De hecho, junto al Audi hay un Renault Clio bastante cochambroso y un Ford Focus viejuno. Estoy por decirle al imbécil del psicólogo que si quiere fardar de coche, vaya a otro sitio.

Se queda como un pasmarote apoyado en un lateral hasta que aparece Vivian. Desde donde estoy no se oye la conversación, sin embargo, por sus expresiones deduzco que no están dedicándose halagos.

Ella no lleva su uniforme, sino unos vaqueros ajustados que le sientan de puta madre y una camisa blanca de corte clásico, incluso diría que masculino. Ah, y su pelo, nada del recogido cutre que usa para trabajar. Lo lleva suelto, liso, igual que la noche que follamos en su cuarto.

¿Me estoy poniendo cursi?

Joder, sí. Y eso me ocurre porque paso demasiado tiempo con Yolanda.

Continúo observando la escena. El gilipollas abre la puerta del copiloto, pero ella la cierra de mala leche, dando un portazo, y acto seguido se aleja. Él la sigue y la agarra de la muñeca, deteniéndola en seco.

Eso ha desatado a la fiera, porque Vivian se revuelve hasta quedar libre y desde mi posición privilegiada de mirón oigo el grito:

—¡Vete a la mierda, joder!

Aprecio además que está a punto de llorar. De hecho, lo hace, porque se seca las lágrimas.

—¡No tienes derecho a decirme algo así! —añade vociferando.

Lucas *el Gilipollas* da media vuelta y se sube a su Audi. Como el imbécil que es, sale quemando ruedas.

Creo que ya es hora de intervenir.

Y mira que por norma general me importa una mierda lo que le pase a la gente, pero aquí me estoy interesando por las vidas ajenas más de lo prudente.

Me acerco a Vivian, que se ha quedado de espaldas a mí, de ahí que no detecte mi presencia hasta que estoy lo bastante cerca como para que no huya o me ladre, o para que me suelte una hostia. No sé, es demasiado imprevisible.

Me limito a ofrecerle el porro.

—Toma, lo necesitas más que yo.

Ella se vuelve. Ha llorado, es evidente, pero al verme cambia la cara y muestra enfado. Mira el porro que le ofrezco, lo coge y, en vez de darle una calada, lo tira al suelo y lo pisotea.

—¡Eh, que me ha costado una sudadera Nike! —exclamo, exagerando, obviamente, porque por la sudadera obtuve media docena de canutos.

—Acompáñame —exige y me agarra de la muñeca.

Tira de mí y accedemos al edificio a través del almacén. Ya lo conozco, he follado ahí con Amapola. Menos mal que eso pasó a la historia. Un error de tantos.

—¿Adónde vamos? —pregunto siguiéndola. En realidad no me movería ni un milímetro, pero siento curiosidad. ¿Qué le voy a hacer?

Atravesamos las hileras de productos almacenados y hago una mueca, porque huele a mierda, literal. Aquí hace mucho que ni friegan ni miran a ver si hay productos caducados.

—Ahora te enterarás —masculla sin detenerse.

Del almacén pasamos a la zona administrativa, también cutre y con olor a rancio. No nos detenemos. Ella tiene claro a dónde me lleva y a mí me encantaría averiguarlo.

Por fin se detiene junto a una puerta en la que hay un cartel plastificado en el que se lee «Sala de descanso».

Abre la puerta y entramos. Enciende una pequeña lámpara, me señala uno de los sillones orejeros y ordena:

—Siéntate.

Como es de esperar, replico:

—Ni hablar. Antes dime qué te ha pasado.

Vivian, en vez de contestar, me empuja hasta que me topo con la pared. Cuando me tiene atrapado (es una forma de hablar), ataca sin piedad.

—Hazme olvidar.

—¿Cómo dices?

A ver, me ha soltado la hebilla del cinturón y, por lo tanto, sé muy bien qué pretende. Ahora bien, ¿estoy dispuesto a dárselo?

Aparta los pantalones y la ropa interior para tener mejor acceso a mi polla, que si bien no estaba muy predispuesta, empieza a mostrar síntomas de querer estarlo. Sin embargo, yo... pues como que no estoy de acuerdo.

Ojo, eso de rechazar un polvo en mí es raro de cojones, aunque no sería la primera vez. Vivian me la está sacudiendo mientras intento pensar. La de veces que he mandado a una tía a paseo porque solo se me acercaba para que la invitara a una raya o le hiciera de chófer llevándola a casa. Pero Vivian me atrae. Sé que me utiliza y, pese a ser consciente de ello, me va a resultar casi imposible rechazarla.

—¿Dónde tienes los condones? —susurra, mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

—No tengo —miento, porque es una oportunidad única para devolverle el golpe.

Claro que llevo preservativos, ¿quién es el imbécil que sale por ahí sin ellos?

—Joder... —mascullo y me da un buen tirón en la polla antes de apartarse.

Yo aprovecho para abrocharme los pantalones. Muchos pensaréis que soy imbécil por rechazarla, aunque tengo unos motivos cojonudos para hacerlo.

—Háblame de tu novio —le pido cuando ya mantenemos las distancias.

Me fulmina con la mirada.

—No —sentencia y agarra la manilla de la puerta, dispuesta a salir del cuarto como si nada.

Pero ni loco se lo voy a permitir. Me las arreglo para interponerme y evitar su huida.

—Te lo plantearé de otro modo, ¿por qué engañas a tu novio? —pregunto.

—Tú también tienes novia, no me vaciles.

Tuerzo el gesto. Aún no es el momento de decirle que la relación entre Yolanda y yo es un invento de una veinteañera inmadura. Mucho más inmadura que yo, que ya es decir.

—Pero yo soy un tipo sin principios, me tiro a todo lo que se menea —me justifico—. Y tú eres la chica responsable y madura.

—¿Qué pasa? ¿No tengo derecho a echar una canita al aire?

—Claro que sí. Oye, que el irresponsable soy yo, por eso me sorprende que seas tú la que engaña a su novio —replico, y ella achica la mirada.

—Son cosas mías. No te metas.

—Aquí el que mete soy yo —digo, y me gano una mirada (otra más de advertencia) ante el pésimo juego de palabras.

—De eso se trata, Quique. Eres inmaduro, no te comprometes con nadie y eres un tío, es decir, la combinación perfecta para pasar un buen rato, sin complicaciones.

—Vaya, ¿así es como me ves?

—Sí —afirma sin titubear.

No la culpo, siempre procuro dar la imagen de tipo pasota, y tampoco he de esforzarme mucho, soy así.

—Pues entonces ya deberías saber que, como buen hombre despreocupado, rara vez me molesto en follar dos veces con la misma mujer —digo con desdén.

—¿Ah sí?

—Ajá.

—Vaya...

—Así que si quieres follar y seguir poniéndole los cuernos a tu novio, vas a tener que esforzarte para sorprenderme —añado y entonces me aparto para que pueda salir.

Vivian abre de mala leche y se larga dando un portazo.

Bueno, que aprenda.

Capítulo 15

Debido a cabreo e insomnio a partes iguales he aumentado mi dosis de pirulas. Me he tomado tres, por lo que ahora mismo todo me importa un carajo. Joder, es que no me canso de dar las gracias a la industria farmacéutica por sus mierdas. Son efectivas y encima legales.

Y más baratas que la coca.

Tumbado en la cama solo con los bóxers, recién duchado y fumándome el último porro del día, pienso en todo lo que ha ocurrido hoy. He de reconocer que no ha sido un día más, de esos aburridos, pero también admitiré que soy gilipollas. ¿Y todo por qué? Por un estúpido orgullo. ¿Qué cojones me importa que haya un novio de por medio? Vivian quería pasar un buen rato, yo también, y voy y la rechazo. Es que es para darme de hostias.

¿Cuántas veces me habré follado a una tía que estaba casada? Pues ni me acuerdo. Es más, nunca me molestaba en preguntar. Algunas me lo confesaban antes, creyendo que eso le daba morbo asunto, y otras después, porque se sentían culpables. En ambos casos, me resbalaba.

Pero ahora me ha jodido, mucho, ver a Vivian con su novio, discutir con él y después querer que me la folle, pues como que no. Algo me frenaba. Y me jode no saber qué.

De todas formas, yo solito me meto en líos y ahora tengo esa sensación de ser utilizado por las mujeres, cuando en teoría debía ser al revés. Me follé a Amapola pensando que me iba a ser útil para acceder a cualquier parte del complejo, sin embargo, creo que es ella quien ha salido más beneficiada, porque ahora puede presumir de haber estado con un tipo como yo.

Después está Esperanza, gorda y con la autoestima por los suelos, a la que los revolcones conmigo han animado bastante. O eso creo, porque a veces me da la sensación de que ya no tiene remedio. Es una de esas personas que, ante un fracaso sentimental, son incapaces de levantar cabeza. De ahí la importancia de no implicarse nunca, porque hay otro ejemplo muy práctico: Yolanda, a la que no me he tirado ni pienso hacerlo, y que me usa para recuperar a su novio. Aunque con esta chica a lo mejor todavía podemos hacer algo sensato y que se deje de polladas como el amor de su vida.

Y por último Vivian, que quiere mambo y no sé por qué, lo cual me preocupa. En teoría es la situación perfecta: quiere follar, pasar buenos ratos y nada más. Una oferta irrechazable, pero ¿por qué no me siento cómodo?

En fin, no voy a darle más vueltas.

Apuro el canuto antes de apagarlo para dormir, cuando oigo unos pasos. Joder, es que es imposible descansar. Siempre hay alguien por los pasillos dando por el culo a cualquier hora del día o de la noche.

Seguro que ya les ha llegado el olor del porro y vienen a regañarme. Pues que al chivato se lo folle un pez. Apago la lamparita cutre que tenemos junto a la cama (veinte cochinos vatios o menos) y justo en ese momento se abre la puerta.

Vale, me han pillado. Así que me adelanto a los acontecimientos.

—Sí, era yo el que fumaba. Y ahora dejadme tranquilo, que no son horas, joder —digo tan

pancho, con desdén incluso.

—Por lo menos abre la ventana —me replica una voz conocida, y Vivian entra en mi cuarto.

No me hace falta encender la luz para saber de quién se trata.

—¿Por qué interrumpes mi momento de relajación?

Ella camina hasta la ventana y la abre. Admito que refresca el ambiente, pero me jode que tome decisiones por mí.

—Aquí huele fatal.

—El sopor del humo me ayuda a dormir —murmuro y tentado estoy de encender otro porro para molestarla.

—¿No vas a preguntar a qué he venido?

—A tocar los cojones —respondo—. Porque te aburres, supongo.

Antes de replicar, comienza a desnudarse y eso hace que me ponga alerta. La he rechazado una vez, qué ganas de sufrir un segundo desaire.

—Andas un poco despistado. ¿Te doy otra pista? —susurra y me lanza sus bragas.

Las esquivo, así que terminan por ahí. Ya aparecerán.

—Sigo sin entender el motivo de tu visita. Verte sin el uniforme me desconcierta —replico y estiro el brazo hasta rozarle la cadera.

—Pues cierra los ojos y te lo explico... —añade sugerente.

—Antes dime por qué has venido —exijo y le impido que se acerque.

Lo cual es todo un ejercicio de voluntad, porque me he puesto palote nada más oír su voz.

—Ya te he dicho que...

—La verdad —la interrumpo y hasta yo me sorprendo de lo responsable que estoy siendo.

—Se supone que los tíos no hacéis preguntas cuando os ofrecen sexo.

—Eso depende del tío en cuestión. Se me han insinuado tantas, que uno ya... —me encojo de hombros, indiferente... pierde el interés.

—Pues tu polla no opina lo mismo.

—Tu visión nocturna es fantástica —replico con sarcasmo—. Y ahora, dime qué pretendes.

—Desde luego, eres de lo que no hay —se queja—. Te comportas de una forma inmadura, no te importa nada ni nadie, pasas olímpicamente de lo que ocurre a tu alrededor...

—No te tapes, esto de conversar viéndote las tetas tiene su punto —la interrumpo cuando hace amago de cubrirse.

—¡Eras el candidato perfecto para echar un polvo! Sin preguntas, sin conversaciones estúpidas... Pues no, resulta que ahora, ¡vete tú a saber por qué!, te pones pejugero —se lamenta, y oculto mi sonrisa.

—Caprichos de niño pijo —contesto, mientras sigo con la indiferencia.

—Pues yo he venido con ganas de fiesta.

—Para eso está tu novio —replico—. Folla con él.

—No, me apetece contigo.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—No me convence —digo con sorna, aunque estoy a punto de reventar.

—Eres de lo que no hay... —ronronea y se sube a la cama gateando, para que todo sea más sugerente, algo innecesario, ya que me tiene loco desde que ha entrado por la puerta; no obstante, agradezco el esfuerzo.

Aunque intuyo que yo también tendré que esforzarme en breve.

—Te veo muy ansiosa por convencerme —comento cuando Vivian llega a mi entrepierna.

—Hummm... —ronronea de nuevo y acaricia con la punta de los dedos la zona cercana a mis pelotas, aunque deliberadamente las evita, lo que me tensa y me excita.

No contenta con ello, de repente me agarra la polla y aprieta hasta hacerme sisear.

—¿Es que pretendes dejarme lisiado?

—Ha sido un toque de atención, que te veo muy desganado —alega riéndose.

Eso me jode y de paso hace que reaccione. Con agilidad, me incorporo hasta poder actuar. Se acabó lo de permanecer inmóvil.

—Si me dices por qué teniendo un novio tan monísimo de la muerte —digo en tono de falsete, y Vivian, que se ha quedado sentada, arquea una ceja—, no estás follando con él en vez de venir aquí a provocarme, te prometo una noche alucinante.

—A ver, cómo te digo esto para que no te ofendas, señor Doncel. Si tuviera que puntuar tu capacidad para satisfacer sexualmente a una mujer...

—Soy el puto amo —la interrumpo otra vez con tono de falsete y ambos nos echamos a reír.

—Vale, sí, eres bueno y por eso me quedé con ganas de más. ¿Nos metemos en faena o tienes algo más que objetar?

—El daño que ha sufrido mi polla se merece una respuesta acorde.

—Ay, pobrecito —murmura, al tiempo que estira el brazo hasta posar una mano sobre mis pelotas y acariciarme—. ¿Y qué es para ti una respuesta acorde?

—Joder, pues una mamada, claro.

—Qué predecible —comenta, humedeciéndose los labios.

—Hazlo, hasta el final —le pido con voz exigente.

—Y ahora es cuando dices eso de: trágatelo todo. ¿A que sí? —se burla y con una habilidad pasmosa, se inclina, aunque sin llegar a posar los labios donde yo deseo con ganas.

—No estaría mal... —digo con aire reflexivo.

—Haré lo que pueda...

Me recuesto y dejo que ella lleve la batuta.

Con la punta de la lengua recorre la distancia desde mi ombligo hasta, sí, joder, hasta el extremo de mi polla. Aunque no se la mete en la boca como yo desearía, sino que se limita a lamerla de manera superficial.

—Un poquito más de entusiasmo, por favor —pido y contengo un siseo—. Que me la han chupado muchas veces y sé cómo va esto.

De repente, siento una presión en las pelotas, lo que solo significa una cosa: me las ha agarrado con saña. Y me gusta, porque al mismo tiempo se ha dejado de tanteos y me la está chupando cómo me gusta. Con fuerza, sin vacilación, succionando de una forma que...

—Oh, joder —jadeo, encantado y sorprendido; hasta me agarro a las sábanas—. Vivian, hostia, un poco más despacio.

Ella, como era de esperar, no me hace caso y, lejos de bajar el ritmo, lo incrementa y además noto un dedo curioso colarse entre mis nalgas.

A ver, que muchas noches, pasado de vueltas, ni sé lo que he hecho, por lo que probablemente ya me hayan metido algo por detrás; no obstante, ahora es muy diferente, porque soy consciente de todo.

Vivian tantea, sin dejar de lamerme. Presiona, acaricia, y yo, maldita sea, tengo que concentrarme para no correrme tan rápido. Esto es demasiado bueno como para que dure tres minutos (eso siendo optimista).

Oigo sus murmullos y noto cómo respira cada vez más errática. Significa, obviamente, que está muy cachonda, así que tomo una decisión:

—Ya me has demostrado lo bien que se te dan las mamadas —digo y me aparto—. Ahora, esfuérzate y dame algo aún mejor.

—¿Sexo anal? —replica mordiéndose el labio.

—¿Has traído lubricante?

Niega con la cabeza.

—Solo condones.

—Qué falta de previsión —me quejo exagerando—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Tumbate y quédate calladito, ya me encargo yo.

Se baja un instante de la cama y recupera su ropa, de donde saca los preservativos. Abre con los dientes el envase de uno y enseguida noto sus manos colocándomelo.

No pierde ni un segundo en subirse a horcadas, agarrarme la polla y dejarse caer hasta que se la mete por completo.

—¿Esto te parece bien o... —hace una pausa para gemir y acariciarse ella misma las tetas— vas a poner pegas?

—No, de momento no —acierto a decir entre jadeos.

Vivian mete la directa, se comporta como si yo solo fuera un consolador, gime, se arquea, se masturba, pero mantiene los ojos cerrados, ignorándome.

A ver, no me quejo, técnicamente está siendo un polvo cojonudo, de hecho, casi siempre he buscado esto, follar sin más; no obstante, algo no me convence.

Tampoco le voy a dar más vueltas ahora, mejor me concentro en las sensaciones y para ello lo más acertado es participar. Así que estiro los brazos para agarrarla del culo y contribuir a que sus movimientos de pelvis sean aún más precisos. A Vivian no le entusiasma la idea y aparta mis manos de forma que interpreto como grosera, aunque tampoco me voy a poner ahora tiquismiquis, porque me está montando como una profesional.

¿Se lo digo o se sentirá ofendida? Que ahora hay muchas que esto de los piropos lo llevan fatal. Qué coño, se lo digo, que callarse las cosas no es sano en una relación. Ya lo sé, esto no es una relación, pero me la suda.

—Si te va mal como enfermera, puedes ganarte la vida follando.

—Gilipollas... —susurra y me clava las uñas en el pecho.

—Era un cumplido.

—Cállate y córrrete, que yo estoy a punto —ordena entre gemidos.

—¿Así? ¿A palo seco? ¿Sin música ni nada? —replico, tan agitado como ella.

—Deja de hacer el payaso, estamos follando —me recuerda y esboza una sonrisa, sin perder comba.

Se dice que a las mujeres hay que hacerlas reír, pues bien, yo aplico esa máxima siempre que me es posible. O que me conviene.

Vivian lanza un último gemido, casi lastimero, y yo aprieto los dientes.

—Joder... —mascullo sin aguantar un segundo más.

Ella se muerde el labio y se queda quieta, con los ojos entrecerrados. Sigue ignorándome, o al menos es la sensación que tengo, pues ni se inclina para besarme. Se limita a dejarse caer a un lado.

—¿Satisfecha? —pregunto en voz baja, un poco picado en mi orgullo.

—Se podría decir que sí.

—¿Y cómo vas a agradecermelo?

—Pero ¡si no has hecho nada! —exclama riéndose y, no contenta con ello, hasta me pellizca el brazo.

Me deshago del condón antes de colocarme de costado para defender mi hombría.

—Te recuerdo que he dado la talla —alego y le recorro el costado con un dedo. Vivian sigue desnuda, acostada boca arriba y sin mirarme.

—Apenas has movido la colita —susurra.

—Bueno, algo es algo —respondo sin dejar de acariciarla—. Y si me das cinco minutos, te garantizo que haré mucho más que mover la colita.

—Otro día, ahora tengo que volver a mi dormitorio —dice y hace amago de incorporarse, sin embargo, yo se lo impido.

Ya contaba con este movimiento, por eso actúo rápido y me coloco encima. Y para que no tenga duda de cuáles son mis intenciones, la beso.

—¿Qué haces? —protesta, resistiéndose.

—Ya han pasado los cinco minutos...

Capítulo 16

Un pitido me saca del estado de modorra y con rapidez agarro el maldito móvil para silenciarlo, ya que si Vivian se despierta, huirá como una comadreja. Ya me costó bastante anoche convencerla para que se quedase toda la noche.

No entiendo por qué se resiste tanto, tampoco por qué folla conmigo teniendo novio, pero son dudas que de momento se quedan sin respuesta.

Aprovecho que me da la espalda para mirar el móvil y ver quién toca los cojones a las ocho menos cuarto de la mañana.

Un mensaje de Yolanda. Joder, qué oportuna.

Me envía un GIF de dos ositos que se besan y al hacerlo salen corazones.

Para abandonarla en una gasolinera a su suerte, ¿a que sí?

Mira que le tengo dicho que, aparte de las fotos para su Instagram, se abstenga de enviarme mensajitos y otras polladas, porque no le voy a responder. Sin embargo, ella sigue dándome la paliza. Claro que el fallo ha sido mío, por no apagar el puto móvil.

Ositos, por el amor de Dios, ¿se puede ser más cursi? Con mi «novia» todo puede ser y mira que yo no lo creía posible, porque los gatitos de hace dos días, formando un corazón con sus colas, era para lanzarse al mundo de las drogas de nuevo.

Silencio el teléfono, tengo cerca algo mucho más interesante que putos ositos amorosos. Suave, tentador, con curvas y adormilada, así que es mi oportunidad para observarla a placer. Aparto la sábana despacio y contengo un gemido. Joder, qué culo, cuántas posibilidades.

No hace frío en la habitación, aun así, al notar la ausencia de la sábana, Vivian reacciona cambiando de postura y se queda boca arriba. Trago saliva. Yo también reacciono, como es lógico. Como si anoche no hubiera follado.

Estoy empezando a pensar que esto de hacerlo sin drogas sí puede ser interesante. Desde luego, a la mañana siguiente te acuerdas de todo y encima tienes ganas de más.

Sigo observándola. Vivian no tiene cuerpo de modelo, pues, como he dicho, tiene curvas, que resultan atractivas y excitantes. También se aprecia su barriguita y algún que otro pequeño michelín. Aunque, después de haber visto tanto cuerpo perfecto, es estimulante ver uno normal. Incluso diría que necesario.

A veces, cuando algunas se desnudan, en vez de excitarme, termino preguntándome cuánto se ha gastado la chica de turno en silicona.

Sigo con el repaso visual; las piernas, por ejemplo, ¿cuándo me fijo yo en ellas? Pues rara vez, como mucho un vistazo rápido, pero sin darles mayor importancia. Más que nada, porque hasta donde recuerdo he estado rodeado de mujeres que las muestran y se pierde el misterio. Hasta ahora, yo no me he tenido que esforzar mucho, directamente las mujeres se me acercaban. Claro que ahora sé que muchas solo lo hacían por tener barra libre.

Después del repaso visual, me doy cuenta de algo...

Entendedme, ¡no puedo conformarme solo con observarla! Con la yema del dedo, recorro su

piel con delicadeza. Comienzo desde su garganta y, en sentido descendiente, voy deslizándome y atravieso la separación entre sus tetas. Está tan quieta, que solo su respiración hace que se mueva un poco su pecho. Me gustaría tocarla de manera más intensa, aunque deberé conformarme, porque si se despierta me estropeará la diversión.

Llego a su ombligo y describo círculos alrededor. Me estoy comportando como un idiota y no recuerdo cuándo fue la última vez que le dediqué este tipo de atenciones a una mujer. Hace ya mucho que no me molesto en acariciar por el simple placer de hacerlo. Si me esfuerzo y hago memoria, creo que solo ha habido una chica a la que haya querido dedicarle tantos mimos. Y, curiosamente, nunca me enamoré de ella.

Esto de ponerse filosófico pensando en una mujer mientras toco a otra está feo, ¿verdad? Concentrémonos en Vivian y olvidemos al resto.

Tras dedicarle a su ombligo unos minutos, sigo descendiendo hasta llegar a su sexo. Tan suave... tan tentador... El egoísmo vuelve a empujarme a ser ambicioso, así que con tocar no me vale. Me muevo con cuidado hasta quedar arrodillado y le separo las piernas. Vivian emite un murmullo, no sé si de protesta. Yo, por si acaso, me concentro y acerco mis labios hasta poder besarla justo en el monte de Venus.

Ella, al notar el contacto ronronea y separa más las piernas. Quizá no está tan dormida como pensaba. Al tener total acceso, no pierdo ni un segundo y utilizo la lengua para saborearla y estimularla por completo.

Oigo un leve gemido y profundizo un poco más hasta oír otro más intenso. Y otro y otro...

Así que me concentro en ofrecerle el mejor sexo oral de su vida, obviando por supuesto mis propios deseos. Es algo extraño en mí proceder, pero por alguna razón quiero hacerlo.

Vivian jadea y enreda las manos en mi pelo, incluso tira levemente de él. Está cada vez más excitada y, por suerte, ha dejado aparcadas sus ganas de pelear.

—¿Por qué no respondes a mis men...?

Levanto la cabeza al oír esa voz...

—No puede ser —me lamento.

—Joder, qué asco —añade la misma voz.

Y veo a Yolanda cubriéndose la cara con las manos.

Varias cosas ocurren simultáneamente.

Vivian se echa a reír y se tapa con la sábana, dejándome sin posibilidad de ocultar mi polla, que, por cierto, está en todo su esplendor. Y no quiero que a mi «novia» le dé un soponcio, ya que ella, estas cosas del sexo no se las toma con naturalidad, todo lo idealiza.

Yolanda se da la vuelta hasta quedar de cara a la pared. Y yo suelto una retahíla de juramentos.

—¿Por qué cojones no llamas antes de entrar? —mascullo sin un ápice de educación y me cubro la entrepierna con lo primero que pillo, el vestido de Vivian, que localizo arrugado a los pies de la cama.

—Se supone que todos los días bajamos a desayunar juntos —dice Yolanda sin darse la vuelta —. Y llámame rara, pero no esperaba encontrarte haciendo guarradas con esa...

—Eh, un respeto —la interrumpo.

Miro de reojo a Vivian, que por alguna razón que se me escapa sigue descojonándose. No parece tener intención de ayudarme.

—Es que... es que... ella... Y eso que le estabas haciendo... —balbucea Yolanda.

—A ver, Yolanda, guapa, las personas mayores practican sexo oral. No es ninguna guarrada,

es algo muy sano y placentero —le explico y después me dirijo a Vivian—: Deja de reírte, joder.

—Yolanda, ¿puedes volver dentro de diez minutos? —le pide Vivian algo más seria, aunque no mucho, la verdad.

—Pues no, no puedo. Porque Quique y yo desayunamos juntos todos los días y además lo voy a acompañar a su sesión de grupo, para apoyarle —le espeta con impertinencia.

—Déjanos solos, Yolanda —digo yo conciliador.

—¿Para volver a hacer guarradas con ella? —pregunta con un tono que se asemeja más al de una niña que a una mujer a la que se le presupone cierta experiencia.

¿Guarradas? Por favor, a esta chica alguien tendría que explicarle ciertas cosillas, pero no seré yo su instructor, bastante tengo con fingir ser su novio.

—Pues no, porque nos has cortado el rollo —le suelto malhumorado.

A pesar de sus protestas, Yolanda abandona mi dormitorio. Y veo cómo Vivian se acerca, caminando desnuda para recuperar su vestido, que sigo utilizando para cubrirme la polla.

—Bueno, pues como veo que tienes una agenda tan apretada, me voy —dice, tras ponérselo, todo arrugado. Las bragas y el sujetador los lleva hechos una bola en la mano.

—Eh, una cosita, señorita Rosales, no te vas a escaquear tan fácilmente —digo, interrumpiendo su retirada.

—A ver, Quique —replica, imitando la voz infantiloides de Yolanda—, es que ya no me apetece hacer «guarradas» contigo.

Me da unas palmaditas en la mejilla, me dedica una sonrisilla burlona y agarra la manilla para abrir la puerta.

—Esto no va a quedar así —afirmo, y Vivian me lanza un beso.

—Hasta la próxima, Quique —se despide con retintín.

—Tranquila, tendrás noticias mías —mascullo cuando ya nadie puede oírme.

Lo sé, resulta ridículo, y más estando en pelotas.

* * *

—Has sido un maleducado —me regaña Yolanda cuando abandonamos la sala de la terapia en grupo.

—Pues yo creo que he estado muy moderado, teniendo en cuenta la sarta de estupideces que he soportado —comento encogiéndome de hombros.

Nos dirigimos a dar un paseo por el jardín y de paso soportar otra ronda de fotos para su Instagram. Así que, nada, sonrío, la abrazo, le doy un beso en la mejilla... Vamos, las cursiladas normales, para que Yolanda se sienta feliz.

#amorverdadero

#forever

#inlove

Ya ni me molesto en criticar sus *hashtags*, que ponga lo que le venga en gana.

—¿Y cómo van las cosas con tu ex? —pregunto para cambiar de tema, pues no me apetece hablar de la sesión de grupo, que ha sido demencial.

Una pandilla de lloricas que necesitan palmaditas en la espalda y una niñera. Ah, y una patada en los huevos tampoco estaría de más, para que se quejasen con razón. Agotador e insufrible. Menos mal que cada vez está más cerca el final de este encierro.

—Nos hemos estado wasapeando —responde ilusionada.

—Qué emocionante —miento y, aburrido de contemplar el paisaje, me siento en uno de los bancos.

—Pues sí. Lo es —dice y no contenta con eso, sigue dándome detalles—. Ahora está convencido de que se precipitó, que su decisión fue producto de la inseguridad y dice que quiere verme para hablar.

—Quiere echar un polvo —sentencio.

Yolanda niega con la cabeza.

—No todo el mundo es como tú —replica en tono acusatorio—. Hay hombres sensibles que buscan algo más.

—Quiere follar —me reafirmo y me gano un pellizco en el brazo.

—Ya te he dicho que él...

—Yolanda, bonita, sal por una vez de la calle de la Piruleta y hazme caso. Si ha roto con su nueva novia...

—La anoréxica...

—Esa misma —murmuro—. Pues bien, tu ex quiere lo que todos los de veinte, meterla en el primer agujero disponible. Y por mucho que te empeñes en ver la vida de color rosa chicle, es la realidad. Acéptalo.

Yolanda frunce el cejo. No le gusta lo que he dicho, pese a ello, tonta no es y se da cuenta de que a lo mejor algo de razón sí tengo.

Por suerte, mientras reflexiona nos mantenemos en silencio.

Es increíble los sonidos que se oyen en la naturaleza y a los que nunca presto atención. Joder, a ver si la falta de drogas me va a convertir en un *tolai*.

—Por cierto ¿qué hacías con esa fresca? —pregunta, y si bien no me apetece hablar del asunto, agradezco la interrupción para dejar de comportarme como un moñas, escuchando el viento y algún pájaro piar.

—Pasarlo bien, hasta que has interrumpido —respondo.

Me pongo cómodo en el banco, estiro las piernas y echo la cabeza hacia atrás. Lo único bueno de este centro es poder relajarme al aire libre.

—Sabes que tiene novio, ¿verdad?

—Algo he oído.

—¿Y cómo tienes la desvergüenza de enrollarte con una mujer comprometida? —inquire Yolanda.

—No soy celoso —contesto, a pesar de que yo también quisiera saber por qué Vivian folla conmigo teniendo novio.

Ojo, como ya he dicho, no es la primera que me tiro en la misma situación, pero como no me importaba una mierda, ni pensaba en ello.

—Y encima practicando sexo... del guarro —añade.

La miro de reajo y observo su cara de desagrado.

—¿A ti no te gusta que te coman el coño? —pregunto, consciente de que se va a ofender por mi uso de palabras tan explícitas.

—¿Tienes que ser tan vulgar?

—¿Te gusta o no? —insisto, pese a que podría responder por ella.

—Yo nunca...

Tal como imaginaba.

—Joder, pues vaya mierda de novio tenías. ¿Cómo te follaba? ¿Dos empujones y listo?

—Hacíamos el amor —dice sonrojada.

—Ya..., una insatisfecha de manual. Pues cuando lo pruebes, hablamos —sentencio.

—La cuestión es que Lucas la quiere, le ha pedido matrimonio, pero ella le está dando largas.

Le hace sufrir y encima ahora esto...

—Ni se te ocurra decírselo —le advierto.

—Tiene derecho a saberlo —alega convencida.

—Como abras la boca, le mando un mensaje a tu exnovio y te hundo la farsa —afirmo.

—La enfermera solo te está utilizando —aduce para que cambie de idea.

—Y tú a mí, ya que te pones tan puntillosa —le recuerdo.

—Es diferente, nosotros no nos acostamos.

Lo siento, pero tengo que decírselo. Y si no le gusta, que aprenda a no meterse en los asuntos ajenos ni a pintarlo todo de color de rosa, que tanta purpurina cansa mucho.

—Gracias a Dios, porque tienes pinta de ser aburrida en la cama.

Capítulo 17

Ha pasado el tiempo (lento de cojones), he soportado sesiones de terapia en grupo (estupideces y frases desmotivadoras a granel), he abusado de las pastillas que me receta Esperanza y he fingido disfunción eréctil para no follarme a mi psicóloga, lo que tiene un mérito de la hostia, porque hasta la fecha nunca le he sido fiel a una mujer. Resumiendo, que he logrado llegar hasta aquí.

No ha sido fácil; no obstante, estoy a un paso de acabar. Solo me falta el esprint final.

—Te veo tenso —comenta Mauro.

—Este porro está muy flojo —replico torciendo el gesto.

Esta noche necesito algo fuerte, muy fuerte. Faltan menos de quince días para que acabe este tormento. Seré libre y la ansiedad me está jodiendo a base de bien.

Hoy he tomado el doble de pastillas de las recomendadas y aun así no logro calmarme. A ver si consigo que me cambien la medicación por algo más efectivo.

Sí, lo sé, cuando tomas habitualmente un fármaco, este deja de hacer efecto y yo he abusado de las pirulas. Pero ¿qué otra cosa podía hacer para soportar la ansiedad, el insomnio y la tentación de saltar por la ventana?

—Tú necesitas otra cosa —dice Mauro leyéndome el pensamiento.

Tuerzo el gesto, doy un par de caladas y exhalo el humo despacio.

—¿La tienes?

Él tarda en responder. Cuando hace eso me jode bastante, pues mi estado no es muy proclive a soportar los putos silencios a los que mi proveedor es tan aficionado.

—Podría conseguirse —dice al fin.

No me cabe la menor duda, pienso. Aunque la cuestión, tratándose de Mauro, es otra.

—¿Cuánto? —pregunto y me doy cuenta de que me estoy comportando como un auténtico drogodependiente.

Odio esa palabra, la repiten en las terapias como si fuese una jodida enfermedad. Y peor aún, una que tiene remedio. ¡Los cojones!

Pero lo soy, me lo pide el cuerpo. Ahora mismo, disfrutaría como nunca metiéndome esa raya. Admitirlo no significa que me haya tragado la mierda de sesiones de lavado de cerebro que se hacen aquí, significa que estoy esforzándome para marcharme con un jodido certificado y recuperar mi vida.

Ya tendré tiempo de meterme lo que me venga en gana en cuanto mi hermana deje de jugar a la mafiosa controladora.

—Bah, déjalo —mascullo y miro el porro, consciente de que de momento esto me deberá servir para tirar adelante—. No quiero joderlo todo cuando me queda tan poco para salir de este puto sitio.

—Como quieras —dice Mauro y se encoge de hombros.

Lógico, a él a estas alturas se la suda. Le trae sin cuidado si yo me paso por el forro las reglas del centro. Él aquí vive bien, le ignora todo el mundo y hace negocio.

Como en cada uno de nuestros encuentros, no es necesario hablar de estupideces. Yo no tengo nada que decir, nada al menos que resulte interesante, y doy por hecho que Mauro tampoco.

Y eso que, si lo incentivo de la manera adecuada, podría averiguar mucho más de la vida y milagros de la enfermera petarda y su novio el gilipollas. No obstante, de momento me aguantaré las ganas de preguntar.

—Vaya, ya viene alguien a tocar las narices —murmura.

Oímos unos pasos, así que Mauro, acostumbrado a estar siempre en segundo plano, se aparta un poco para no ser visto y yo ni me molesto. Un error táctico. Esto de que todo me la sude tiene su precio, pues cuando reconozco a la visitante, pienso que soy tonto.

—Buenas noches, Quique —ronronea Amapola.

—Buenas noches —respondo de mala gana, a ver si se da cuenta y da media vuelta cuanto antes. Aunque algo me dice que Amapola en temas cognitivos va un poquito justa.

—Te estaba buscando.

Una afirmación que no presagia nada bueno. Ganas de mandarla a la mierda con billete solo de ida no me faltan, pero sé que debo tenerla contenta, por si me fuera necesario contar con ella. Así que, de momento, a fingir.

Con lo que yo he sido, teniendo que disimular delante de una mujer que me importa poco menos que un pimiento. Anda que no he mandado a paseo a chicas que se me insinuaban con descaro solo porque me divertía hacerlo. Este centro saca lo peor de mí.

—¿Para qué?

En vez de responder, se humedece los labios. Joder, a ver qué quiere esta ahora. Espero que no sea nada que implique tocarla.

—Para hablar.

O sea, follar, como si no tuviera yo un traductor simultáneo en la cabeza.

Tengo que buscar una salida rápida y que no suponga dejarla en evidencia, que Amapola es de esas que, para joder la marrana, seguro que se va de la lengua. Y lo admito, que en el centro se supiera que me la he tirado me daría vergüenza; ella no es lo que se dice guapa, más bien lo contrario. Para que me entendáis, si siempre has conducido coches de gama alta, no puedes comprarte un Dacia, aunque esté de oferta. Hay que mantener un estatus.

¿Suenas clasista? Lo es, no puedo ni quiero evitarlo. Me la follé por sacar algo a cambio, no por gusto. Y encima fue decepcionante.

—¿Y qué pasa con tu novio, no se pondrá celoso?

—He roto con él —afirma cantarina.

—Qué pena, cuánto lo siento —miento.

—Yo no lo siento, era un muermo. Prefiero volver contigo —ronronea de nuevo y pone una mano sobre mi pecho, con la intención de ir descendiendo hasta mi entrepierna. Me soba por encima del pantalón y por una vez en la vida me alegro de que mi polla se quede muerta.

—Pues no va a poder ser —digo con aire de pena—. Las pastillas..., los efectos secundarios.

—Seguro que Esperanza te las ha dado para que no folles con nadie más que con ella —rezonga.

Yo asiento y digo con cara de lástima:

—Seguramente.

En ese momento, oigo una tos mal disimulada.

Mauro se debe de estar descojonando a mi costa.

—¿Y no podrías hacer un esfuerzo? —insiste y presiona un poco más.

Para no reaccionar, pienso en lo más antierótico del universo, como por ejemplo mi hermana. En la cara que va a poner Martina cuando le diga que he superado el puto programa de desintoxicación, que se acabó eso de controlarme y que debe aflojar la pasta.

—Bueno —suspira Amapola con cierto fastidio, al ver que ni mucho ni poco, no hay tema—, ya hablaremos otro día.

Por suerte, se da media vuelta. Se va convencida de cuál es mi problema y yo no me siento ofendido, porque la realidad es que Amapola excitando a un hombre es una negada. Todos contentos.

—Joder —dice Mauro riéndose—, te metes en cada jardín...

—Ya tienes más munición para sobornarme —mascullo.

—Contigo no hace falta, señor Doncel. Eres un pijo, pero decente y de fiar. Tú eres el primer interesado en que esto no se sepa.

—Visto así...

—Y tengo una noticia que te va a encantar —añade—. Y te saldrá gratis.

—¿Es sobre Vivian?

—No, sobre tu psicóloga.

—¿Qué le pasa ahora a Esperanza? —pregunto con desgana y acepto el canuto que me ofrece.

—Ha pedido la baja por depresión. Se va mañana por la mañana.

—¿No jodas?!

En la sesión de hoy estaba rara de cojones y más bien distraída. No he querido preguntar, porque, egoísta como soy, me venía de puta madre dejar pasar el rato.

—Así tienes el camino más despejado para perseguir a la señorita Rosales.

—No sé si merece la pena tanto esfuerzo —admito—. Vivian... No sé cómo definirlo, pero...

—¿Te has encoñado?

—Espero que no —digo mientras lo pienso.

Solo me faltaba a mí colgarme de una tía...

* * *

Sin Esperanza para darme la chapa en las sesiones, sin Amapola rondándome y con la enfermera petarda a saber dónde, porque llevo dos días sin verla, solo me queda la compañía de Yolanda para pasar el rato.

Esta no ha perdido la oportunidad de darme por el culo con el asunto de Vivian. Por lo visto, el gilipollas, nombre de pila Lucas, va llorando por los rincones sobre lo desdichado que es porque su novia no quiere casarse con él.

Lo que más me jode es que sigo sin saber por qué no rompen definitivamente. No me cuadra y estoy dedicándole al asunto más tiempo del que debería.

—¿Quique? —me llama Yolanda, y le presto atención.

—¿Sí?

Llevamos un rato tumbados en mi cuarto, en silencio, ella wasapeando con su ex y yo pensando en Vivian. Deprimente, ¿a que sí? Porque debería concentrarme en qué voy a hacer al salir de aquí.

—Hoy me han pesado. ¡Dos kilos y medio más! —exclama y me sorprende, porque parecía concentrada en su móvil.

—Me alegro —respondo sin mucho énfasis y ella lo nota.

Que conste, es una noticia cojonuda y de alguna manera me siento orgulloso, porque, sin pretenderlo, la he ayudado. Sin embargo, tengo la cabeza en otro lado.

—Pues no lo parece. Jopeta, Quique, si consigo sumar otros tres kilos, me darán el alta.

Suspiro y me peino con los dedos.

—Lo sé, Yolanda, pero tienes que perdonarme...

—Sigues pensando en ella —dice, dejando implícito que censura a Vivian.

—¿Y? ¿Qué tiene eso de malo? —refunfuño—. Yo al menos no vivo fuera de la realidad, como tú.

Vale, acabo de pasarme tres pueblos, pero en ocasiones Yolanda también se pasa con sus ñoñerías.

—Si fueras un poco más listo, no perderías el tiempo con una mujer que no quiere nada serio contigo. Ni con nadie. Solo juega con los hombres.

—Algo que deberías hacer tú, para variar, en vez de babear por un imbécil que te dejó por otra. —Esto es lo malo de ser amigos, que hablamos con sinceridad—. Además, ¿qué te importa si Vivian folla conmigo o con su novio?

—¡Porque él la quiere! ¡Es amor verdadero!

—No me jodas...

—Llevan tiempo juntos.

—Yolanda, guapa, eres joven y por eso a lo mejor no te has llevado los suficientes palos como para saberlo, pero tal vez no sean la pareja perfecta que tú quieres ver. O quizá ya están aburridos y les vaya el rollo ese de pareja abierta.

—¡Lucas no es ningún perverso!

—Oye, ¿no te habrás encaprichado de tu psicólogo?

—No digas bobadas —responde—. Simplemente le he cogido cariño y quiero que le vayan bien las cosas.

—Pues en estos casos es mejor no involucrarse.

—Aplicate el cuento —replica y por suerte no me da más la paliza con el temita de los cojones.

Nos quedamos de nuevo en silencio, ella trasteando con su móvil y yo pensando en lo que no debería, es decir, en Vivian. Porque si hasta la fecha he vivido de puta madre sin involucrarme, ¿por qué cojones me preocupo ahora?

—¡Me ha respondido! —grita Yolanda sobresaltándose.

Y no solo eso, se incorpora y me mira como si hubiera acertado todos los números del Euromillón.

—A ver, ya sé que te emocionas por cualquier tontería, no obstante, fingiré que me importa. ¿Otro mensajito de tu ex?

—No... esto, sí.

—¿En qué quedamos? Vaya por delante que me importan una mierda vuestros previsibles y aburridos mensajitos, seguro que nada picantes ni escandalosos, sin embargo, has puesto una cara que me preocupa.

—Son cosas nuestras —responde y me ha sonado a evasiva, ya que por norma general me da la turra y me muestra cada whatsapp. Ahora, de repente, hasta aparta el teléfono.

—Cursiladas al por mayor —me guaseo, y Yolanda se levanta de la cama.

En vez de replicarme, se concentra en escribir.

Bueno, miremos el lado positivo, más tranquilidad para pensar en mis meteduras de pata y en mis estupideces, como preocuparme por una enfermera a la que me he tirado para pasar el rato. Y sí, técnicamente ha sido el mejor sexo que he tenido en los últimos meses. Puede que por dos razones. La primera, que al estar limpio he sido más consciente de todo. Y la segunda, que en comparación con Esperanza o con Amapola, hasta una muñeca hinchable lo hace mejor que ellas.

Bah, concentrémonos en no cagarla durante los pocos días que me quedan de encierro. He superado lo peor... así que, ¿cuántas posibilidades de joderlo todo existen?

Capítulo 18

Nunca he sido de buenos propósitos, ya que soy incapaz de, primero, esforzarme en buscar alguno y, segundo, cumplirlos.

De ahí que la intención de pasar olímpicamente de la enfermera petarda no me haya durado ni veinticuatro horas. Bueno, en parte ha sido porque ella no estaba en el centro. Se ha rumoreado que tenía una cita con su novio.

Bueno, celoso no soy.

Si no lo he sido hasta ahora, ¿por qué cambiar?

Lo importante es que hoy sí está, tiene turno de tarde y en teoría acaba sobre las diez de la noche (siempre y cuando no se le alargue hasta las tantas, como viene siendo costumbre). Eso quiere decir que debo ser razonablemente modoso en la sesión de grupo, cenar y después ir a su cuarto a averiguar, o al menos intentarlo, qué cojones me pasa con ella.

Tan pronto se presenta en mi dormitorio sin avisar para una sesión salvaje (todo lo salvaje que una cama estrecha permite), como me ignora. Cuando le toca a ella hacer las extracciones de sangre, se comporta distante. Claro que tener a Yolanda al lado en plan novia plasta no ayuda a la intimidad.

Ojo, no os hagáis pajas mentales como Yolanda, con cursiladas de amor verdadero y memeces similares. Que no, que tan solo es uno de esos caprichos irracionales en los que mi polla toma el control. Ya veréis cómo se me pasa en cuanto recupere la libertad.

El problema, como ya os he mencionado, es que mis propósitos son tan inútiles como un submarino descapotable, y aguantar a esta panda de gilipollas se me antoja imposible.

Ahora está dándonos la chapa el adicto a los dispositivos electrónicos. A ver, pregunta, ¿qué tiene de malo ir a cagar con el móvil? Pues nada, que yo sepa, te echas una partida a lo que sea y listo, o lees alguna revista o haces la compra del supermercado. Ah, no, espera, para esto último ya está la asistente. En fin, a lo que iba, al idiota este se le caen las lágrimas porque hacía más caso a su tableta que a su mujer.

—Lo raro no es eso —murmuro—, lo raro es que tuvieras mujer.

—Señor Doncel, por favor —me regaña Lucas *el Gilipollas*, que, mira por dónde, es quien en ausencia de Esperanza dirige la sesión.

Oh, cómo me gustaría decirle que me he follado a su novia.

—¿Es que todo te lo tomas a chufla? —me increpa el imitador del Bunbury, que le pasa un pañuelo al de la tableta.

—Tú lávate el pelo y luego hablamos —le espeto una vez más.

—¡Ya está bien! —tercia Lucas, y al ponerse en pie se le queda la pernera del pantalón enganchada y vislumbro una pierna ortopédica—. Aquí no se insulta a nadie, ¿de acuerdo? Cada uno expresa sus sentimientos con respeto.

—Es justamente lo que yo he hecho —alego y cruzo los brazos tan pancho.

—Deberías colaborar —me dice una mujer adicta al juego, que se ha teñido ella misma,

seguro, porque vaya estropicio que me lleva en el pelo la buena señora.

—Y lo hago. Digo la verdad, esa que este psicólogo no se atreve a decir, por miedo a haceros daño o a que os recuperéis antes de tiempo y entonces no paguéis toda la estancia en el centro —replico, cansado de ser el blanco de sus tonterías—. Tú —señalo al más callado, que es ultratímido, ya que ha vivido a la sombra de una madre controladora toda su vida y no sabe ni hacer la «O» con un canuto y ya de acercarse a una chica ni hablemos—. ¿Tienes cuántos... cincuenta y cinco años? —El tipo asiente—. Pues alma cándida, diviértete, toma algo que te estimule y vete de juerga.

—Las drogas son malas —repite como un loro bien adiestrado otro de los integrantes del grupo, que es adicto al alcohol.

—Que tú lo digas... —resoplo, mirándolo con desdén.

—Esa actitud no ayuda —dice la adicta a las redes sociales.

Menudo cuadro de chica. Se ha deprimido porque apenas ha conseguido seguidores y eso que, según contó el otro día, hacía vídeos subidos de tono. Mira que es difícil que una legión de babosos no te sigan si les enseñas las tetas, o las bragas usadas, pues bien, esta ni por esas. A saber qué vídeos hacía.

—Señor Doncel, estamos aquí para resolver nuestros problemas de forma natural —me recuerda el cornudo.

—Pues nada, sigamos perdiendo el tiempo —contesto y me paso por el forro las miradas de cabreo de todos los presentes. Solo el tímido parece que ha visto un poco de luz al final del túnel—. Y engrosando la cuenta corriente de la empresa.

El resto de la sesión me muerdo la lengua y por fin se acaba. O eso pensaba, porque cuando estoy en la puerta, para ser el primero en abandonar la sala, Lucas me pide que espere. Quiere hablar conmigo.

Aguarda a que se vacíe la sala, cierra la puerta y me hace un gesto para que tome asiento. Sin embargo, niego con la cabeza, porque si ya ganas de hablar con él a solas no tengo muchas, si me siento creerá que me importa, y prefiero escabullirme cuanto antes.

—Se rumorea que tienes una amistad con mi novia —me suelta a bocajarro.

Qué idiota y qué posesivo ha sonado eso.

—¿Y quién es tu novia? —replico.

—Lo sabes perfectamente.

—A ver, no quiero ser desagradable, pero ¿a ti qué coño te importa con quién me relacione?

—Te seré sincero, Vivian y yo no estamos atravesando un buen momento en nuestra relación y quizá te hable de ello, así que te agradecería que, en el caso de que te cuente algo, me lo dijeras.

—¿Perdona? —le espeto perplejo.

—Puede serte muy útil mi amistad...

O sea, que me está tentando. Joder, ¿es que en este centro nadie hace nada gratis?

—¿Y qué pensaría ella si se enterara de que la controlas de este modo? —inquiero, solo para tener aún más motivos para llamarlo gilipollas.

—No tiene por qué saberlo.

—Ya...

—¿Me harás ese favor? —pregunta y ante mi silencio insiste—: Te puede ser muy útil mi ayuda. Ya me entiendes...

—Me lo pensaré.

Salgo cagando leches de la sala, aún confuso y también cabreado por la propuesta de este meapilas. Pero ¿en qué siglo estamos? ¿Desde cuándo se controla a las amistades de tu pareja?

La relación entre Vivian y él es incomprensible, aunque entiendo por qué ella se folla a otros. Yo también lo haría. Bueno, yo no, porque soy incapaz de mantener una relación de pareja. Para que os hagáis una idea, creo que Yolanda es la «novia» que más me ha durado.

Sobrevivo a una cena a base de coliflor y pechuga de pollo empanada con a saber qué y luego acompaño a Yolanda a su cuarto, donde charlamos un rato, aunque ella por lo visto está más pendiente del móvil y de las moñadas que le envía su novio.

Y por fin llega la hora en que puedo dejar de ser el interno modélico para ir en busca de Vivian. Este juego del gato y el ratón en otros tiempos ya me habría cansado, sin embargo, aquí recluido hasta me divierte.

Como igual me manda a paseo, he ido a su dormitorio antes de que ella acabe el turno.

La tentación de registrar sus cosas es fuerte, pero yo no, así que he sucumbido y he hurgado en el pequeño armario de contrachapado descascarillado, sin encontrar nada comprometedor.

Luego me he sentado en la cama y me he puesto cómodo a la espera de que aparezca.

Miro el reloj, su turno acaba a las diez y son las once y cuarto.

¿Dónde cojones está?

El misterio se resuelve a las doce menos cinco, cuando Vivian entra en el dormitorio con cara de pocos amigos, despeinada y con el traje de faena lleno de manchas.

—¿Qué haces aquí?

—Se supone que tu turno acababa a las diez —respondo y veo que deja una pequeña bolsa de papel sobre el minúsculo escritorio, antes de sentarse en la no menos ridícula silla.

—Se supone —murmura y saca de la bolsa un bocadillo envuelto en papel de cocina y una lata de cerveza—. Te invitaría a cenar, pero sé que a tu exquisito paladar un bocadillo de calamares con alioli le parecerá una mierda.

—Tengo las papilas gustativas hechas polvo desde que estoy aquí, por eso no te preocupes.

—A tu salud —dice, brindando con la lata.

—Dime que no has hecho horas extra y que encima te has quedado sin cenar.

—Bienvenido al precario mundo de la enfermería en el sector privado —replica con sorna.

—Joder...

Abandono mi actitud despreocupada y me acerco hasta colocarme a su espalda. Le suelto el pelo y se lo vuelvo a recoger con la pinza que lleva. Vivian sigue comiendo, así que yo comienzo a masajearle los hombros. Soy un pésimo masajista, lo admito.

—Tú no has venido a darme un masaje —murmura.

—No, he venido a follar. Ahora bien, llámalo intuición masculina, pero algo me dice que no va a ser posible.

—Puedo hacer un esfuerzo —responde y noto la falta de entusiasmo.

—Estás molida. Olvídate.

Cuidado con este último diálogo, porque hasta la fecha siempre me ha importado poco menos que una mierda el estado de nadie. Mi forma de proceder normal sería despedirme y buscar a otra.

Ahora me diréis que no lo hago porque Amapola no folla bien y Esperanza no está disponible. Y no vais desencaminados, aunque añadiré, sin quitaros la razón, que tampoco me importa aliviar un poco el estrés de Vivian. Aunque preferiría hacerlo de otra manera.

Mientras continúo amasándole los hombros (espero no causarle una lesión), sopeso contarle la

conversación que he tenido con su novio. Al final descarto la idea, porque esta noche Vivian no necesita más tensiones.

Acaba su triste cena y apura la cerveza.

—Por mí no te cortes, eructa —comento, y ella se ríe.

Se da unos golpes en el centro del pecho, al más puro estilo barriobajero, y después lo intenta, sin embargo, lo que consigue es tener hipo.

—Lo que me faltaba —acierta a decir.

Busca un botellín de agua y da pequeños sorbitos hasta que consigue controlar el hipo. Después me mira y susurra:

—Gracias.

Ha sonado a «Déjame sola».

—No voy a irme —replico.

En vez de responderme, hace una mueca y se acerca al armario para sacar una toalla y ropa interior limpia. Si se ha dado cuenta de que he estado husmeando entre sus cosas, no lo menciona.

Vuelvo a sentarme en la cama, mientras oigo correr el agua de la ducha. Está llevando a cabo su rutina, sin preocuparse por nada más. Arriesgándome a una buena bronca, me deshago de la ropa y entro en el cuarto de baño.

Me la encuentro bajo la ducha sin hacer nada, dejando que el agua caiga sobre su cuerpo.

—No te atreverás a... —murmura.

Por supuesto, no le hago ni puto caso y entro en la minúscula ducha. Es más pequeña que la de mi cuarto, que ya es decir. Mi intención es abrazarla, nada más, pero Vivian tiene otra idea, puesto que me rodea el cuello con los brazos, se acerca hasta mordirme el lóbulo de la oreja y susurra:

—Hazme olvidar este día de mierda...

Capítulo 19

—Eso puedo hacerlo, aunque...

No me deja darle explicaciones, pues me calla con un beso. O más bien me avasalla. No me quejo, claro que no. Reacciono y la sujeto del culo para que me siga besando y se frote cuanto quiera.

Es evidente que de la ducha vamos a salir lesionados, así que nos vamos a la habitación y, sin preocuparnos por dejar el suelo hecho un asco, llegamos hasta la estrecha cama, ella se tumba, levanta los brazos y musita:

—Haz tu trabajo.

Sonríó. Ha debido de costarle lo indecible asumir una postura tan pasiva, con lo peleona que es siempre.

—Vamos a ver qué se me ocurre...

Me coloco a los pies de la cama y la agarro de los tobillos para separarle las piernas. Eso me da una visión perfecta de su sexo. Lo sencillo es ir al meollo de la cuestión y supongo que es lo que ella busca, rapidez y eficacia. Pues voy a llevarle la contraria. Me inclino para empezar a besarle la pierna a la altura del tobillo.

Oigo cómo suspira, o resopla, sin embargo, no varío mi rumbo. Le doy besos de esos que gustan, pero también desesperan, y más cuando necesita un orgasmo para olvidar su día de mierda.

—Un poco más arriba —sugiere cuando estoy a la altura de sus rodillas.

—Hummm... Ahora vuelvo.

Dejándola perpleja adrede, me aparto y, además de sacar los condones de la cartera, que se me habían olvidado, cojo el móvil y busco algo en la lista de reproducción. Lo primero que aparece es *Don't Go Yet*. Bueno, no me importa, el caso es darle un poco de ambiente a esto.

—¿Vamos a follar o a bailar? —pregunta Vivian, tarareando la canción de Camila Cabello.

—Las dos cosas —afirmo y vuelvo a la cama, para retomar la postura anterior.

—En fin, no se le pueden pedir peras al olmo —se lamenta con un suspiro.

—No seas impaciente...

Para que no proteste, no mucho en todo caso, le mordisqueo el interior de los muslos, prestando especial cuidado a no rozarle el coño, para que sufra lo justo.

De hecho, cuando poso la boca justo por debajo de su ombligo, me agarra del pelo, instándome a abandonar este comportamiento tan amoroso, aunque ineficaz.

Sus pezones están a la altura de mi boca, así que venga, besitos cursis, casi superficiales y gemido de protesta.

—¿Desde cuándo eres tan moñas?

—Desde que tengo novia —replico riéndome.

Vivian también se ríe y arquea la espalda buscando más contacto, incluso se restriega y me tira del pelo.

Aprovecho mi superioridad física para controlarla y si bien mi intención era hacerlo de manera suave, termino devorando su boca mientras ella, con habilidad, mete una mano entre nuestros cuerpos, me agarra la polla y me la sacude justo cuando Coldplay canta *Higher Power*.

Cada vez que escuche esta canción en el futuro se me va a poner dura instantáneamente.

—Suéltame, que ya he captado el mensaje —le pido entre beso y beso.

Ahora toca hacer el camino a la inversa, es decir, descender por su cuerpo y seguir poniéndola de los nervios con besos superficiales antes de llegar a su sexo y, sí, saborearlo a base de bien.

En cuanto Vivian percibe mis intenciones, me empuja con descaro, haciendo fuerza en mis hombros. Le voy a dar lo que quiere, claro, sin embargo, me parece imprescindible que sufra al menos tres minutos más.

Al minuto y medio le estoy comiendo el sexo como un poseso y ella jadeando como una loca. Y entre medias suelta alguna que otra vulgaridad que me encanta. Mira que es difícil que una mujer te diga algo como «Hace tanto tiempo que nadie me come el coño así de bien» sin que suene a mala imitación de peli porno.

—Oh, joder, más adentro —suplica cuando le meto dos dedos—. Y más rápido.

¿Veis? Suena tan natural que esto es diferente. Y no solo porque esté con una tía en la cama sin haberme puesto antes hasta las cejas.

—Deja de dar órdenes —susurro sin apenas apartar los labios de su piel—. O de lo contrario...

Vivian suspira y masculla:

—No seas tan cabrón y termina lo que has empezado.

Estas palabras me dan una idea, una que me parece que no le va a gustar nada, pero como yo me divierto, la llevo a la práctica.

—Bueno, creo que ya es suficiente —digo apartándome justo cuando empieza a sonar *Take My Breath*.

—¿Cómo dices?

Oculto una sonrisa, su cara es un poema.

—Mira, yo soy un tío inmaduro y egoísta. —Le muestro uno de los condones.

—No me digas...

Rompo el envase con los dientes y cuando estoy a punto de sacarlo, sonrío y Vivian arquea una ceja.

—Y he venido a follar...

—No lo parece —musita y, en vez de cabrearse, como haría otra, desliza una mano entre sus piernas y comienza a masturbarse—. Así que, como siempre, voy a tener que ocuparme yo sola...

—¿Ah sí?

Me quedo anonadado observándola. Mueve la mano despacio, mantiene los ojos entreabiertos y nada de retorcerse como una posesa. Aprieta las piernas, se muerde el labio y joder..., no puedo seguir impasible relatando los hechos, he de participar.

Como sea.

—Déjame a mí —gruño y aparto su mano con brusquedad.

Ella se ríe ante la voracidad que demuestro al perderme entre sus muslos, aunque enseguida esas risitas pasan a ser gemidos de esos que te la ponen bien dura y despiertan necesidades ocultas que uno no creía tener.

Vuelvo a utilizar todos los recursos disponibles, lengua y dedos, bien combinados. Delante,

detrás. Dentro, fuera. Rápido, lento. Hasta que ocurre lo inevitable y los gemidos ya de por sí eróticos pasan a ser desvergonzados. Sin olvidar que yo puedo acabar con menos pelo que al principio, por cómo se aferra a él mientras se corre.

Levanto un instante la cabeza y ella, con una sonrisa de satisfacción, me susurra:

—Métela...

Me gustaría no perder ni un puto segundo, sin embargo, he de ponerme el condón, operación que llevo a cabo con una habilidad alucinante. Me sitúo en posición, de rodillas ante Vivian, la agarro por detrás de las rodillas y tiro hasta que rozo con la punta su coño. Un ligero empujón y estaré dentro.

Nada de ligero, soy brusco, impaciente y ella, al sentirme en su interior, tensa todos sus músculos, atrapándome y de paso dejándome poco margen de aguante, ya que entre la presión sobre mi polla y los más que dilatados preliminares, estoy a punto de reventar.

Vivian, maldita sea, lo sabe e intensifica la presión. Cada vez que empujo me retiene unos pocos segundos, como si quisiera exprimirme antes de que me retire lo indispensable para volver a empujar con brío.

Ahora es mi turno de jadear y de disfrutar del calor y la humedad que previamente he saboreado. Y embisto una y otra vez, con rabia, con ganas, con desesperación, porque junto a la tensión en mis pelotas se está formando otra en mi cabeza que me hace pensar en algo a lo que jamás presto atención.

—Quique... —musita y se muerde el labio—. Joder, Quique, qué bueno.

—Lo sé —admito apretando los dientes, porque estoy a un paso de correrme.

Y por fin se libera todo. Me quedo clavado en su interior, lamentando que no sea posible prolongar esta sensación tan cojonuda, ya que debo retirarme con cuidado para que no salga nada del preservativo.

Haciendo una mueca, me aparto y en cuanto el condón es historia, me tumbo a su lado, boca arriba. Ella se incorpora a medias y, antes de que se le ocurra decir una estupidez, hablo yo.

—Ni hartos de vino me voy ahora a mi dormitorio.

—Buenas noches —ronronea junto a mis labios y después se da media vuelta, nos cubre con la colcha y se duerme.

Yo también debería caer rendido, sin embargo, me he olvidado las pirulas en mi habitación, por lo que tardaré en conciliar el sueño.

Odio estos momentos, porque la cabeza, y la mía es muy cabrona, empieza a pensar en lo que no debe. Por ejemplo, si llegado el caso podría seguir viendo a Vivian una vez que acabe mi condena en este jodido centro. Verla, obviamente, me gustaría, de ahí mi alarma, la misma que he sentido mientras me la follaba. Algo que no ha ocurrido con ninguna otra.

Y no solo me jode tener estos pensamientos, sino la idea de hacer el imbécil si se lo menciono, porque ¿cuántas posibilidades hay de que Vivian contemple la idea de seguir viéndonos?

Exacto, ninguna.

* * *

—Despierta, joder —me gritan y yo, que tardé en pillar el sueño, pese a que volvimos a follar, porque yo no lograba dormir, gruño.

—¡Es urgente!

Abro los ojos y enfoco la mirada. Vivian está con su uniforme de trabajo, cara de mala hostia y el pelo recogido de cualquier manera.

—Ya bajaré luego a desayunar —rezongo y me tapo con la almohada.

Ella me la quita y vuelve a la carga.

—Joder, Quique, que no es broma.

—A ver, ¿qué coño pasa ahora? Porque ayer acabaste tarde y se supone que tenías la mañana libre.

—Tengo que cubrir una baja.

—Vale. ¿Y? ¿En qué me afecta eso a mí?

—Yolanda, tu novia, ¿te acuerdas de ella?

—Vagamente.

—Ha desaparecido.

—Repito, ¿y eso en qué me afecta?

—La hemos buscado por todo el centro. No está en su cuarto, tampoco se ha escondido en el tuyo, y si no aparece antes del mediodía tendremos que avisar a su familia y por tanto a la policía.

—Joder... —protesto, incorporándome de mala gana.

—¿Y qué cojones quieres que yo haga?

—Llámalas. Tienes su número, a ti lo más probable es que te responda —dice y añade con retintín—: Eres su novio.

—Muy graciosa.

Vivian me acerca el móvil y, a desgana, llamo a Yolanda. A ver qué estupidez se le ha pasado ahora por la cabeza. Como esté escondida en algún lugar del complejo, se van a enterar. Primero la enfermera petarda, por no saber buscar, y segundo Yolanda, por joderme el sueño.

—Da tono, pero no responde.

—Pues insiste, ¡leñe! —me insta de malas maneras.

Y nada, hago lo que me pide. Al cuarto intento por fin Yolanda responde.

—Quique... —suspira, y le noto cierto desánimo.

—Como se te haya ocurrido volver a las andadas —la regaño y me levanto para ir a mear, sin importarme que Vivian me coma con los ojos.

—No, no he hecho ninguna tontería de las que piensas —dice en voz baja y de repente se echa a llorar.

Pongo el móvil en manos libres para poder mear a gusto.

—A ver, ¿qué has hecho? —pregunto con aire comprensivo, porque seguro que son tonterías y estamos montando un *show* a lo tonto.

—Me he escapado.

—¿Qué?! —grito.

—Estoy en una pensión del pueblo. Con mi novio.

—¡Joder! —exclama Vivian, que lo está oyendo todo.

—Ah, vale. ¿Cuándo vuelves?

—¡No puede estar fuera! —grita Vivian y le hago un gesto para que se calle, mientras recupero el móvil, apago el altavoz y tapo el auricular.

—Déjala, mujer, que se desahogue, no seas tan tiquismiquis —le pido y después presto de nuevo atención a Yolanda—. A ver, guapa, ¿vienes ya? Aquí esto de las fugas ya sabes que lo

llevan muy mal.

—Es que... no puedo... —gimotea y acto seguido se desata una llorera insufrible.

—Cálmate, a ver, ¿qué ha pasado?

—Que tenías razón —responde entre llantos.

—Vaya novedad —murmuro y de reojo observo a Vivian, que está fulminándose con la mirada y no, no es porque esté en pelotas—. ¿En qué tengo razón?

—Solo quería acostarse conmigo —se lamenta Yolanda—. Me ha engañado.

—Vale, no pasa nada. Vuelve aquí y hablamos —le sugiero.

—No tengo forma de regresar...

Me cuenta, aunque no me importa una mierda, que él le envió un mensaje diciéndole que quería verla para volver a conectar y otras trolas similares. Entonces la convenció para que se escapase del centro, y ella, como una tontaina enamorada, lo hizo. Y ahora está en una pensión de mala muerte, llorando y sintiéndose una mierda, porque yo tenía razón.

—Vale, venga, mándame la ubicación que voy a buscarte.

—¡Tú no puedes salir de aquí! —me grita Vivian.

—Yolanda, escúchame, no llores y no hagas tonterías. Pide el desayuno que yo enseguida llevo, ¿vale?

—Vale, Quique —susurra y me cuelga.

A los pocos segundos recibo un whatsapp con su ubicación.

—Venga, dame las llaves de tu coche —le exijo a Vivian, mientras comienzo a vestirme.

Me jode no pasar antes por mi cuarto a cambiarme, pero no hay tiempo. Yolanda puede hacer cualquier estupidez.

—Te acompaño —dice y arqueo una ceja.

—No vas a ser de mucha ayuda —refunfuño.

—Si conduzco yo, nadie hará preguntas al salir y entrar. Además, te recuerdo que si te pillan saliendo te expulsan del centro.

—Hummm..., vale. Me has convencido.

Capítulo 20

Treinta y cinco minutos más tarde aparcamos en un terreno sin asfaltar, tras un edificio bastante cuestionable. Vamos, un club de carretera. La única ventaja es que toda la valla está forrada de malla verde. Obviamente para que nadie desde la carretera reconozca los vehículos.

En la recepción hay un chaval más pendiente de su móvil que de otra cosa, por lo que Vivian y yo subimos a la segunda planta sin contratiempos. Me pregunto si ya alguien ha desarrollado una app para limpiarse el culo, porque, de verdad, hay gente que se pasa todo el puto día con el teléfono.

Llamo a la puerta y le pido a Vivian que espere fuera, no vayamos a tener más drama del necesario.

Yolanda me abre y en cuanto me ve salta a mis brazos. No me queda más remedio que ser un adulto responsable y devolverle el abrazo, mientras aguanto su llanto y sus frases entrecortadas, entre las que destaca:

—¡Cuanta... razón... tenías!

—Yolanda, tenemos que irnos, recoge tus cosas —le pido cuando por fin se despegas de mí.

Aprovecho que se muestra obediente para dejar entrar a Vivian. Nada más verla, Yolanda frunce el cejo y le espeta:

—¿Qué haces aquí?

—Salvarte el culo —replica ella.

—Niñas, niñas —intervengo yo—, nada de pelea de gatas.

Yolanda refunfuña diciendo que eso es lo puto peor que le ha pasado en la vida. Como composición gramatical es un horror.

Vivian y yo compartimos una elocuente mirada, porque sabemos qué ha pasado en esa cama.

Por fin abandonamos la habitación y, al pasar por delante de la recepción, el chaval del móvil nos grita:

—¡Eh, que os vais sin pagar!

Frenamos en seco, claro y entonces Yolanda gimotea:

—¡No tengo dinero!

—Joder —mascullo, porque yo tampoco.

—¿Cuánto es? —tercia Vivian, que por suerte ha sido lista y ha venido con la cartera.

Paga con su tarjeta de crédito y cuando por fin le dan el comprobante, nos largamos de allí.

Al llegar al coche, en vez de arrancar, Vivian se da la vuelta y le dice a Yolanda:

—Me dan igual los motivos por los que has hecho esta estupidez, dime al menos que usasteis condón.

—Yo... bueno... a él... no le gustan.

—¡Hay que ser tonta del culo! —exclama Vivian.

—Oye, le quiero, ¿vale? Confío en él.

—Hay que ser tonta del culo —repito yo.

—¿Es que no te das cuenta, Yolanda? —dice Vivian, negando con la cabeza—. Una cosa es que te tomen el pelo y te digan mil estupideces para follar y otra es que te las creas.

—Tú follas con este —me señala de malas maneras—, así que no te pongas tan digna, guapa.

—No es lo mismo —replica Vivian—. Y no te critico por follar, lo que no entiendo es que lo hayas hecho a pelo, ¡hostias!

Yolanda y yo damos un respingo ante tal vehemencia.

—En eso tiene razón —apunto.

—Tú cállate, que no eres ningún santo —me espeta mi «novia» y luego dirige su furia hacia Vivian—. Yo lo he hecho por amor, ¿y tú? ¿Por qué le eres infiel a Lucas?

—Eso no es de tu incumbencia —responde ella evasiva y si bien esta discusión me aburre, me hubiera gustado que Vivian diera un motivo, así, ya de paso, nos enterábamos todos de qué ocurre en esa relación.

—Vámonos de aquí —propongo.

—Llama al imbécil con el que estuviste anoche —dice de pronto Vivian.

—¿Para qué? —pregunto yo y de repente, al mirarla, creo que intuyo el motivo.

—Vas a hablar con él —sentencia Vivian—. Haz lo que sea, pero convéncelo para que venga.

Yolanda, ante la posibilidad de ver de nuevo al amor de su vida, no cuestiona la petición y saca el móvil. Mientras espera a que le responda, Vivian le aconseja:

—Dile que quieres despedirte de él, desearle lo mejor. Que has comprendido que es libre para amar a quien quiera y que solo quieres guardar un buen recuerdo de vuestra relación.

—Joder, qué pastelada —murmuro y hasta hago el gesto de vomitar.

—Díselo —ordena ella.

Por suerte, él responde y Yolanda le repite palabra por palabra el guion moñas, claro que pronunciado por la ingenua que tengo por «novia» suena aún más cursi.

—Dice que llegará en quince minutos —nos informa, controlándose para no llorar.

—O sea, que estaba por aquí cerca, desayunando tan pancho, después de dejarte tirada —apunto yo.

—No le digas esas cosas —me regaña Vivian ya más calmada.

Y me da mala espina.

—¿Por qué? ¡Es la puta verdad! Los psicólogos no le recomiendan más que polladas que no la ayudan. Tiene que ver la realidad.

—Solo tiene veinte años, es normal que sea ingenua.

—Pues si nadie le abre los ojos, va a tener cincuenta y lo va a seguir siendo —arguyo.

—Estoy aquí —dice Yolanda.

—Pon la radio —le pido a Vivian y así evitamos discutir.

Por suerte, la entrada en el aparcamiento de un Peugeot 206 amarillo (sí, yo también pienso que es de mal gusto y de poca clase llevar un coche como ese, y encima amarillo y tuneado a lo pobre, es decir, con pegatinas) hace que Vivian apague la radio, dejando a Rauw Alejandro a medias, lo cual se agradece, porque la canción *Todo de ti* es insufrible.

—¿Es ese? —pregunta Vivian.

—Sí —responde Yolanda con un nudo en la garganta.

—Quédate en el coche —le ordena—. Tú, ven conmigo.

—¿Qué vais a hacer? —pregunta Yolanda.

—No lo sé —respondo y obedezco.

Nos dirigimos hacia el coche amarillo y cuando se apea un tipo al que reconozco por las fotos

que me ha obligado a ver Yolanda, Vivian le pregunta su nombre para confirmar su identidad y después, ante su cara de perplejidad, me dice:

—Pégale una buena hostia.

—¿Qué?! —exclamo yo.

—¿Qué?! —repite el susodicho.

—Que le sueltes una buena hostia por lo que le ha hecho a tu novia —insiste y entonces comprendo.

A ver, que yo no me he pegado con un tío por ninguna mujer, pero mira, a lo mejor así libero mi ansiedad y la mala hostia de no haber dormido bien.

Levanto la mano y le arreo un buen puñetazo en la cara, aunque no creo haber logrado el efecto deseado.

—¿Eres imbécil? Te vas a enterar, soplapollas —me amenaza él.

—Ay, joder cómo duele, hostia puta —me quejo, agitando la mano—. Me he roto los huesos.

—Aparta, anda —interviene Vivian y, dejándonos patidifusos, agarra al desgraciado de la camiseta, le hace una llave y consigue reducirlo hasta dejarlo apoyado en el capó de su mierda de coche.

Cuando lo tiene inmovilizado, saca una jeringuilla del bolsillo delantero de su traje de faena y se la acerca al cuello.

—Como te muevas, te pincho —lo amenaza.

—¡Quítame a esta tía de encima! —lloriquea el gilipollas.

—¡Dejadle en paz! —grita Yolanda, que viene corriendo hacia nosotros.

—Controla a tu novia —me exige Vivian con una voz peligrosa.

—¡No le hagáis daño! —suplica Yolanda.

—Si me lo ha hecho él a mí —me quejo, porque me duele la mano una barbaridad.

—Vamos a ver si os calláis un poquito, joder —nos regaña Vivian, que sigue manteniendo al chico inmovilizado.

—Lo intentaré —murmuro entre dientes.

—Eres un pedazo de cabrón que no tienes ni mierda en el culo —le dice en voz baja y yo me acojono—. Te has aprovechado de mi amiga y eso no se lo permito a nadie.

—Yo solo quería... —intenta decir el idiota, pero Vivian le acerca aún más la jeringuilla.

—Echar un polvo y reírte de ella —apunto yo.

—Que te calles y consueles a tu novia —ordena Vivian, aunque en realidad me está consolando Yolanda a mí, porque la mano me duele muchísimo.

—Ahora vas a pagar por haberte burlado de ella. ¿Cuánto llevas en la cartera?

—¿Qué?

—Ya me has oído, cabrón. Pretendías dejarla abandonada en un hostel de mala muerte, sin dinero, después de haberla engañado.

—Yo... es que ahora estoy sin curro y...

—Dame la cartera.

Observo atónito cómo el tipo, con cuidado, porque Vivian no deja de presionar la jeringuilla, maniobra para sacar la cartera del bolsillo trasero del pantalón y se la entrega.

Ella la abre y resopla:

—¿Treinta cochinos euros? No tenemos ni para la pastilla del día después.

—¡Es para echar gasolina!

—Pues te vas en el coche de San Fernando —le replica, antes de guardarse el dinero en el

sujetador, lanzar la cartera a un matorral y apartarse—. Vámonos.

—Lo siento —le grita Yolanda al amor de su vida y, para que no se le ocurra hacer una estupidez como ir a abrazarlo, Vivian la mete a empujones en el coche, después se pone al volante y arranca.

—No pienso tomar esa pastilla —dice Yolanda muy seria, cuando ya estamos circulando.

—Deja de ser tan idiota —replica Vivian.

—Oye, un poquito de sensibilidad —intervengo yo.

—¿No había que decirle la verdad? Pues bien, que la escuche: tienes veinte años, si te quedas preñada de un imbécil como ese, tú asumirás toda la responsabilidad.

—Lo sé, pero a lo mejor él vuelve conmigo al saber que hemos creado una vida juntos...

—No me jodas —rezongo sin poder contenerme.

—La vida no es tan idílica y si de verdad un día quieres tener hijos, hazlo con alguien que merezca la pena, porque a ver cómo le explicas a una criatura que tiene un padre como ese —aduce Vivian con toda la razón—. O, ya puestos, sé madre tú sola.

—¿Madre soltera? —pregunta Yolanda escandalizada.

—Después de sembrar la semilla, se puede tirar el sobre —dice Vivian en voz baja.

—Eso lo dices porque tú no puedes tener hijos —la ataca Yolanda y observo la reacción de ella.

Ha respirado hondo. Eso quiere decir que la afecta el tema.

—Estoy de acuerdo con Vivian —afirmo rotundo—. Vas a tomarte la puta pastilla aunque sea a la fuerza, de eso me encargo yo. Que me hayas puesto los cuernos es una cosa, pero que además me vengas con premio, ni hablar.

Durante el resto del trayecto hasta una farmacia nos limitamos a escuchar la radio.

Yo sigo aguantando el putito dolor de la mano y cuando le pido a Vivian que me compre algo fuerte, me dice que no, que ya se ocupará ella cuando regresemos al centro.

Sale de la farmacia con la pastilla y un botellín de agua, que le entrega a Yolanda. Esta niega con la cabeza y entonces me toca ponerme serio.

—A ver, piensa un poco, somos dos contra una. Yo puedo sujetarte y ella hacértela tomar. —Yolanda niega con la cabeza, evitando abrir la boca—. Sin olvidar que el día de mañana, cuando por fin conozcas al verdadero amor de tu vida y estés con un crío, a lo mejor no le interesas.

—Eso ha sonado machista —dice Vivian.

No obstante, parece que va a funcionar, porque mi «novia» infiel tuerce el gesto. En sus ingenuos engranajes, la visión de una pareja feliz con niño propio toma forma y termina aceptando la pastilla.

—Abre la boca —le pide Vivian después de que tome un buen trago de agua, para asegurarse de que se la ha tragado.

Por fin, después de tanto drama veinteañero y con un dolor en la mano que me está jodiendo vivo, regresamos al complejo. Vivian le miente a la enfermera que hace el informe diario sobre los pacientes para que Yolanda pueda quedarse a descansar en su habitación. Luego le da también varios consejos y le dice que regresará en un par de horas para ver cómo está. Ah, y le advierte en tono peligroso (me he acojonado hasta yo) que, como se la ocurra vomitar, escribirá un informe negativo para que la dirección tome medidas disciplinarias.

Y después, por fin, me lleva a la sala de curas para encargarse de mi mano.

—¿También vas a hacer un informe negativo sobre mí? —pregunto cuando cierra la puerta.

Empuja un carrito con útiles de enfermería y se sienta en un taburete antes de responder:

—Te follas a Amapola para tener las llaves y moverte por todo el complejo, a Esperanza para conseguir pastillas...

—Contigo ha sido por vicio —le aclaro y siseo de dolor cuando coge mi mano para proceder a las curas.

—Ya —murmura suspicaz—. Entonces, si cuento en dirección que has dado muestras de orina de otra persona, ¿no te enfadas?

—¿Lo sabías?

—Hombre, la primera vez que tu novia monta el numerito, cuela, pero a la tercera ya no —comenta y creo que se está vengando cuando me mueve cada dedo para comprobar mi reacción—. No hay nada roto, solo inflamado. Vaya blandengue estás tú hecho, no sabes defender el honor de una mujer.

—Se supone que os defendéis vosotras solas, joder.

—Te voy a vendar la mano.

—Pues tendrás que meneármela tú, porque con la izquierda no soy nada hábil —digo y nos echamos a reír.

—Ya veremos...

—¿Y no me das nada para el dolor?

—El paracetamol no te hará ni cosquillas.

—Algo más fuerte. Un antiinflamatorio.

—¿Quieres que te pinche en el culo? —pregunta quitándose los guantes y recogiendo el instrumental.

—A mi culo puedes hacerle lo que quieras —respondo—. Pero esto duele, joder, mucho.

—Vale, te daré algo.

Abre un armario pequeño, de donde saca un inyectable, lo prepara y me pide que me baje el pantalón para ponérmelo.

—Ya está. Y ahora a descansar, que esto da somnolencia.

—No tenía pensado manejar maquinaria pesada —digo abrochándome el cinturón.

—Hoy ya me he escaqueado bastante, tengo que volver a mi puesto —me dice ella y nos acercamos a la salida.

Justo cuando va a abrir, pongo la mano buena sobre la puerta para que no la abra y me inclino para preguntarle en voz baja:

—¿Nos vemos esta noche?

—Estás lesionado —me recuerda.

—Por eso mismo, necesito atención personalizada —alego y la beso.

Ella, contra todo pronóstico, me responde en vez de apartarme de un empujón y, claro, la cosa se empieza a calentar. Ponemos las manos, en mi caso una sola, donde no se debe, soltamos el primer jadeo, noto unos pezones erectos, Vivian palpa una erección...

Resumiendo, que me empuja hasta que llegamos a la camilla y me indica que me siente. Lo hago no sin antes desabrocharme los pantalones. En cuanto mi polla se ve libre, Vivian, no sé de dónde lo ha sacado, me coloca un condón y se sube a horcajadas sobre mí.

—Esto es mucho mejor que una gayola —susurro, acariciándole una sola teta.

—Me lo imagino —ronronea, mientras me monta con una pericia y una urgencia increíbles.

Como era de esperar, echamos el polvo más rápido de la historia e igual de satisfactorio, aunque me hubiera gustado que durase un poco más. Enseguida nos arreglamos la ropa, ella se recoge bien el pelo y abre la puerta antes de que podamos volver a las andadas.

—Ve a cuidar de tu novia —me dice cuando ya estamos en el pasillo.

—Hola, Vivian —nos interrumpe una voz.

Por desgracia se trata de Lucas, el novio cornudo. Joder, qué oportuno.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes consulta? —replica ella, molesta.

—Hola, señor Doncel. ¿Todo bien?

—Un pequeño incidente —respondo, mostrándole la mano vendada.

Si él supiera que con la otra acabo de acariciar a Vivian, a lo mejor no esbozaba esa sonrisilla de médico comprensivo.

—El señor Doncel ya se iba —interviene ella.

—Sí, mi novia está pachucha —digo con sorna.

—¿Qué le pasa a Yolanda?

—Nada grave —responde Vivian por mí.

Me marcho, no por gusto, ya que escuchar la conversación que van a tener me ayudaría a comprender qué relación los une. Ella no le muestra simpatía, folla conmigo y en cambio el otro sigue erre que erre.

Menos mal que existen las drogas. Lo que sea que me ha puesto Vivian empieza a hacerme efecto, así que ni novia ni hostias, me voy a mi dormitorio a relajarme. Que bastante movidita ha sido ya la mañana.

Capítulo 21

A pesar de ser un tipo egoísta e inmaduro, al final ejercí de adulto responsable y vigilé a Yolanda. Entré en su cuarto sin llamar, aunque el cuerpo me pedía descansar y aprovechar los efectos del fármaco intramuscular. La pillé en el cuarto de baño. Nunca ha sido amigo del melodrama, pero cuando vi la puerta cerrada, la eché abajo. No tuve que esforzarme mucho, pues en este centro, donde se paga una fortuna cada mes, la carpintería es una mierda.

Luego se produjo una escena surrealista, seguida de un diálogo no menos ridículo. Ella, sentada en la taza del váter, me gritó:

—¿Estás loco?

—¿Qué estás haciendo? —repliqué nervioso, sujetándome en el marco, pues con el arrebato protector me había dado algún golpe en la mano dañada.

Yolanda se aclaró la garganta.

—Popó.

—¿Popó?

—¿Qué pasa, tú no haces popó?

Respiré hondo, cerré los ojos y al abrirlos me di cuenta de que no, no era una pesadilla.

—Si mis problemas intestinales no se interponen, una vez al día —respondí y, procurando no descojonarme, llevé a cabo una retirada técnica para dejar que Yolanda finalizara con sus necesidades.

Cuando acabó, se tumbó conmigo en la cama y yo escuché, a medias, sus lamentos, justificaciones y demás desvaríos de ingenua enamorada. Hasta que los dos acabamos dormidos y nos despertamos a la hora de la cena.

Después me pidió que no la dejara sola y, nada, a compartir cama con ella. Así que me he despertado junto a una chica de veinte años y con un dolor en la mano que me está martirizando.

He llamado a Vivian para que me pusiera otro chute como el de ayer, pero no ha habido manera de localizarla. Y cuando se lo he pedido a otra enfermera, se ha negado y me ha dicho con tono de gilipollas:

—Primero tiene que autorizarlo un médico.

Así que he recurrido a mi arsenal de pastillas para calmarme, que, bueno, no es lo mismo, pero algo hacen. Ahora que Esperanza no está ya veremos cómo me las apaño. A ver quién es mi nuevo terapeuta y cómo lo engatuso, porque follármelo queda descartado.

Los paseos por el jardín son una recomendación estúpida que nos hacen, creyendo que el aire limpio y el canto de los pájaros ayudan a sanar. Gilipollecés. No obstante, para evitar el grupo de terapia, me he sentado en un banco haciéndome el tonto, como si no tuviera reloj.

Aunque lo tengo, y acabo de darme cuenta de que he perdido otra hora de mi vida.

Oigo unos pasos y miro por encima del hombro. Yolanda se acerca, aunque en realidad me gustaría que fuera Vivian.

—Quique, he hecho algo malo... Creo.

Cruzo los brazos y suspiro.

—A ver, cuéntame.

Peor que escaparse para follar a pelo con el amor de su vida e involucrarme no va a ser, así que lo más probable es que le haya enviado mensajitos al tonto del culo ese que no tenía ni treinta euros en la cartera, ni para echar gasolina en su cutre coche.

—No pensaba que me respondería y...

Me pellizco el puente de la nariz. Confirmado, de nuevo ha intentado recuperarlo.

—Cariño, déjalo ya, ¿de acuerdo? —digo en voz baja y le doy un apretón en la mano—. Hiciste el tonto, vale. Ahora olvídalo ya, es lo mejor.

Yo dando consejos... Ver para creer.

—Quique, va a ser difícil, aunque lo superaré. Si algo he aprendido es que él nunca se ha entregado como yo, que se reservaba algo y mentía.

—Me alegro de que hayas visto la luz —comento.

—Aunque me será difícil olvidarme de él —insiste con pesar—. Lo he querido tanto, tanto...

Niego con la cabeza, Yolanda va a tardar lo indecible en pasar página.

Me quedo callado, es mejor no darle carrete, así no tendré que aguantar más tonterías. Tarde o temprano asumiré que eso del «amor de tu vida» es una estupidez. El problema es que, mientras aprende la lección, estará hecha polvo.

—Pero no me refiero a mi exnovio, no ha sido él quien me ha respondido.

—¿Ya tienes un nuevo amante? —pregunto con cierta ironía y me llevo un pellizco.

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Un clavo saca otro clavo, ¿no?

—Hoy estás imposible —se queja Yolanda y no la culpo, no le estoy haciendo ni puto caso—. Lo que he hecho ha sido por ti. Es una forma de devolverte el favor, por todo lo que has hecho por mí.

—Dime que se puede fumar —digo en voz baja y recibo otro pellizco de regalo antes de responder.

—No, no puedes fumar nada. He hablado con... ella.

—¿Con Vivian? —inquiero interesado.

No es que necesite a una veinteañera para solucionar mis asuntos personales, no obstante, si me echa un cable, pues bienvenido sea.

—No, no he hablado con la novia de Lucas —dice recalcando lo de novia, por si no me había quedado claro.

—Déjate de misterios, joder.

—Le he mandado un mensaje a tu amiga Sun a través de su cuenta de Instagram y...

—¡¿Que has hecho qué?! —grito, y Yolanda se aparta.

—Pensaba que te gustaría —se justifica.

Me pongo inmediatamente de pie y la miro conteniendo mi cabreo. Ella no está en su mejor momento, pero se ha pasado tres pueblos y no sé si seré capaz de reprimirme.

—Yo pensaba que no respondería y que me mandaría a paseo —se justifica—. Hemos estado intercambiando mensajes y, de verdad, se ha interesado por ti.

—Joder... —mascullo dándole la espalda.

—He visto lo que publica. ¡Tu amiga es maravillosa! Tiene un estilo espectacular, es guapísima y encima trabaja.

—Deberías enumerar sus virtudes al revés, porque parece que una mujer trabajadora no pueda

ser elegante.

—¡Es que a veces algunas dejan de lado su feminidad por ascender en el trabajo y van hechas un adefesio!

—Lo has pensado y lo has dicho, ¿no? Joder, si te oyesen algunas...

—Da igual, es mi forma de pensar y no van a venir esas feministas radicales a enseñarme cómo ser mujer —arguye.

—Olvídate ahora de eso y dime de qué has hablado con Sun.

—Pues... —titubea y evita mi mirada.

—Yolanda, no me jodas.

—Verás, le he hablado de nosotros... —dice en voz baja y yo ni parpadeo, mientras espero a que lo suelte todo—... Bueno, de ti y de dónde estás.

Lo que me faltaba, pienso. No es que sea un secreto de Estado, sin embargo, accedí a entrar en este centro con la condición de que mi familia mantendría cierta discreción. Y es lógico, no me hace especial gracia que mis conocidos lo sepan. Martina accedió, claro. A ella, tan digna, correcta y conservadora, lo de tener un hermano descarriado no le conviene, mancha su reputación.

—Y me ha dicho que...

—¡Deja el puto suspense ya! —grito, a punto de perder las formas.

—Va a venir a verte.

—Me cago en la puta... —mascullo.

Si alguna vez llegaba la ocasión de reencontrarme con ella, desde luego el lugar escogido para hacerlo no iba a ser este.

—Bueno, pues escribe otro puto mensajito y le dices que no puede ser, que no han autorizado la visita o lo que se te ocurra, ¿estamos?

—Es que... —vuelve a titubear y a poner cara de niña buena, como si no hubiera roto un plato.

—Yolanda...

—Está a punto de llegar —dice y hace una mueca antes de mostrarme la pantalla del móvil, que le arranco de las manos.

Leo atónito el mensaje que le ha enviado Sun confirmándole que estaría encantada de verme y de paso conocerla a ella.

A punto estoy de estrellar el teléfono contra el suelo, pero me reprimo y se lo devuelvo.

—Quizá ya ha llegado —apunta con cierta cautela y hace bien, porque estoy a punto de estallar.

—No quiero verla.

—Mira, a lo mejor la he cagado ¿vale? Pero tú me has ayudado, has estado a mi lado y yo quería devolverte el favor de alguna manera.

—Yolanda, bonita, no necesito ayuda.

—¡¿Cómo que no?! —exclama y se levanta para enfrentarme.

Se sube al banco y así queda más a mi altura.

—Porque soy mayorcito.

—Pues déjame que te diga una cosa, Quique... —Me hace una pederreta y añade—: Estás aquí por haber llevado una mala vida, has decepcionado a mucha gente, igual que yo, no obstante, tu amiga está aquí.

—No me des discursos de mierda —le advierto.

—Cuando hablas de ella lo haces con cariño, se ve que la echas de menos. ¿Qué te cuesta?

—Es mi vida. ¿Entiendes eso, Yolanda?

—Una birria de vida, si me lo permites.

Parpadeo, no esperaba una «novia» tan respondona. Por lo visto, ha decidido sacar justo hoy el genio y probarlo conmigo.

—Siempre finges que todo te resbala —continúa y parece desatada—, el típico treintañero inmaduro y aburrido que no soporta a nadie, pero ¿sabes qué? ¡No me lo trago! Porque luego resulta que me cuidas, te preocupas por mí y hasta me das sermones como si fueras mi padre.

Resoplo, esto se veía venir.

—No te pases, que aún no he cumplido los cuarenta.

—¿Lo ves? Acabas de hacerlo. Dices una estupidez para que todos creamos que eres idiota, pero no lo eres y, aunque te jorobe, gracias a ti me he dado cuenta de que estaba metida en una relación tóxica y la próxima vez que me enamore tendré más cuidado.

—A ver si es verdad —mascullo.

—Y ya que tanto hablas de decir la verdad y de no hacer terapias chorras, ahora vas a probar tu propia medicina —dice casi gritando y me señala con una mano el edificio principal, donde se encuentra la sala de visitas.

—Ya no somos novios —le espeto.

—Podré superarlo —replica orgullosa y alza la barbilla—. Ahora soy más fuerte.

—Anda, bájate de ahí antes de que te caigas de morros —digo y le tiendo el brazo.

—No si antes no me prometes que hablarás con Sun.

—Qué remedio...

—Ven aquí, tonto —me pide y pongo los ojos en blanco mientras me acerco hasta estar a su alcance y que me abraza—. Ahora vas a dejar de ser un capullo, o de lo contrario...

—Yolanda, no tienes con qué amenazarme.

Se echa hacia atrás, sonrío y, aprovechándose de que está aún subida en el banco y me tiene a tiro, va y me besa.

Y no un beso rápido, no, sino uno con lengua y, la verdad, no lo hace tal mal. No sé qué me ocurre que, en vez de apartarla inmediatamente, respondo hasta que ella tiene la sensatez de poner fin a esta ida de olla.

—No vuelvas a hacer algo así —le advierto muy serio.

—Pues ya sabes, haz las cosas bien o la próxima vez me meteré desnuda en tu cama —me espeta y de un salto se baja del banco.

Y me deja aquí, plantado, desconcertado.

Joder, pienso y miro alrededor. ¿Nos habrá visto alguien?

En fin, espero que no, qué vergüenza.

Pero eso es lo de menos, ahora me toca enfrentarme a algo que llevo posponiendo desde hace tiempo, aunque después Yolanda me va a oír.

Capítulo 22

No me apetece una mierda, pero la amenaza de tener a Yolanda desnuda en mi cama hace que me dirija hacia la zona de visitas.

La conserje más desagradable que os podáis imaginar está de guardia.

—Hola, señor Doncel. Parece que al final sí se acuerdan de usted —dice con retintín.

—Fea, gorda y antipática, lo tienes todo, bonita —replico, porque sí, en efecto, desde que estoy aquí no ha venido nadie a verme, pero la razón es que yo no he querido.

—Gilipollas —farfulla.

—Buenos días, hermosa —le espeto.

Entro en la sala y busco a Sun con la mirada. Ahí está, tan fabulosa como siempre, aunque diferente. Ella repara en mi presencia y esboza una sonrisa antes de acercarse.

—Abrázame de una maldita vez —susurra con una sonrisa perezosa.

—Joder, Sun...

Ella se me cuelga del cuello y yo me veo obligado a rodearla con los brazos. Al hacerlo, primero me siento ridículo, sin embargo, poco a poco la sensación cambia por completo.

Es una estupidez sentimentaloides, seguro, pero no sé por qué experimento una sensación agradable, sin tensión.

Debería haber sido yo, pero es Sun la primera en apartarse. Me mira con una sonrisa tan sincera que, joder, no sé cómo cojones reaccionar. Yo esperaba alguna recriminación. Pero no, solo me abraza y me sonríe.

—¿Podemos salir a dar una vuelta? Aquí huele a desinfectante barato.

—Lo sé —coincido con una mueca—. Por desgracia, a las visitas no les permiten deambular por los exteriores.

—Yo no soy una visita cualquiera —afirma y se da media vuelta con decisión hasta la desagradable vigilanta, a la que le espeta—: Abra la puerta.

—Señorita...

—¡Que abra la puta puerta!

Hasta yo doy un respingo. La gilipollas de la celadora no se aparta, sin embargo, eso no desanima a Sun, que, aun siendo más menuda, pero más alta, se planta delante de la mujer y la aparta de un empujón.

Yo la sigo, claro, y aprovecho para levantarle el dedo corazón a la buena señora y decirle:

—Con la mierda de sueldo que ganas, qué bien tocas los cojones.

—Pondré una queja en dirección.

—Mejor dos, no seas miserias —replico, y sigo a Sun hasta el exterior.

La observo bien. Ha cambiado y no me refiero solo a su aspecto. Ha recuperado su color de pelo natural. Yo la acompañé a la peluquería cuando aún no había cumplido los dieciocho para teñirse de rubia.

—Esto es deprimente —murmura mientras paseamos sin un rumbo determinado por el

sendero de tierra.

—No echas sal a la herida —respondo y le señalo uno de los bancos metálicos descoloridos.

Cuando nos sentamos, pregunta:

—¿Te queda mucho para salir de aquí?

—Ya no falta apenas nada.

No es necesario añadir que he contado cada puto día y que he soportado la ansiedad, la mala hostia y otras desagradables sensaciones, con tal de superar esta jodida prueba y volver.

—Y esa chica, Yolanda, ¿vas en serio con ella?

Me aclaro la garganta, porque a saber qué le ha contado esa loca sobre nosotros.

—Tiene veinte años, Sun. Y yo no he ido en serio con ninguna chica en mi vida.

—Ah, pensaba que... habías cambiado —comenta y me mira de reajo—. Ya caerás... —añade, convencida de que tal posibilidad puede suceder.

Bueno, podría hablarle de la enfermera petarda, que me tiene bastante preocupado porque no es una más, pero opto por no mencionársela a Sun y así evitar preguntas incómodas. Más que nada, porque tampoco sabría bien qué responder.

—No es por ofender, Sun, pero que tú seas una romántica no significa que lo seamos todos.

—A ver, Quique, esto no tiene que ver con el romanticismo. Mírame a mí, he perdido media vida enamorada de un hombre y luego resulta que era una ilusión.

Tuerzo el gesto, porque yo estuve a su lado durante esos años en los que perseguía al «amor de su vida».

—Tiene que ver con la realidad —prosigue—, con los sentimientos, con la madurez...

Suspiro.

—Soy un inmaduro de manual —la interrumpo, y ella niega con la cabeza.

—Eso es lo que quieres que piense todo el mundo —me corrige.

Silencio, no tiene sentido que nos pongamos a intercambiar pareceres.

Sun sí ha cambiado, no solo en el aspecto estético, sino en su vida. Ya no es una niña rica con tiempo libre y ganas de diversión. Ahora trabaja, tiene una hija y además un marido. No lo critico, sencillamente es una vida que yo no quiero llevar. Como mucho, la parte de niño rico si cuando salga de aquí puedo recuperar mi asignación.

—¿Y qué piensas hacer cuando salgas? —inquire al cabo de un rato y me encojo de hombros—. Ya veo...

—Sun, ya me conoces...

—Eso suena a excusa.

Me pregunta por la mano vendada y le cuento toda la película. Nos reímos y hasta me felicita por haberme implicado en la vida de Yolanda, algo que la sorprende, pues me conoce muy bien y sabe que yo no me molesto por nadie. Le queda claro que las fotos de ambos juntos son solo un teatro y que ni loco me liaría con una chica tan joven.

Insiste en si tengo algún que otro rollete y le digo que nada serio. Le hablo de Amapola solo para desviar la atención, pero ella no se traga el cuento.

—Algo te estás callando...

Otro silencio. No sé si más incómodo que el anterior, o al menos más tenso. Todo ha empezado bastante bien, aunque poco a poco se está torciendo. No sé por qué se espera de mí que cambie, que haga algo productivo con mi vida. Joder, que no somos autómatas programados. Yo disfrutaba con mi día a día en el que las preocupaciones eran inexistentes y la diversión el motor.

—¿Te acuerdas de la canción que sonaba la primera vez que tú y yo...?

—¿Eso a que viene ahora? —pregunto sin comprender el brusco cambio de tema.

—A ver, es evidente que no vas a hablar de cómo te sientes ahora, por eso he buscado algo que te traiga buenos recuerdos —me dice con una sonrisa contagiosa.

—Claro que me acuerdo —refunfuño, aunque no estoy molesto—. Tú querías hacerlo con *Vogue*.

—A lo que te negaste en redondo —termina Sun la frase por mí.

Habíamos quedado en un hotel, de cinco estrellas, por supuesto, porque ambos no queríamos seguir vírgenes ni un verano más. Sun estaba enamorada hasta las trancas de un tío que la ignoraba y yo ni siquiera había dado el estirón y las chicas no me miraban con interés. Así que nos pareció una idea cojonuda. Hasta fuimos juntos a la farmacia a comprar los condones.

Una vez en la *suite*, ella sugirió poner música, a lo que yo no me opuse, hasta que oí los primeros acordes del maldito *Vogue* y, claro, me negué. Para no acabar mal, decidimos encender la radio.

—Pese a que *Sin miedo a nada* fue casi peor. Tener al moñas del Ubago cantando cuando uno está concentrado en no fastidiarla, no ayuda. Y la fastidié...

Fue un visto y no visto.

—Fue bonito —comenta ella y suspira—. Aunque sí, me quedé a medias. —Me da un empujoncito cómplice—. Menos mal que después me compensaste.

—Esta conversación es demasiado rara para soportarla a palo seco —afirmo y saco un canuto del bolsillo junto con el mechero.

—¿Qué haces?!

Lo enciendo, doy la primera calada y se lo ofrezco.

—Ni loca, ¿tú sabes las toxinas que tiene eso y los efectos negativos para la piel?

—Joder, Sun, no me amargues el momento, anda.

—Se supone que estás en un centro de desintoxicación —dice muy seria, aunque no me quita el porro, solo se aparta.

—Se supone, sí.

—Pues ya te vale —añade mirando a alrededor—. ¿Y si te pillan?

—¿Quieres o no?

Niega con la cabeza.

—No puedo.

Frunzo el cejo.

—¿Qué mierda de respuesta es esa?

Sun se pone de pie, camina un par de pasos, se da la vuelta y confiesa:

—Creo que estoy embarazada.

—Vaya, felicidades —digo sin mucho entusiasmo y más aún al ver su cara, no se la ve muy emocionada.

—No sé qué hacer —admite y vuelve a sentarse a mi lado.

—A ver, no te sigo. ¿No habías formado una familia chachi piruli?

—Sí, claro que sí —responde.

—¿Entonces? —inquiero y la cojo de la mano, a la espera de que me explique su situación. Siempre es mejor hablar de los asuntos de otros y así evitar tocar los propios.

Ah, y, por supuesto, me preocupo por ella.

—Verás, no me puedo quejar del marido que tengo. Es lo mejor que me ha ocurrido en la

vida.

—¿Y otro crío estropearía el matrimonio? —me aventuro, porque los hijos suelen ser una causa muy común de desgaste. O eso he oído.

—No, no es eso. Es que Daniel...

—¿Te ha dicho que no quiere más hijos y te has quedado preñada a traición? —sugiero y ella me fulmina con la mirada.

—Deja el drama, ¿de acuerdo? —me regaña.

—Lo siento, tanto tiempo encerrado aquí me ha trastornado —alego.

—El problema es que con la niña Daniel pidió una excedencia para cuidarla y así yo pude volver a mi trabajo. Y ahora que la niña ya va a ir al cole y por tanto el padre recupera su puesto, voy yo y de nuevo me quedo embarazada.

—Deduzco que no se lo has contado.

—No, antes quiero estar segura.

—Pues no sé qué decirte, Sun —contesto y soy cien por cien sincero.

—¿Y si estoy embarazada y decido no continuar?

—Joder —mascullo—. Yo soy el menos indicado para dar consejo en este tema y, ya puestos, en ninguno.

—Pero eres un hombre, ¿qué opinarías si una mujer con la que estás decide no seguir adelante?

—Teniendo en cuenta mi inmadurez y nula capacidad de lógica...

—Oh, por favor, deja de fingir que eres un niño, Quique —se lamenta— y échame un cable.

Vale, toca pensar en una respuesta, para empezar sincera, y que además no ofenda. Y también se acerque a la de una persona sensata.

—Yo querría saberlo —digo en voz baja—. Aunque también creo que la última decisión es de la mujer.

Sun se queda callada. Ha sido la respuesta más diplomática y menos comprometida de la historia. Pero es la verdad.

—¿Te acompaño a una farmacia para hacerte un test de embarazo? —pregunto ante su silencio.

No sería la primera vez, porque en uno de esos encuentros que teníamos, con las prisas y la tontería, nos saltamos el paso imprescindible del condón. Y Sun tuvo un retraso. Por suerte, fue solo un susto.

—No puedes salir de aquí —me recuerda.

—Tengo mis contactos —respondo, disfrutando del canuto.

—¿Sabes?, eres el mejor —me dice y después me quita el porro para tirarlo al suelo y aplastarlo.

—Eh, que aún no lo había terminado.

—Pues te jodes —sentencia y añade—: Anda, abrázame, que necesito un amigo.

Capítulo 23

—¿Qué tal te ha ido? —pregunta Yolanda mientras cenamos.

Quiero pensar, mientras mastico lo que se supone merluza en salsa verde, que se refiere a la sesión con el grupo.

Para no herir sensibilidades, he estado hora y media sin abrir el pico, pese a que el terapeuta ha intentado que participase.

—Una mierda, como siempre. ¿Y a ti?

—No me refiero a la sesión, ya sé que no te esfuerzas. Me refiero al encuentro con tu amiga.

—Eso me recuerda que estoy enfadado contigo y no te hablo —replico con un tono de voz cercano al de ella cuando se me pone cursi.

—Venga ya... os he visto por la ventana. Os habéis abrazado un buen rato antes de despediros.

—Encima de meticonas, cotilla.

Pese a todo, sonrío y así no pienso en la composición de la salsa verde en la que flotan dos raquíticas rodajas de pescado.

—¿No me vas a acompañar a la puerta de mi habitación, como un buen novio?

—No —respondo con sequedad y le señalo con el tenedor su plato, porque se lo ha comido todo.

—Hacer ejercicio me da hambre —dice tan pancha y abre la gelatina, ¿de limón?, que tenemos de postre.

—Me parece muy bien —murmuro sin entusiasmo.

Yo también levanto la tapa de la gelatina y el olor me recuerda, no sé, al del champú que te dan aquí. Menos mal que recibo de fuera un suministro regular de productos de higiene personal.

—Vaya porquería de novio tengo —se queja Yolanda exagerando.

—Tengo planes.

Frunce el cejo.

—Vas a ir a verla, ¿verdad?

—No preguntes. No te pongas pesada y deja a los mayores en paz.

No me termino la cena y, a pesar de lo que he dicho, acompaño a Yolanda a su habitación. Por alguna extraña razón, me siento responsable de ella. También es cierto que está llevando mejor de lo que pensaba su ruptura definitiva con ese imbécil al que consideraba el amor de su vida. Creo que el baño de realidad le ha sido beneficioso.

—No hagas tonterías —me dice a modo de despedida.

Evito darle una respuesta y me dirijo al punto de encuentro con Mauro, porque necesito provisiones e información. El precio que estoy dispuesto a pagar por ambas es una sudadera de Guess azul marino.

Me encuentro con él donde siempre y me entrega la maría sin hacer preguntas.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —inquire.

—Qué raro que no lo sepas. —Pone cara de no aguantar bobadas—. Defendí a mi novia. Mauro se echa a reír.

—Muchas novias tienes tú —comenta burlón.

—Soy un imán para las mujeres problemáticas —respondo con ironía.

—Sobre todo una —afirma y no hace falta mencionar su nombre.

—Qué perspicaz eres...

—Me lo imaginaba —murmura y me pasa el canuto—. Y de ella precisamente quería hablar.

—Pues yo prefiero no hacerlo.

—Aprecio a Vivian y es su vida. Acepta la situación tal como está o déjala.

—Vaya mierda de consejo —rezongo.

Salta a la vista que he pagado más de la cuenta, sin embargo, es más sensato no decir nada. Para lo poco que me queda aquí, no voy a arriesgarme a perder mi fuente de suministros. Me despido de Mauro y me encamino hacia la zona de enfermería. Sé que Vivian está a punto de acabar su turno, así que le pediré que me dé algo realmente fuerte para el dolor y después intentaré meterme en su cama.

Al personal del centro ya no les sorprende que campe a mis anchas por las instalaciones, incluidas las restringidas al personal. Han aprendido la lección: si me regañan, me portaré aún peor. Y como saben que soy inofensivo, se callan la boca. Sin olvidar que, como les pagan una mierda, la mayoría prefiere acabar su turno a la hora y no perder ni un minuto.

Camino tranquilo por el pasillo que conduce a la sala a la que sé que Vivian va al acabar su jornada; donde guarda esos medicamentos tan buenos y donde redacta sus informes. A medida que me acerco, oigo voces. Pero no de una conversación normal entre compañeros de trabajo, sino una discusión en toda regla.

—¿Cuándo vas a dejar de echarme en cara lo que ocurrió?!

Es la voz de Vivian.

—No te pongas histérica.

Y esta la del gilipollas de su novio.

—Pues deja de atosigarme. Te pedí un tiempo para reflexionar y lo único que has hecho es perseguirme y decirle a todo el mundo que nos vamos a casar —replica ella y percibo cabreo en su tono.

—¿Quieres abandonarme, no es eso? —pregunta él.

—No puedo seguir así, Lucas. Tenemos una relación tóxica...

—Ya, claro, ahora tenemos una relación tóxica... —repite el imbécil con ese tono pseudopaternalista que enerva a cualquiera.

—Sí, la tenemos, porque eres incapaz de superar lo que ocurrió.

—Perdona, Vivian, si me muestro tan dolido. No fuiste tú quien pagó las consecuencias de aquella noche.

Esto se pone interesante, así que me quedo cerca de la puerta escuchando. A ver si por fin me entero de qué ocurre entre ambos para que ella, además de ponerle los cuernos (algo que no critico), siga con él.

Se enzarzan en una discusión sobre detalles de su día a día. Lucas *el Arrogante* le recrimina que ella le evita y que apenas hacen planes juntos. Vivian le pide tiempo para sí misma y para sus cosas. Él vuelve a la carga y menciona su pierna ortopédica.

Yo no soy especialista en atar cabos, y menos cuando se refieren a asuntos ajenos, sin embargo, empiezo a unir piezas. El imbécil tiene una pierna ortopédica, Vivian sigue con él pese

a que da muestras inequívocas de que no lo soporta y él se aprovecha de lo que a todas luces es un sentimiento de culpabilidad.

—Sé que me has engañado con otros, aunque no tengo pruebas de ello —prosigue el idiota, acusándola.

—Y si lo sabes... ¿por qué no me abandonas? —lo desafía Vivian y con razón.

A ver, si a mí me han puesto los cuernos, la verdad, no me ha importado, pero tampoco sería extraño que por eso se acabara la relación. O no, yo qué sé, si nunca he tenido una.

—Porque estamos predestinados a estar juntos.

No me jodas... Otro que vive en la calle del Chicle rosa.

—Lucas, déjame en paz, por favor.

—No, he reservado mesa y quiero que vayamos a cenar juntos —insiste él—. Mis padres nos acompañarán.

—¿Para qué?

—Para hablar y acallar rumores. Si nos ven juntos...

—Estoy molida, llevo tres días haciendo horas extra —se excusa ella.

—Porque tú quieres. Sabes perfectamente que podrías tener un puesto de oficina. Solo tengo que hacer una llamada.

—No, no quiero sentarme a una mesa de oficina a leer informes. Me gusta mi profesión —se obstina Vivian.

A ver, yo no soy el más indicado, porque no he dado, ni pienso dar, un palo al agua en mi vida, no obstante, la entiendo, ya que tienes que pringar, al menos que sea en algo que te guste.

—Cámbiate, nos vamos —ordena el novio controlador.

—He dicho que no.

—¡Obedece! —grita él y ha sonado tan agresivo que decido intervenir.

Llamo con los nudillos a la puerta y pongo una cara de dolor.

—¿Se puede? —pregunto, mirándolo a él.

—¿Qué coño quieres?

Levanto la mano y respondo:

—El dolor es insoportable —miento, aunque si Vivian me pincha otra dosis de ese medicamento tan bueno, le estaría muy agradecido—. Y toca cambiar el vendaje.

Otra trola, porque puedo hacerlo yo mismo.

—Pasa y siéntate —dice ella y me da la espalda.

Lo más probable es que no quiera que le vea la cara.

—¿Por qué no le atiende otra enfermera? —refunfuña el idiota de Lucas.

Ya ha quedado demostrado que yo defendiendo chicas soy un inútil, sin embargo, me gustaría poder estamparle en medio de la cara tal puñetazo que lo dejara noqueado. Y, ya de paso, poder sacarlo de aquí a empujones. Al más puro estilo gallito de corral.

Sí, ya lo sé, las mujeres no necesitan defensores, pero oye, aún queda por ahí en nosotros un mínimo resquicio de hombre protector. No me culpéis por ello.

—Es mi responsabilidad —afirma Vivian, y yo, como si no supiera nada, me siento en la camilla, dispuesto a recibir atención médica.

Lucas *el Insensible* se queda cruzado de brazos, mirando cómo ella dispone el instrumental. Ojo, yo no entiendo de enfermería, pero creo que hay muchos más trastos de los que se necesitan. Sigo fingiendo dolor mientras ella me quita las vendas.

—Al final vamos a tener que llevarte al hospital —dice Vivian, tras palpar mi mano con

cuidado.

—A ver, déjame mirar —sugiere Lucas, y yo, en un acto reflejo, aparto la mano—. Soy médico.

A regañadientes, y para no comprometer a Vivian, se lo permito y el muy bruto palpa con fuerza. Evidentemente, yo protesto y siseo como si tuviera todos los huesos rotos.

—Joder, eso duele.

—Parece que no hay nada roto —afirma él.

Qué hostia tiene...

—No me quedo tranquila —lo contradice ella—. Voy a llevarle al hospital.

—¿Estás loca?

—¿Sabes quién es su familia? —El cornudo frunce el cejo—. Nos pueden demandar si esto se complica. Es mejor no arriesgarse.

—Está bien —accede el tonto del culo—. Yo me encargo.

—No, ya lo hago yo. No puedes dejar plantados a tus padres.

Me siento igual que un niño pequeño al que utilizan como moneda de cambio, lo admito.

—De acuerdo —accede el tocahuevos a regañadientes—. Pero date prisa. Con un poco de suerte, aún puedes llegar a la cena.

—Lo dudo —murmuro, ganándome una mirada de odio de él. Y como estoy hasta los cojones de permanecer callado, añado con voz clara y firme—: Como no se me atiende de forma correcta y profesional, os voy a poner una demanda que lo vais a flipar. Por incompetentes, ya que esta lesión me la he hecho dentro del centro y habéis intentado curarme de forma chapucera. ¿Entendido?

Vivian mantiene una expresión seria, ambos sabemos que esto me lo hice por jugar a ser un héroe.

—Muy bien, señor Doncel —dice Lucas *el Raposo*—. La señorita Rosales se encargará de todo.

Por suerte, el idiota sabe cuándo retirarse y nos deja a solas. Miro a Vivian y le pregunto con sorna:

—¿Me vas a llevar en ambulancia?

—Cállate —replica negando con la cabeza, aunque de buen humor.

—Me debes una y bien grande. Te he librado de una cenita con los suegros.

—¿Qué tal si te compenso de forma creativa? —propone, y yo replico:

—Prepara la aguja, dame un chute de eso bueno que tienes por ahí y luego puedes ser todo lo creativa que quieras.

—Ya...

A pesar de su tono escéptico, prepara una dosis, me pide que le enseñe el culo y se dispone a pincharme como si fuera a ponerme una banderilla, llegando incluso canturrear.

Sin embargo, se echa a reír cuando empuja el émbolo y tira el líquido que tanto ansío.

—No te preocupes, era suero.

Jodida enfermera petarda.

Capítulo 24

—Esto no se parece en nada a una sala de urgencias —comento, tras cerrar ella la puerta de la habitación en la que vamos a pasar la noche.

Obviamente ni nos hemos acercado al hospital. No sé cómo se las ingeniará para el informe. Me la refanfinfla, la verdad.

—De eso se trata. Salvo que... —Vivian deja la pequeña bolsa de viaje sobre el escritorio y me mira arqueando una ceja—... salvo que tengas una extraña y sugerente fantasía con el tema médico de fondo que quieras llevar a cabo.

—Interesante reflexión, sin duda —murmuro y si bien lo más lógico sería tumbarla sobre la cuestionable cama y follármela, creo que jugar un poco no viene mal—. ¿Qué traes en esa bolsa?

—De todo un poco.

—Dime que has incluido algo potente.

—¿Qué prefieres? ¿Algo que te deje sumido en un estado de modorra o el disfraz de enfermera cachonda?

Sonrío.

—¿Sinceramente?

Ella asiente.

—La droga más fuerte que tengas.

—¿Seguro? —inquire con aire pícaro—. Podría hacerte cosas muy malas...

—Me las vas a hacer de todas formas.

Vivian se echa a reír y acto seguido se desprende de la sudadera y me muestra su pecho, cubierto por un anodino sujetador deportivo.

Mira que he visto lencería sugerente, incluso la he regalado, porque, seamos sinceros, nos pone como motos ver determinadas prendas sobre el cuerpo femenino, aunque, según Vivian, son incómodas e inútiles.

—¿No tienes nada mejor que ofrecer? —pregunto y me doy cuenta de que toda la lencería es innecesaria en este caso. Ella me pone cachondo con cualquier cosa.

Eso hace que me pregunte si todos estos años he estado equivocado al fijarme en las prendas excitantes más que en la mujer que las llevaba. Supongo que mi vida ha sido superficial en todos los aspectos.

Ella, con una sonrisa enigmática, mete la mano dentro de la bolsa y extrae lo último que esperaba: dos rollos de vendas, uno de esparadrapo y un paquete de algodón.

—Desnúdate y tumbate —ordena señalando la cama—, voy a hacerte las curas.

—¿En pelotas?

—Me gusta innovar.

No voy a discutir, ya sé que esta noche la vamos a pasar juntos en esta cutre habitación, porque si bien a la entrada del hotel había una placa con tres estrellas, deduzco que son de adorno.

Me deshago de la ropa y en un pispás me tumbo en la cama, desnudo y excitado, dispuesto a que ella se encargue de todo.

Se acerca, camina despacio y deja caer las cosas a un lado antes de empezar a quitarse ella también su ropa. Trago saliva cuando Vivian se sube a horcadas sobre mí y se frota contra mi polla.

—Y ahora...

Ese murmullo no presagia nada bueno, porque la veo desenrollar el primer paquete de vendas y acercarse a mi muñeca, la sana. Sin que yo oponga resistencia, da dos vueltas y después me levanta el brazo para llevarlo hasta el cabecero y atarlo.

Repite, esta vez con más cuidado, la operación con la mano dolorida.

—¿Y mi chute? —pregunto.

—Esto va a ser a palo seco —responde, y yo frunzo el cejo.

Claro que quiero follar, sin embargo, me apetecía otra dosis de ese medicamento que me deja tan relajado.

Cuando me tiene amarrado al cabecero, se inclina y me besa. Yo respondo, obviamente no como me gustaría, pues mis movimientos son limitados. Vivian acuna mi rostro y toma el control. Hasta me muerde el labio inferior y musita:

—Cierra los ojos...

Con la venda que aún le queda, me los cubre y no quiero imaginarme lo ridículo que debo de estar. Cuando finaliza su trabajo de «enfermera», vuelve a besarme y a gemir. Claro que yo lo hago con mayor vehemencia, pues estoy a su merced.

Oigo su respiración y siento la suavidad de sus labios al acariciarme el torso con ellos. Lo hace despacio y con delicadeza. Entonces me asalta una duda:

—¿Y el esparadrapo?

Vivian se ríe.

—Solo lo utilizaré en caso de emergencia.

Eso ha sonado peligroso, ¿verdad? Joder, y me encanta.

Sus labios ya están a la altura de mi polla y noto su aliento sobre la punta. Jadeo pese a que todavía no me ha tocado como espero que lo haga. Cuando lo hace, pese a estar más que preparado para ello, suelto unos de esos gemidos inequívocamente obscenos, seguido de:

—Joder, qué puta pasada.

—Te conformas con muy poco —susurra ella y me aprieta las pelotas—. Esto no ha hecho más que empezar.

Su comentario es cien por cien veraz. Juega conmigo con descaro y sin pudor alguno, mientras yo tiro de las vendas, ya que su boca no solo rodea mi polla, sino que además succiona con habilidad. Y, por si fuera poco, con las manos tantea en las zonas adyacentes, poniéndome más cardíaco si cabe.

Cada vez que acerca un dedo a mi trasero es inevitable que yo me tense de arriba abajo. Sé lo que quiere hacer y sé también que pretende distraerme. Podría decirle que no voy a oponerme. Es más, lo disfrutaré, pero no se lo voy a poner tan fácil. Que se esfuerce un poco.

Y lo está haciendo, pues con la lengua me recorre toda la punta, presiona y hasta deja que sus dientes me rocen, creando una combinación perfecta que, como es lógico, solo tiene un camino.

—Voy a correrme en tu boca —le digo de forma innecesaria, pero en estos casos cualquier comentario «guarrete» anima la situación.

—De eso se trata —añade, y un dedo hace amago de colarse en mi culo.

La reacción instintiva es negarle el paso, no obstante, hace tiempo que aprendí a disfrutar de todas las posibilidades y, si se hace bien, es una puta pasada.

Vivian lo sabe y por ello no arremete a lo bestia, sino que acaricia la zona, estimula, hasta que va penetrándome y entonces acelera los movimientos de su boca.

Las jodidas vendas resisten más de lo que yo esperaba, pues a pesar de tirar de ellas como un poseso debido a la intensidad del momento, no se rompen.

Ella gime mientras continúa chupándola de manera muy erótica, pero nada que ver con la intensidad de mis gemidos, mezclados con las palabras más soeces que se me pasan por la cabeza.

Estoy a punto de correrme. Vivian tiene que saberlo y no se aparta. Así que cuando ocurre, cuando eyaculo en su boca y ella no escupe ni hace aspavientos, me viene a la cabeza el título de una película porno: *La mamada perfecta*.

¿Qué? Uno puede controlar sus actos, pero sus pensamientos son otro cantar.

—Ahora es mi turno —anuncia en voz baja y yo, que estoy sumido en una modorra casi igual que la que producen las drogas, no pillo a la primera el sentido de su frase.

Aunque al notar cómo gatea por mi cuerpo, primero para besarme y después para susurrarme que está ardiendo por mi culpa, me hago una idea.

Y la pista definitiva es cuando, manteniéndome atado, se sienta sobre mi cara para que yo, con la lengua como único recurso, le dé placer.

—¿A qué esperas? —pregunta, y noto su impaciencia.

—Me has dejado KO —admito—. Así que dame unos minutos.

Es mentira, claro, nada me apetece más que meter la lengua en ese coño mojado y bien caliente.

—Vaya, qué desilusión, al final tendré que ocuparme yo del asunto —me provoca y, pese a que no puedo ver un carajo con la venda, noto cómo mete la mano entre sus piernas y comienza a masturbarse.

—Déjame, anda.

Obedece y reajusta la postura para que me sea más fácil acceder a todos los puntos sensibles. Mientras me afano en ello, escucho ensimismado cada suspiro, cada jadeo y alguna que otra palabra subida de tono. Vivian no es tan soez como yo, pero se acerca bastante.

También ayuda moviéndose y buscando ella misma el contacto. Me hubiera gustado disponer de al menos una mano libre y de esa forma penetrarla por delante o por detrás, según el caso, o incluso azotarla. Aunque reconozco que comerle el coño estando atado es morboso de cojones.

Sus jadeos evidencian lo cerca que está de alcanzar el clímax, de ahí que mi vena más sádica haga acto de presencia y mi lengua deje de ser tan certera. Vivian protesta, como es lógico.

—Ni se te ocurra dejarme a medias como...

No termina la frase y si bien yo ahora no tengo la cabeza para pensar con claridad, sí intuyo que su novio no le da todas las alegrías sexuales que merece. Así pues, a la porra mi idea de ser malote.

—Eso está mejor... —gime y me agarra del pelo, haciéndome cierto daño. Algo que por supuesto me excita.

Pese a haberme corrido en su boca, la tengo otra vez tiesa y a punto. Confío en que ella haga algo al respecto.

De momento me ocuparé de dejarla satisfecha y para ello nada mejor que concentrarme en su sexo y en sus gemidos. De tal forma que después Vivian se sienta en deuda conmigo y yo me

aproveche.

Presiono con la lengua, con agresividad, y ella grita, se restriega, me ordena que siga, que sea aún más contundente. No es fácil estando atado, así que levanto el cuello para utilizar mis pocos recursos disponibles, labios y lengua, hasta que ella se corre.

Si yo respiro de forma errática, Vivian ni os lo cuento. Se aparta despacio y se levanta.

Oigo sus pasos alejándose y después el clic de la puerta del baño. Joder, no voy a tener un ataque de pánico, pero tampoco me quedo muy tranquilo.

—¿Vivian? —la llamo tras unos minutos en silencio.

No obtengo respuesta, lo cual me inquieta más. A ver si lo que he oído es el clic de la puerta principal y no la del baño.

—Joder...

Muevo la cabeza, confiando en tener algo de suerte y que la venda que me tapa los ojos se deslice hasta darme algo de visión. Pero no, está tan prieta que no lo consigo.

Resoplo.

—¡Esto no tiene ni puta gracia! —grito.

Otro buen rato, que lo mismo son treinta segundos, pero se me hacen eternos, sin oír nada, hasta que de repente me llega el inconfundible sonido de la cisterna del baño, seguido del chasquido de la cerradura.

—Estás tan mono así, tan sumiso, tan empalmado... —se burla, y yo hago una mueca, porque es evidente que mi polla va por libre, no la afecta la situación.

—¿Y cuánto se supone que voy a quedarme así? —replico con sarcasmo—. Lo digo porque empiezo a no sentir los brazos.

Mentira, claro, porque ella ha sabido amarrarme sin que yo sufra más tensión de la necesaria como para echar un buen polvo y crear expectación.

—Pobrecito —se burla en voz baja.

Noto que se sienta junto a mí y su mano recorre mi brazo desde la muñeca hasta la axila. Lo hace con delicadeza y me resulta extraño que una mujer me toque justo en el sobaco. Y que encima me guste.

—¿Me desatas ya? —pregunto—. Me apetece meterte mano.

Oigo la risa de Vivian mientras sigue recorriendo mi brazo con la yema de los dedos.

—Qué poco aguante. Yo que tenía intención de abusar de ti un par de horas más —replica con tono sugerente.

—A ver, abusar puedes abusar cuanto quieras, pero antes ponme un chute de los buenos y ya verás lo sumiso que soy...

—Si lo hago no tendría gracia.

Capítulo 25

Al final me tuvo atado un buen rato más, hizo conmigo cuanto le vino en gana y encima no me puso una de sus inyecciones mágicas. Ahora bien, disfruté como un puto loco con sus malvadas atenciones.

Y es que con mujeres como Vivian, decididas, imaginativas, da gusto follar. Con curvas, algo de tripita y lencería poco o nada erótica. Y no solo en el acto propiamente dicho, sino también antes y después.

Ya hace mucho que pasé la etapa de meterla y correrme. Ahora quiero iniciativa, anticipación, que me provoquen. Que mi mente se active e imagine un sinfín de posibilidades y que después me sorprendan con las que ni siquiera me he planteado.

Eso ocurrió anoche.

Me quedé recostado sobre su pecho, mientras ella me peinaba con los dedos y me daba un suave masaje, quizá para aliviarme el cuero cabelludo, porque antes me había tirado del pelo con saña. El caso es que no hubo necesidad de hablar. Nos quedamos callados y yo experimenté una sensación cercana al bienestar. Y no solo producto de la satisfacción sexual, sino de algo más. Algo que no he sentido en mi puta vida. Bueno, si exceptuamos los momentos de ir colocado, obviamente.

Por eso me está afectando, porque ahora en mi organismo no hay ninguna sustancia artificial.

Si estoy despierto tan temprano es porque he tenido que levantarme para cambiarle el agua al canario y al volver a la cama ya no me he dormido. Vivian duerme a mi lado, y yo, como amante atento, la estoy abrazando. Y si continúo despierto pese al maratón sexual de anoche es porque la puta cabeza no deja de decirme que... Bueno, a ver cómo lo expreso para que no resulte confuso o, lo que es peor, cursi.

La principal cuestión es que, de ahí mi desconcierto, quiero seguir viendo a la mujer que tengo entre mis brazos. Y cuando digo «seguir viendo» me refiero a... (cuidado, que no me entre el pánico), a salir con ella. Lo que viene siendo una relación.

Joder, ya está, he sido capaz de ponerle nombre. Y hay algo curioso, tras hacerlo no me siento gilipollas.

Sí, mierda, un poco gilipollas sí me siento, aunque quizá desconcertado también me define.

Claro que en estos menesteres no todo es pensarlo, ahora toca pasar a la acción y creo que el primer paso es hablar con ella, obviamente.

Aprovecho, ya que la tengo a mi lado, para besarla en el hombro y de paso acariciarla entre las piernas, que nunca está de más.

—Hummm... —musita y se revuelve un poco entre mis brazos—. No quiero follar, prefiero un buen desayuno.

—Pues vístete y vete a buscarlo —replico con guasa.

Vivian se vuelve y quedamos cara a cara.

—Vaya porquería de amante que me he echado —se lamenta y me pone morritos.

Yo tuerzo el gesto. Sin querer, me ha dado pie a plantear el asunto.

—Sobre eso quería hablarte...

Recorre mis labios con la yema del dedo. No quiere que diga nada, hasta un tonto podría darse cuenta de ello. Sin embargo, no voy a permitir que me distraiga, sobre todo porque ahora que por fin le voy a echar un par de huevos (o más) al asunto, no voy a recular.

—Vivian... esta noche ha sido...

—Ya lo sé —me interrumpe—. Pero aunque me joda, debemos volver.

—Se supone que hemos ido a un hospital público y que allí tardan horas en hacer unas pruebas...

—Bueno, si los políticos no se dedicaran a desmontar el sistema para que las compañías privadas de salud ganen millones...

—¿De verdad nos vamos a poner a hablar sobre eso ahora? —pregunto frunciendo el cejo, porque solo he ido una vez a un hospital público en mi vida y vaya mierda.

—No, mejor nos vestimos y nos vamos.

—¡Espera un puto minuto! —exclamo y la sujeto como puedo hasta inmovilizarla bajo mi cuerpo. Como ella va a intentar desviar la conversación de nuevo, voy directo al grano—. Quiero volver a verte, Vivian. Y no me refiero a echar un par de polvos, joder.

—No te pongas en plan chulito. Y deja de decir chorradas. Sabes que tengo novio.

—Un gilipollas al que le pones los cuernos, sí, no me lo recuerdes.

—Sé por dónde vas —dice, y noto la tensión—. Quieres que le deje. Pues no voy a hacerlo.

—¿Por qué?! —grito frustrado.

—Llevamos tiempo juntos —responde, y suena como la peor excusa del mundo.

—¿Y? Te follas a otros, yo diría que esa relación no es muy sólida.

—Mira, Quique, no lo entenderías. Es complicado. Y ahora deja de jugar y suéltame.

—Dime qué cojones te ata a él.

—Lo quiero. Punto —dice, y sin ser yo un experto en gestos, me he dado cuenta de su escasa credibilidad.

—Mientes de pena, que lo sepas —replico molesto.

—¿Discutir te pone cachondo? —inquieta y, joder, justo ahora se me pone dura. Lo que me resta credibilidad.

—Te deseo, ¿eso te extraña? Pues a mí no. Y por eso te lo repito, deja al imbécil de tu novio.

—Escucha, Quique, dentro de unos días te largas del centro, vuelves a tu vida de niño pijo...

—Ya, ¿y? ¿Eso qué cojones tiene que ver?

—Volverás a tu rutina, incluyendo ponerte hasta las cejas, como has estado haciendo este tiempo. Pero tranquilo, a pesar de los *shows* que montáis Yolanda y tú para dar el cambiao, no diré nada y tendrás unos informes ejemplares.

—¿Es el pago por mis servicios como amante? —le espeto con rabia, porque a ella no le he pedido nada; no la he tratado como a Amapola o a Esperanza.

—Podría decirse que sí —admite, y eso me duele, joder.

Me duele y es un sentimiento con el que no sé lidiar. Es desconocido. Ahora bien, de brazos cruzados no me voy a quedar.

—¿Quieres que hable yo con tu novio? —le pregunto, y por su expresión deduzco que se lo ha tomado como una amenaza.

—Me da igual. Ya está acostumbrado.

Me aparto con rabia. Queda implícito que soy el entretenimiento de turno.

—¿Él también se folla a otras? —pregunto levantándome de la cama.

Vivian me da la espalda, yo busco los pantalones y me los pongo con gestos bruscos, asqueado y rabioso.

—A veces —responde cuando creo que ya no va a hacerlo.

—Qué modernos sois en este pueblo —comento con acritud.

No hay más que hablar. Recogemos nuestras cuatro cosas y salimos del hotel. No merece la pena ni recordar el nombre.

Conduce en silencio, yo tampoco digo nada y me limito a sufrir en silencio, porque ni ha encendido la radio. Mejor, porque si oigo ahora cualquier canción, la aborrecería para el resto de mi puta vida.

Una vez de vuelta en el centro, ella aparca en la zona de empleados. No hay despedidas, solo una mirada de cabreo por mi parte y creo que por la suya es de «Se acabó, no le des más vueltas».

Voy en busca de Yolanda y me reúno con ella en mi cuarto. Me mira a la espera de que le hable de mis sentimientos. Pues va lista, porque estoy que echo chispas.

Como ve que no suelto prenda, dice:

—Has caído con todo el equipo.

—No digas bobadas —refunfuño, y añado tras quitarme la camiseta—: Voy a despelotarme, date la vuelta.

—Verte desnudo no me afecta —dice y suspira.

En vez de hacerme caso, se acerca a mí y me abraza. Con fuerza. Bueno, no mucha, porque sigue estando en los huesos, pero aun así el detalle es lo que cuenta.

—Enamorarse es...

—Una puta mierda —remato yo la frase.

—No, idiota. Es algo bonito, aunque difícil, sobre todo cuando no nos corresponden.

—En primer lugar —digo separándome de ella y mirándola a los ojos—, no estoy enamorado de nadie. Nací sin ese gen.

Yolanda se burla con una pedorreta.

—Mientes. Y escúchame, porque yo sé lo que es estar enamorada y luchar por un amor no correspondido.

—Tranquila, no me verás echar la pota —rezongo y sé que me he pasado tres pueblos—. Oye, lo siento, estoy muy cabreado ahora mismo, no me lo tengas en cuenta.

—Has sido muy bueno conmigo, como un padre. Te perdono —responde con una sonrisa.

—No te pases, que solo te saco quince años, Yolanda.

—A lo que vamos, soy una experta en relaciones fallidas. He luchado por un chico que no se merecía ni una lágrima.

—Nadie se merece eso —comento en voz baja.

—Y sabes que no aprecio mucho a Vivian —apostilla.

Hago una mueca. Más bien la odia, porque... bueno, da igual el motivo. En el mundo chachipiruli de Yolanda no caben mujeres como ella, que engañan a sus novios.

—Sin embargo, veo que tú... la quieres.

La fulmino con la mirada.

—Que me guste follar con ella no significa que...

—Si solo fuera eso... —Yolanda es incapaz de decir «follar»—, no te afectaría.

—Noticia de última hora, querida: a algunos nos gusta echar un polvo con mujeres que saben

bien lo que se hacen, de ahí mi interés. No te empeñes, no estoy enamorado.

—Lo estás, hasta las trancas —me contradice, y creo que hasta se jacta de ello.

—Vamos a dejar el temita de los cojones —le propongo, y saco ropa limpia, porque me voy a dar una ducha.

—Y vas a luchar por ella.

La fulmino de nuevo con la mirada.

—Ja, ja, ja. Me parto y me troncho. ¿Algún chiste más de mal gusto?

—Tienes treinta y cinco años, Quique, no seas infantil. ¿Me parto y me troncho? Esa expresión está desfasada.

—Mocosa...

—El amor verdadero, cuando se encuentra con un obstáculo, no se rinde, solo se fortalece.

—No me jodas... —mascullo y me peino con los dedos—. Vas a conseguir que vuelva a las drogas, con tanta cursilada.

—Tú me has ayudado a superar lo de mi novio, me has mostrado la luz, yo te voy a ayudar a ti.

—Una cosita, Yolanda, guapa, no te metas en cosas de mayores. Vivian tiene novio y no va a dejarle, aunque sea un gilipollas de manual y con certificado oficial de la Escuela de Gilipollas.

—Lucas es buena gente —me contradice—. Pero tú eres mi amigo.

—Pues muchas gracias —le espeto—. Pero no te metas.

Como hay confianza, termino por despelotarme delante de ella y caminar enseñándole el culo hasta el baño. Afortunadamente, no me sigue. Así que mientras me ducho, intento aclararme las ideas. Llego a la conclusión, pasando por alto las moñadas de Yolanda, que lo más importante es que vuelva a mi plan original. Salir de aquí y enfrentarme a mi hermana, demostrándole que me he olvidado de mis adicciones. Martina aflojará la pasta y yo volveré a mi vida. Sin enfermeras que me controlen ni me hagan cometer estupideces, como pensar más de la cuenta en una mujer.

—¿Sabes?, en el fondo la envidio... —dice Yolanda cuando salgo de la ducha, tapado solo con la toalla.

—¿Perdón?

Ella, como si fuera lo más del mundo, se acerca y con otra toalla me seca el pelo y después me pasa la ropa para que me vaya vistiendo.

—Yo, si tuviera dos hombres peleándose por mi amor, también me haría la difícil para comprobar hasta dónde están dispuestos a llegar.

—Yolanda, cielo, déjalo ya, ¿de acuerdo?

—Y me quedaría con el más decidido, el más constante. Así tendría claro que de verdad le importo. Que no soy un capricho pasajero.

—Es que Vivian es un capricho pasajero —miento para que me deje tranquilo con la sesión sentimentaloides que me está dando sin yo pedirlo.

—Eso no te lo crees ni tú —se burla.

—Ni se te ocurra hacer nada, que nos conocemos —le advierto.

No responde, se limita a sonreír y a peinarme con los dedos.

Capítulo 26

En contra de todo buen juicio, la junta del centro ha considerado que he superado el programa de rehabilitación y que, por tanto, recupero mi libertad.

He llamado a Sun y hablado un buen rato con ella para contárselo. Ahora que he recuperado a mi mejor amiga, no voy a ser tan gilipollas de perderla de nuevo.

Yolanda, otra buena amiga con la que me esforzaré por mantener el contacto, está a mi lado mientras hago la maleta. No me voy a llevar apenas nada, pues anoche le di a Mauro algunas prendas sin nada a cambio, a modo de agradecimiento, porque, además de hacer negocio, me ha escuchado y aguantado.

—Eres un cobarde, lo sabes, ¿verdad?

—Pásame el cargador del móvil.

Yolanda no ha dejado de darme la turra con sus extrañas y desfasadas ideas sobre qué ha de hacer un hombre para demostrar su amor. Sí, tenéis mi permiso para vomitar.

Vivian no ha querido ni verme y yo no voy a hacer el imbécil por ella. Ahora tengo otros objetivos. Ninguno importante, sin embargo, olvidarme de ella corriéndome una buena juega puede servir.

—Quique, me estás ignorando.

—¿Lo has notado? —comento sarcástico.

Cierro la maleta y miro a Yolanda. No quiero ser desagradable, no obstante, me lo pone muy difícil con sus teorías.

—Te voy a echar de menos —dice, y le hago un gesto para que se acerque.

Nos abrazamos.

—Yo también —admito, porque si bien a veces es un grano en el culo, lo cierto es que gracias a sus problemas me he dado cuenta de que no soy tan insensible como creía y además me ha ayudado a recuperar mi relación con Sun. Claro que ellas ahora intercambian mensajes y no sé si eso es bueno.

Al abrazarla, me siento como si fuera ese hermano mayor que hace bien las cosas. Pero como tampoco quiero que esto sea demasiado serio, le levanto un poco la camiseta y le doy un pellizco donde se supone que debería haber un michelín.

—Vaya, ya tienes un poco de carne que agarrar —me burlo.

—¿Ah sí?

—Ya verás, dentro de un año volverás a tener unas tetas de escándalo —añado, confiando en que así sea. Joder, nada me gustaría más.

—¿Me estás tirando los tejos?

—No, por Dios.

—Ah, bueno, es que ahora, con eso de recuperar peso y tal, vuelvo a tener ganas de... ya sabes.

Me aparto de ella como si fuera leprosa.

—Mira, seguro que hay alguien por aquí cerca, de tu edad, con el que desahogarte —sugiero con cierta cautela.

Yolanda se echa a reír a carcajadas.

—¡Qué cara has puesto! —exclama entre risas.

—No tiene gracia.

—Vaya que no.

Cuando por fin deja de descojonarse a mi costa, nos damos otro abrazo.

Ella insiste en acompañarme hasta la salida. Mientras nos dirigimos hacia la puerta, donde me espera un coche que mi hermana ha enviado, algunos trabajadores me miran aliviados porque me largo. Nos cruzamos también con residentes a los que les he soltado cuatro verdades, pero siguen sin asumirlo, y que también me miran aliviados.

—Adiós, hermosa —le digo a la vigilante, que sigue sin afeitarse el bigote.

Como soy así y no puedo evitarlo, le pedí a Mauro que me consiguiera unas bandas de cera depilatoria y me las saco del bolsillo para dárselas.

—Cabrón.

—De nada.

—¿Era necesario? —me pregunta Yolanda una vez fuera.

—Sí. Que se joda.

El conductor coge la maleta para subirla al coche y después me abre la puerta trasera.

—Te voy a echar tanto de menos... —susurra Yolanda y volvemos a abrazarnos.

—Y yo a ti.

No quiero que esto se convierta en una despedida pastelosa. He prometido seguir en contacto con ella y me esforzaré en cumplirlo.

Me subo al coche y, tras abrocharme el cinturón, miro por la ventanilla por si Vivian estuviera observándome. No, no hay rastro de ella. Estoy seguro de que está al tanto de mi marcha y que, si me está viendo, lo hace desde un lugar discreto.

No quiero pensar en ella.

Me pongo los auriculares y cierro los ojos.

Cuando vuelvo a abrirlos, me doy cuenta de que nos acercamos a la civilización. A mi apartamento. Supongo que Martina se habrá encargado de que se paguen los gastos. No me extrañaría que mi hermana la diligente me presentara un informe detallado al respecto. Un informe con el que limpiarme el culo, porque nunca me he preocupado del mantenimiento y el coste.

El conductor, tras entregarme un juego de llaves, se ofrece para llevarme la maleta hasta la puerta y yo lo despacho sin miramientos. Doy por hecho que se trata de un lacayo de Martina y que la informará de si entro en casa o me voy de fiesta.

Tal como esperaba, todo está limpio, ordenado. Y sí, también hay provisiones en la nevera y los armarios. Nada de alcohol, todo muy sano.

Me dejo caer en el sofá desde el que observaba a los colegas divertirse en una de mis legendarias fiestas, o a gente follando, esnifando o bebiendo. Cojo el móvil, dispuesto a organizar cuanto antes otro de esos encuentros, uno de puta madre.

Abro la lista de contactos y entonces me doy cuenta de algo deprimente: ni uno solo de esos que se hacían llamar amigos y se emborrachaban y colocaban conmigo me ha enviado un puto mensaje en todo este tiempo. Nada.

Estiro las piernas y me siendo una puta mierda aquí solo, consciente de que solo era gente

aprovechada, que me hacían de palmeros mientras yo tenía dinero y lo pagaba todo.

Reviso una vez más los mensajes y me percató de que sí hay alguien que se ha acordado de mí.

Sun: Echo de menos a mi mejor amigo.

Sé que ahora tienes la cabeza en otros asuntos, pero acuérdate de mí,
¿vale?

Un día de estos, no me hagas esperar mucho, tenemos que quedar
para hablar, reír, llorar o lo que nos dé la gana.

Inspiro hondo, porque esto no debería afectarme, pero lo hace. Recurriré a las pirulas que aún me quedan para soportarlo.

Claro que quiero quedar con ella, preguntarle qué decisión ha tomado y apoyarla en todo. Pero como bien intuye Sun, necesito unos días.

Le respondo:

Yo: Claro que sí, guapi.

Quiero que me presentes a tu niña.

Te llamo la semana que viene, ¿de acuerdo?

Sun: OK

Así da gusto. Sin presiones.

Voy al siguiente whatsapp y se me escapa una media sonrisa al ver un gif de dos gatitos jugando con una pelota y la frase «Friends 4ever» parpadeando sobre sus cabezas. Obviamente, conozco muy bien a la remitente. Podría repetirle que no soporto cursiladas de este tipo, no obstante, me rindo a la evidencia y le envío otro gif de dos manos chocando los cinco.

—Joder —mascullo, al darme cuenta de que acabaré siendo tan cursi como Yolanda.

* * *

Pensaba que no iba a soportar las siguientes veinticuatro horas en mi casa sin cometer una estupidez, pero aparte de un par de canutos, no he caído de lleno en el vicio. Al menos no todavía. Y sí, he pensado en Vivian y en llamarla, para que al menos tenga la decencia de explicarme por qué. Sin embargo, al final he optado por mostrarme indiferente. Igual Yolanda tiene razón y Vivian está esperando que yo haga una serie de estupideces típicas de novelas y pelis románticas para conquistarla. Pues lo lleva clarinete.

Con las ideas aún turbias, porque no sé qué carajo voy a hacer con mi vida, paso todo el día mano sobre mano. Mi hermana me ha dejado una tarjeta de prepago con un mísero saldo por si quiero pedir comida a domicilio o sacarme el bonobús, no te jode. Otra a la que le voy a dejar unos días para que rumie y se inquiete pensando qué estará haciendo. La conozco bien. Martina se maneja de puta pena en la incertidumbre. Su afán de control no la deja vivir.

* * *

Pero cuarenta y ocho horas después de obtener la libertad, soy yo el que se sube por las

paredes. He intercambiado mensajitos chorras con Yolanda, otros más serios con Sun, pero me aburro aquí encerrado.

Ya he encargado un nuevo vestuario, que costeará la empresa familiar. Y no he sido muy ahorrativo que digamos. Y como no tengo nada mejor que hacer, le envió un whatsapp al secretario de mi hermana, un tío bastante majete, y le pido que me mande un coche. Me ha respondido otra persona diciendo que es ahora su nueva asistente. Bueno, me la sopla.

* * *

Mi familia posee varias empresas, aunque la joya de la corona son las refinerías. Una de esas adjudicaciones a dedo que obtuvo mi abuelo por apoyar al bando correcto. Me trae sin cuidado, si no revisaron en su día aquellas contratas, ya no nos las van a quitar a estas alturas.

En las oficinas centrales me conocen, claro, incluso, ironías de la vida, tengo un despacho. Pero si quisiera ir allí, tendría que preguntar su ubicación. Mi padre pensó que yo ocuparía su puesto. Ya sabéis, esas cosas de padre e hijo; no obstante, se dio cuenta de que yo hundiría el negocio en un visto y no visto. Y por si Enrique Doncel sénior no lo tenía claro, mi hermana se encargó de recordárselo.

En fin, nunca he ambicionado el puesto, me conformo con mi generosa asignación y privilegios. Mi apellido todavía funciona.

El despacho que usa Martina es el principal. A ese sí sé ir sin ayuda. Por eso me encamino hacia allá y no espero a que la secretaria, perdón, asistente, de mi hermana me anuncie. No sé qué habrá pasado con su anterior secretario. Supongo que se hartó de la estupidez de Martina.

—¡Ya estoy aquí! —me presento, y ella, que está en medio de una videoconferencia, me hace un gesto para que me calle.

Me acerco al carrito de bebidas, que ella no toca nunca, porque no bebe alcohol, y destapo la licorera para servirme una generosa cantidad. Hasta arriba, sin hielo. Con la única intención de ver su cara.

Tiene que mantener el tipo mientras habla con el fulano de la videoconferencia en francés. ¿Os he dicho ya que Martina, además de ser odiosamente eficiente, habla tres idiomas?

Doy un sorbo, mejor dicho, me mojo los labios, y espero a que acabe. Me paso por el despacho que antaño fue de mi padre, cuidando de no entrar en el ángulo de la webcam. Tampoco voy a joderle los negocios, que de ellos depende mi asignación.

Todavía no he pensado una cifra concreta que exigir, antes veré qué me ofrece Martina.

—No te esperaba hoy por aquí —dice mi hermana cuando acaba, sin disimular su desagrado.

Yo me encojo de hombros y me siento frente a ella. La observo y me doy cuenta de que tiene ojeras y está algo más delgada de lo habitual. Y eso que siempre ha sido un fideo, porque mide uno setenta y cinco.

—Yo también me alegro de verte —replico sonriente.

—Ya he sido informada de que has cumplido tu parte del trato.

—Así me gusta, directa al grano —digo, y dejo caer con desdén la tarjeta de prepago, que, por desgracia, he tenido que usar.

—Antes me gustaría hablar contigo.

—Ese no fue el acuerdo. Ahora estoy limpio, por tanto, tú seguirás siendo la mandamás de esto y yo viviré mi vida.

—Sin drogas ni excesos ni escándalos —me recuerda y, aunque nunca me he preocupado mucho por ella, algo me dice que no está bien.

Inspira como si estuviera cansada y hasta se frota las sienes. Va perfecta, Martina nunca iría con aspecto desaliñado, pero... no sé, algo me dice que está pasando algo.

—¿Te encuentras bien? —pregunto y no sé cuál de los dos está más sorprendido ante mi interés.

—Sí, gracias por preguntar.

—Pues no lo parece.

Lo que no parecemos nosotros somos hermanos, joder. Nos estamos tratando con una fría cortesía que da asco.

—Son asuntos míos, no te preocupes —apostilla.

—No me dejas más tranquilo, la verdad.

—¿Martina? —interrumpe su secretaria—. Vivian por la línea uno.

Mi hermana la fulmina con la mirada y yo parpadeo. Y al volver a mirar a Martina, pienso que la cara que ha puesto la delata y me doy cuenta de que aquí hay gato encerrado.

Capítulo 27

—¿Qué le digo? —insiste la secretaria.

—Luego la llamo.

—No —intervengo yo—. Activa el altavoz. Quiero oír esta conversación.

—¿Desde cuándo te interesan los negocios?

—Algo me dice que esa llamada no tiene mucho que ver con la empresa —replico amenazante.

Y por la expresión de Martina sé que he dado en el clavo.

—Déjanos solos —le pide a su secretaria y activa el manos libres de su teléfono—. Hola, Vivian, me pillas ocupada.

—Ah, lo siento...

Cierro los ojos un segundo. Es ella. ¿Qué se traen estas dos?

—No importa. ¿Qué tal va todo?

—De puta pena —responde la enfermera.

—¿Qué ha pasado? —se interesa Martina y por cómo hablan sé que no se trata de una relación profesional.

—Lucas...

Mi hermana sabe qué se cuece en esa relación.

—Joder —exclama.

Doy un respingo, mi hermana no suelta un taco, aunque la pinches con agujas.

—Mira, te llamo luego, ¿de acuerdo?

—Es que... he hecho algo... —murmura Vivian y yo contengo las ganas de estampar el teléfono— imperdonable.

—Si te refieres a abandonar a ese cabrón, tranquila, yo te apoyo —afirma Martina y, oye, esta versión de mi hermana, más vulgar, me gusta.

Resulta que a lo mejor sí es humana y todo.

—Es sobre tu hermano...

—Vivian, no —la interrumpe y, antes de pueda cortar la llamada, se oye perfectamente:

—Me he enamorado de él...

La línea se corta, de eso se ha encargado Martina.

La miro a la espera de una explicación. Mi hermana se levanta y me da la espalda, seguro que está buscando las palabras precisas para que no me encienda.

—¡Habla de una puta vez! —grito de mala hostia.

—Conozco a Vivian desde hace tiempo... —comienza en voz baja, sin mirarme—. Mejor dicho, conozco a la familia de su novio.

Quizá debería haber prestado más atención a las amistades de Martina.

—Lucas procede de una familia parecida a la nuestra.

—Nosotros no somos una familia —comento con acritud—. Somos una corporación

empresarial.

Martina no replica nada. Sabe que tengo bastante razón.

—El caso es que, cuando sugerí que ingresaras en un centro de rehabilitación...

—Ordenaste, querida hermana —la corrijo.

—Llámallo como quieras. El caso es que, conociéndote y como cualquier adicto, temía que con tu labia engañases al personal y consiguieras sustancias ilegales.

No se fiaba de mí. ¿Veis? Martina es jodidamente perspicaz. No la culpo, ahora bien, me cabrea de lo lindo.

—Gracias por tu voto de confianza —comento sarcástico.

—No te hagas el mártir, Quique —dice y por fin se da la vuelta para hablarme a la cara—. Por eso contacté con Vivian. Ella es una profesional y era imprescindible que alguien te vigilara.

—Y de paso te informara de mis progresos —añado y Martina asiente.

—No me culpes por ello, a pesar de todo, eres mi hermano y me preocupo por ti —dice y su tono sensiblero no me lo trago.

—Déjate de polladas, Martina. Tú controlas a todo el mundo y no ibas a permitir que yo me escapara de tu radar. Así que ahórrate el sentimentalismo y habla claro.

—Vivian vigilaba tus movimientos y tus medicamentos... —admite y no puedo permanecer sentado más tiempo.

Esto empieza a resultar, además de surrealista, una cabronada.

—¿Perdón?

—Era evidente que te las apañarías para engatusar a alguien... Por eso Vivian revisó las pastillas y te las cambió por otras más inofensivas.

—¿Cómo dices?!

—No iba a permitir que dejaras una adicción para empezar otra, ¿no te parece? —se justifica.

—¿Y qué coño he estado tomando? —pregunto y al hacerlo le doy a la razón a mi hermana. Me la suda.

—Vitaminas —responde y tuerce el gesto—. Vivian pensó, y con razón, que necesitabas reponerte, fortalecerte y de paso engañarte.

—Efecto placebo —digo al darme cuenta de la artimaña.

—Sí, así es —me confirma—. Y confío en que te funcione.

—Así que mientras yo ingería pirulas para calmar la ansiedad, dormir por las noches y aguantar un día más en el punto centro, me estaba vitaminando.

Martina se limita a asentir.

—Joder...

—En teoría, hasta estar recuperado del todo no debías enterarte de nada.

—Resumiendo, que no pensabas decírmelo.

—No.

—Tiene que ser agotador controlar a todo el mundo —digo en tono acusatorio.

—¿Sabes? Mamá no me habla más que lo imprescindible desde que te obligué a ir al centro de rehabilitación y papá me ha pedido varias veces que ceda, sin embargo, no he querido.

—Porque quieres todo el control —la acuso, señalándola con un dedo—. Y te importa una mierda a quién hagas daño.

Ella niega con la cabeza.

—Te equivocas, Quique —murmura, se deja caer en su silla y cierra los ojos un segundo. Si se pone a llorar, desde luego que la nominen para los Goya—. No podía quedarme de brazos

cruzados viendo cómo te destruías poco a poco, rodeado de gente que te reía las gracias, te sacaba el dinero y por detrás chantajeaban a papá para que les diera más dinero y no filtrar tus fotos comprometedoras.

Frunzo el cejo, no tenía ni puta idea de eso. Aun así, Martina no tiene derecho a controlar mi vida, por muy hermana mayor que sea.

—¿Y no era mejor decírmelo y que yo tomara mis propias decisiones?

—Estabas sumido en una espiral de gilipollez y autodestrucción —alega y, bueno, es cierto, llegó un momento en que no escuchaba a nadie.

—Aun así, soy adulto.

Mi hermana pone los ojos en blanco.

Que conste, sigo cabreado con ella, o, mejor dicho, con ellas. Con Martina por manipuladora y con Vivian por cómplice y mentirosa. Aunque el resultado haya sido que yo haya visto un poco claro lo que en realidad era mi vida. Ojo, eso no significa que ahora vaya a comportarme de forma ejemplar. Joder, todavía tengo que montar una fiesta de la hostia y divertirme.

—Pero tu plan ha fallado, hermanita —me burlo—. No contabas con que la enfermera follara conmigo. Aunque, visto con perspectiva, fue una idea brillante para tenerme entretenido.

—No, no contaba con ello —admite dándome la razón—. Sin embargo, si te soy sincera, me alegro de que por fin le haya puesto los cuernos a ese cabronazo de Lucas.

Otro taco en boca de mi hermana. Interesante.

Y si analizo las palabras, extraigo otra revelación, ¿yo no he sido un entretenimiento más?

—Háblame de ellos —le pido, dispuesto de una vez por todas a enterarme de qué se cuece en esa relación.

—Como te he dicho, conozco a Lucas y a su familia desde hace tiempo. Él me presentó a Vivian y desde el principio me pareció una chica estupenda. Seria y trabajadora.

—Déjate de halagos y ve al meollo de la cuestión.

—¿Te interesa Vivian? —pregunta con cierto retintín.

—No desvíes la atención y desembucha.

—Lucas era un buen tío, pero el accidente lo transformó en un tipo amargado, resentido y, sobre todo, vengativo.

—¿Accidente?

—Fue tras una fiesta familiar. Él había bebido más de la cuenta y Vivian insistió en conducir. —Martina hace una pausa y se nota que la afecta—. Lucas, como muchos hombres, se empeñó en no dejarle el coche, bobadas típicas masculinas, pero al final accedió, con tan mala suerte que cuando faltaba poco para llegar al apartamento que compartían, el coche se salió de la calzada al intentar esquivar a un peatón que iba borracho. Lucas, cabezota y prepotente, no llevaba puesto el cinturón, así que, debido al golpe, se le seccionó la pierna.

—Hay accidentes a diario —comento, esperando que me cuente algo más importante.

—Lucas no lo asimiló. Ya era algo arrogante, pero se volvió insufrible, déspota, cruel y, como te he dicho, lo peor de todo, vengativo.

—Un angelito, vamos.

—No te burles. Todos los que lo conocíamos observamos sus desplantes, su actitud de enfado constante y, peor aún, cómo ninguneaba y ofendía a Vivian sin motivo. La culpaba a ella del accidente.

«Hijo de puta santurrón», pienso, tras escuchar a Martina.

—Pues no entiendo por qué sigue con él.

—En cierto modo, se siente responsable y, pese a todos los desprecios, ha estado a su lado y gracias a ella Lucas vuelve a caminar sin muletas.

—¿Y eso le da derecho a tratarla como a una puta mierda?

—No, y se lo he repetido cientos de veces. Ha intentado dejarle, pero Lucas consigue de nuevo convencerla.

—Supongo entonces que su vía de escape es ponerle los cuernos y yo he sido el tonto de turno.

Martina niega con la cabeza.

—Aunque te parezca extraño, es la primera vez que lo hace. Y sé bien de lo que hablo.

No pongo en duda sus palabras, pues parece conocer de primera mano el asunto. Pese a ello, me cuesta aceptarlo, pues conmigo Vivian se ha comportado de una forma tan resuelta, que es inevitable pensar que engañar a su novio forma parte de su rutina.

—Y ahora, si quieres mi sincera opinión, creo que no eres el indicado para Vivian. Me alegro de que se lo haya pasado bien contigo, ahora bien, tenerte como pareja es un castigo divino.

—Vaya, gracias por la confianza —rezongo, fulminándola con la mirada.

—Es la verdad. La inmadurez y la falta de compromiso son tu bandera —afirma, dejándome a la altura del betún y, por si ya no hubiese sido lo bastante sincera, añade—: Y no lo niegues, porque siempre te has jactado de ello.

Ahora que sé los pormenores de la historia, debo decir que no me siento mejor. Más bien lo contrario. Y yo que creía que la seducía y resulta que Vivian buscaba una vía de escape. Me está bien empleado, por cambiar mi rutina respecto a las mujeres.

Como ya no tengo mucho más que hablar con Martina, pues solo queda un asunto, le exijo sin contemplaciones que llame a quien le dé la puta gana para que mis tarjetas de crédito y mi cuenta bancaria queden desbloqueadas dentro de diez minutos. Ah, y que se ponga en contacto con el departamento financiero de la empresa para que mañana, a más tardar, tenga un vehículo nuevo a mi disposición. Obviamente de gama alta.

Ella anota mis peticiones sin dejar de mirarme de reojo. Para la empresa, mis gastos son deducibles, ya sabéis, imaginación contable, lo que a ella la jode es que yo haya superado su maldita prueba.

Cuando estoy a punto de marcharme, pregunta:

—¿Qué vas a hacer si Vivian te llama?

Finjo que me lo pienso y luego respondo con desdén:

—Mandarla a la mierda.

Capítulo 28

Una vez fuera del edificio, miro los mensajes. Tengo uno de Yolanda pidiéndome por favor que la llame, que tiene algo importante que contarme, sin embargo, yo no estoy para sus moñadas. Luego, más tarde, cuando esté en casa aburrido, le daré un toque a ver qué me cuenta.

Como no tengo nada que hacer y no me apetece comer solo, aunque podría ir a casa de mis padres, pero aún estoy resentido porque hayan apoyado a Martina, llamo a Sun y le propongo comer juntos.

Ella acepta encantada y me manda la ubicación de un restaurante. Como hasta mañana no tengo vehículo, pido un taxi.

Cuando el taxista se detiene y me indica que hemos llegado, miro suspicaz el barrio en el que estamos y el local. Pago la carrera y, no muy convencido, me acerco al restaurante.

—Pareces horrorizado —dice una voz cantarina a mi lado.

—Dime que no vamos a comer aquí.

Sun me coge del brazo y sonrío.

—Yo también pensé lo mismo la primera vez que me trajo Daniel.

—Tu marido es demasiado proletario, querida.

—Eso no te lo discuto, pero ya verás lo bien que se come.

No es cuestión de poner pegas, así que para dentro que vamos. Mi horror va en aumento, porque las mesas con esos manteles de plástico barato gris dan un poco de grima.

Una vez sentado, se acerca el camarero, con su libretita a la vieja usanza, y nos canta los platos.

Solo por pura maldad le pido:

—¿Nos trae la carta de vinos, por favor?

Sun se ríe con disimulo y el chaval replica:

—Señorita Peralta de la Merced, su amigo es un gilipollas.

Dicho esto, se larga.

—Anda, ya te vale —me regaña con cariño Sun.

—En otros tiempos tú habrías hecho lo mismo —replico, porque he sido testigo de sus rabietas cuando no tenían el aliño adecuado o las copas no eran las correctas.

Ella asiente.

No merece la pena darle más vueltas al asunto, así que le pido encarecidamente que elija por mí, pues no tengo ni idea de cómo cocinan aquí y no está la cosa como para solicitar la presencia del chef para que me explique el menú.

Nos sirven con rapidez y eso se agradece.

Sun me muestra infinidad de fotos de su hija, acompañando cada instantánea con un comentario. Joder, es que se derrite hablando de la niña.

Al hablar de hijos es inevitable preguntarse si uno quiere pasar a formar parte del club, sin embargo, prefiero no responder. Soy un inmaduro, ¿recordáis?

Le pregunto por el tema que me comentó durante su visita al centro. Se notaba que la afectaba mucho.

—Fue una falsa alarma —responde con un suspiro—. Ni siquiera llegué a comentárselo a Daniel.

Parpadeo.

—¿Soy el único con el que has hablado del asunto? —Sun asiente—. Joder, cuánta responsabilidad...

—Solo necesitaba que un buen amigo me escuchara, Quique —dice mirándome a los ojos.

Trago saliva. Mierda, no quiero ponerme sensiblero con ella; bueno, ni con ella ni con nadie.

—Vaya cara me has puesto.

—Es que no ando muy fino —me disculpo.

—Vale, te perdono. Y ahora cuéntame qué planes tienes...

—Sun, no te emociones —digo y esbozo una sonrisa triste—. No voy a cambiar.

Me mira fijamente, como si me estuviera escaneando, para finalmente decir:

—Ya lo has hecho.

—No me jodas —protesto.

—Recibo mensajes de tu amiga y me lo cuenta todo, querido.

—Yolanda es una bocazas, no te creas nada de lo que dice.

—¿No la has ayudado? ¿No pegaste a su novio por engañarla? ¿No le has dado consejos sobre moda?

A medida que describe mis «hazañas» me siento raro. Ese no soy yo.

—Estaba aburrido —me justifico.

—Eso no te lo crees ni tú —me contradice seria.

—Estoy organizando una fiesta que va a ser el ejemplo perfecto de desfase. A la que estás invitada, obviamente.

Es una mentira a medias, pero algo tengo que decir para que no me siga dando la turra con eso del cambio. Joder, que no, que voy a volver a ser el de antes.

—No te esfuerces, Quique —murmura con cariño.

* * *

Regreso a mi apartamento con un sabor agridulce. Por un lado me siento jodidamente bien, pues hay asuntos, como mi amistad con Sun, que me recuerdan los buenos tiempos, cuando todo me importaba una mierda y divertirme era mi única aspiración. Sin embargo, ahora que de nuevo tengo recursos, soy incapaz de organizar una puta fiesta, de ahí el sentimiento agridulce.

Bueno, no pasa nada por posponerlo un par de días.

Busco en el neceser el último blíster de pirulas y me echo a reír. Vitaminas. Vamos, no me jodas. Saco dos y me las tomo a palo seco.

Después me voy al salón y me tumbo en el sofá, cierro los ojos y pienso...

Pienso en todo lo que he sabido hoy. En si las revelaciones acerca de Vivian me han de hacer cambiar de opinión. En si, ya que estamos, yo he de mover ficha. Si Yolanda estuviera aquí me soltaría un rollo sobre el amor verdadero y polladas así.

—¡Joder, Yolanda! —exclamo, al acordarme de su mensaje.

Intuyo que será una estupidez, sin embargo, le prometí mantener el contacto y, aunque me

quede con dolor de huevos tras escucharla, cojo el móvil y la llamo.

—¿Por qué no has respondido antes a mis mensajes? —me pregunta nada más descolgar.

—Cálmate —digo con un suspiro—. Y venga, cuéntame eso tan importante.

Mi intención es fingir que me interesa y aguantar el chaparrón murmurando de vez en cuando «Ajá», «No me digas» y «Puede que tengas razón», porque hoy no estoy de humor para contradecirla.

—Verás... —comienza y noto su agitación— anoche, durante la cena, ocurrió algo...

—Yolanda, cielo, que sirvieran comida decente no es para tanto —digo con desdén.

Quiero flagelarme, compadecerme y para eso hay que estar solo. Para que sea más deprimente, ya me entendéis.

—¿Te quieres callar, bobo? —me riñe—. Te voy a mandar el vídeo, porque no vas a dar crédito.

El teléfono emite un pitido. Qué rapidez, pienso. Aunque ahora no me apetece verlo.

—Hazme un resumen, por favor —le pido.

—Anoche, durante la cena, de repente atenuaron las luces, lo que nos sorprendió a todos, claro. Pensamos que se trataba de una bajada de tensión... —Suspiro, me va a contar toda la película con pelos y señales—. Pero no era eso, porque empezó a sonar una música vieja, de gente muerta.

—¿Clásica? —apunto resoplando. Esta conversación tiene visos de ir a durar demasiado.

—Sí, de esa. El caso es que Lucas se acercó a la mesa donde cenaban las enfermeras, y es raro, porque nunca entra en el comedor, por eso nos fijamos todos. Se detuvo junto a Vivian y...

—Yolanda, guapa, no quiero saber nada de ella —la interrumpo.

—Calla, que esto te interesa. Lucas hincó la rodilla y ahí, delante de todo el mundo, ¡le pidió matrimonio!

No debería importarme una mierda, pienso, no obstante, me siento como si me hubieran dado una patada en la espinilla. No, espera, un poco más arriba, en los huevos.

Confío en que se me pase pronto.

—Y, pásmate, todos estábamos emocionados ante un gesto tan romántico y listos para aplaudir en cuanto Vivian dijese «Sí, quiero», para después darse un beso de película.

—Ajá —susurro y me doy cuenta de que me jode más de lo que estoy dispuesto a admitir ante nadie.

—En cambio..., agárrate, ¡ella le rechazó!

A lo mejor se me pasa el dolor de huevos antes de lo que pensaba.

—¿Y?

—Le dijo que no le quería y que era mejor no hacerse más daño y...

—¡Sigue, coño! —grito al teléfono, porque no soporto el suspense.

—Que estaba enamorada de otro —concluye y la línea se queda en silencio.

No soy capaz de quedarme tumbado, así que me levanto y me paseo por el salón con el móvil en la mano.

—Joder, joder, joder...

—¿Quique, sigues ahí?

—Sí —gruño.

—Es que aún hay más.

—No me digas...

—Lucas se tomó mal el rechazo y, claro, empezó a insultarla llamándola desagradecida,

oportunista y unas cuantas cosas feas más que no voy a repetir. Vivian se echó a llorar y todos nos quedamos *plof*.

Dejo el teléfono sobre la mesita de centro, con el altavoz activado, mientras me paso las manos por la cara. ¿Qué carajo se supone que debo hacer yo ahora?

—Vale, gracias por contármelo.

—¡¿Y no vas a hacer nada?! —me grita Yolanda—. ¿Ella ha sido valiente y tú te vas a quedar de brazos cruzados?

—No es tan sencillo.

—Jopeta, Quique, se supone que yo soy la veinteañera gilipollas y tú el adulto responsable.

—Nunca he sido responsable en mi puta vida. No voy a empezar ahora —replico.

—No digas chorradas. El amor todo lo puede.

—Mucho has tardado en soltar una cursilada. —Me río sin ganas.

—Pues mueve el culo, idiota. Una pareja ha roto por tu culpa, lo menos que puedes hacer es ir a buscarla a ella, ser un hombre.

—¿Tú en qué siglo vives?

Me despido de Yolanda porque no estoy de humor para discutir con ella.

Mi intención era flagelarme y ahora tengo más argumentos, además, descargo el vídeo que me ha enviado Yolanda.

Pulso Reproducir...

Capítulo 29

Vivian

—Dime que esto se pasa... —se lamenta Martina, mientras la ayudo a levantarse tras vomitar.

—Bueno, no te voy a mentir, cada embarazo es diferente —le digo, y ella me pone cara de pena.

—Joder... y solo estoy en el tercer mes.

Regresamos a la cocina, a ver si consigue retener algo del desayuno. Martina se sienta y yo me ocupo de todo.

—Oye, de verdad, muchas gracias por acogerme... —le repito, porque tras la discusión con Lucas, o, mejor dicho, su monólogo lleno de insultos, la única parte positiva de ese bochornoso incidente es que todos los presentes pudieron ver lo ruin y vengativo que es mi ex; porque sí, por fin es mi ex.

—Tranquila. Hay sitio y me viene bien tener compañía.

Teniendo en cuenta que este apartamento ronda los trescientos metros cuadrados, decir que hay sitio es un eufemismo.

—Solo serán unos días. Mientras busco trabajo y apartamento. En ese orden.

—Ya te he dicho que no tengas prisa, Vivian. Y no hace falta que busques trabajo, yo puedo...

Levanto una mano impidiendo que continúe.

—No quiero favores, Martina.

—Pues eres tonta. Podrías incorporarte a la empresa, en el consultorio.

Niego con la cabeza.

—¿Crees que mi hermano se enfadará? Pues que lo haga, maldita sea. ¿Por qué nosotras siempre somos tan imbéciles de desaprovechar una oportunidad?

—Tu hermano —aún me cuesta decir su nombre— pensará que soy una...

—Mujer lista, que sabe ver una buena oportunidad cuando se le presenta —responde Martina convencida. Estira una mano y coge la mía—. Cuando es al revés, a ellos no les importa recurrir a la amistad para conseguir un puesto. Así que piénsatelo, ¿de acuerdo?

—Vale, lo haré —murmuro, aunque no, ni hablar.

Ya lo que me faltaba. Si muchos creían que estaba con Lucas debido a los negocios de su familia, ahora no voy a ser tan ilusa y echar más leña al fuego.

—Y con Quique, ¿vas a mover ficha? —me pregunta.

—Esa es la pregunta del millón —suspiro.

—Ya sabes lo que pienso de él. No te conviene, es un mimado inmaduro incapaz de comprometerse.

Tuerzo el gesto.

—Bueno sí, pero...

—Todo lo contrario que tú.

—Se supone que debes animarme, intentar que solucione las cosas.

—Somos amigas y Quique es sin duda la peor elección —afirma convencida.

—Y también se supone que quieres a tu hermano —añado con cierto sarcasmo.

—Sabes que me preocupo por él y que es un caso perdido. ¿Cuánto crees que habrá tardado en correrse una buena juerga? ¿En invitar a su apartamento a esa panda de gorriones que lo saquean sin piedad?

—Si lo sabes, ¿por qué has vuelto a abrirle el grifo?

Martina se frota las sienes antes de responder.

—No soy su madre y ya no puedo más. Me rindo, que haga lo que le salga de... ahí. Ahora me voy a centrar en mí, que bastante tengo. Aún no se lo he dicho a mis padres.

—¿Perdona? ¿Cuántos años tienes?

—En mi familia las cosas funcionan de modo más tradicional... —responde y entonces añade —: Ay, maldita sea, lo siento. Yo quejándome por estar embarazada cuando tú...

—Tranquila, ya lo he superado.

Bueno, es una forma de autoengaño. No es que siempre haya estado loca por tener hijos, pero cuando aquella noche, la del accidente, me desperté en urgencias y me dijeron que había perdido al bebé que esperaba, intenté convencerme de que no era el momento y que más adelante ya habría ocasión. El problema es que no la hubo, porque se complicó todo. O más bien yo dejé que se complicara, pues estuve más pendiente de ayudar a Lucas que de mí misma. No atendí las señales, no me hice las revisiones ni el tratamiento adecuado. Todo mi tiempo y mi preocupación fueron para él.

Y cuando las pruebas me dijeron que ya era demasiado tarde, que como mucho tenía un cinco por ciento de volverme a quedar embarazada, tampoco quise hablar de ello ni contárselo a nadie. Dejé que se quedara ahí, en un rinconcito. Solo me hice un tatuaje como recordatorio, algo bonito que tapase la tragedia. Lo importante era que Lucas volviera a andar.

Nunca le hablé de ello y cuando retomamos nuestra relación y me planteó la idea de tener hijos, él pensó que yo no quería. Tuvimos buenas broncas por el asunto, pero yo seguí callando.

Muchos se preguntarán por qué he soportado a un hombre como Lucas tanto tiempo. Seguro que más de una y de uno entenderán el caos que el sentimiento de culpabilidad crea en una persona.

Aunque es verdad, he tardado demasiado en romper con todo.

Y observad el resultado: sin casa, porque obviamente al apartamento que compartía con Lucas no puedo volver, y sin trabajo, pues si bien aún no me ha llegado la carta de despido, estará al caer.

Martina es una buena amiga. La conocí porque me la presentó Lucas, sus familias se trataban desde hacía tiempo. Ella está al tanto de mis secretos, mis miedos y mis dudas. Y sé que ofreciéndome un trabajo en su empresa no quiere ofenderme, no obstante, prefiero rechazar su oferta. De algún modo sería un conflicto de intereses, ¿no opináis lo mismo?

Martina tiene que ir a la oficina, no se queda a descansar a pesar de que yo se lo recomiendo. Me desea lo mejor y, dejándome un tanto confundida, deposita sobre la encimera un juego de llaves.

No hay que ser muy espabilada para saber de qué apartamento son.

¿Os doy una pista?

No es del que estoy en este momento...

* * *

Seguro que habéis leído un sinfín de novelas románticas en las que uno de los dos protagonistas, por norma general él, hace lo indecible por recuperar a su pareja. Esa es la teoría, claro, porque Quique no ha dado un solo paso de acercamiento. Supongo que el motivo no es otro que, al enterarse de los manejos que nos traíamos Martina y yo, se haya sentido manipulado.

Así pues, soy yo quien tiene que mover los hilos.

Lo más sensato sería olvidarme de él, al fin y al cabo, no ha sido más que un momento en la vida de ambos. Una locura, una ida de olla, un calentón. Cualquiera de las tres definiciones es perfecta para explicar lo que pasó entre nosotros.

Su hermana no deja de recordarme que es el tío más inmaduro, egoísta y menos interesado en ser fiel a una mujer. Que su prioridad en la vida es divertirse a toda costa, sin importar el daño que se haga a sí mismo y a los demás.

Bueno, no niego que a primera vista es la imagen que da y que incluso se esfuerza en mantenerla. Por eso lo sensato sería pasar página, sobre todo ahora que por fin he roto con Lucas, pero ¿alguien sabe dónde está el botón de *reset* de una persona? Yo no lo encuentro y por eso quiero ser por una vez una inconsciente y lanzarme a la piscina.

Ahora bien, tampoco lo voy a hacer sin antes tantear un poco el terreno, así que he estado pensando en la forma de abordar el asunto.

Si de algo me he dado cuenta, y pocas personas se han esforzado en verlo, es que Quique se esconde tras su papel de niño. Es un tipo con las ideas un poco confusas, aunque algo me dice que en el fondo las tiene claras. O quizá no le conviene tenerlas, se ha acomodado. Pero durante su estancia, pese a obstinarse en dar por el culo en las diferentes terapias, al menos asistía. Y por supuesto, también está su actitud con Yolanda y cómo la ayudó. Joder, ha sido gracias a él que esa chica ha salido adelante.

Vale, con un método poco o nada ortodoxo.

Sin embargo, todo esto no son más que excusas, la verdad, aunque me cueste aceptarla, es que me he colgado del todo. Yo pensaba que a estas alturas ya estaba curada de espanto y que la posibilidad de enamorarme no existía; después de mi relación con Lucas había tirado la toalla. Y, mira por dónde, me he equivocado.

La única parte que tengo clara es que debo ir a su apartamento y sorprenderlo. Pero he aquí el quid de la cuestión, ¿cómo se sorprende a un niño pijo hastiado de todo y acostumbrado a que le hagan la pelota?

Idea número uno: buscarme en un bazar o tienda de artículos eróticos el disfraz de enfermera guarrilla. Sí, ese que a mi modo de ver ofende bastante a las enfermeras.

Un poco de seriedad, por favor, que tengo alguna cana.

Descartamos la idea, ¿verdad?

Vamos con la segunda.

Le monto una fiesta sorpresa, aunque no con esos buitres de los que me ha hablado Martina que le sacan hasta los higadillos. Una fiesta más decente y nada cursi. Sin globos o pancartas de «bienvenido». No, por favor, Quique vomitaría.

De ahí la dificultad, porque, y es triste, no tiene amigos de esa clase. Podría contar con

Yolanda y esa otra mujer que no recuerdo ahora cómo se llama, pero aparte de ellas dos, pues no sé, la fiesta no tendría muchos más asistentes. Una porquería de fiesta, obviamente.

Venga, la tercera, y creo que os parecerá la más sensata. En todo caso la más adulta, que no estoy yo cerca de cumplir los cuarenta para hacer el tonto por un tío.

También es la más sencilla: ir a verle, hablar con él, seducirle si se presenta la ocasión y después... lo que se tercie.

Por mucho que se empeñe, Quique no es tan inmaduro como quiere hacer creer a todo el mundo. Le gusta que lo vean así para evitar dar explicaciones, porque es infinitamente más cómodo para él. Se ha construido esa personalidad y engaña a todos.

Y quizá ahí esté la clave...

* * *

Como he decidido no ir con un disfraz de mamarracha, con las tetas metidas a presión, debajo de una gabardina, llevo un vestido camisero sencillo, de color verde oscuro, por encima de la rodilla. Ropa interior básica negra, nada del otro mundo. Sneakers color café con cuña. El pelo suelto y un bolso con las llaves, pastillas variadas, el móvil, algo de dinero y muchos nervios.

Cuando estoy a punto de entrar en el portal, dos chicas, bastante colocadas, y no solo a causa del alcohol, me empujan entre risitas para entrar ellas.

—Espero que haya barra libre y que Quique no sea un muermo —dice una, moviendo la nariz.

—Me han contado que se ha rehabilitado —añade la otra, poniendo cara de asco.

—Pues mejor, así nos toca más.

Ambas se ríen y se meten en el ascensor sin reparar en mi presencia.

Genial, la fiesta ya está en pleno apogeo.

Y no son las únicas que, entre risitas estridentes que molestan lo suyo y ganas de barra libre, aparecen mientras yo espero el ascensor. Subir hasta el ático a pie sería una opción, aunque llegar sudada no, así que aguardo paciente, mientras una parejita se hace arrumacos y, en cuanto llega el ascensor, me cuelo dentro con rapidez.

Me doy cuenta de que no son necesarias las llaves, pues la puerta está entornada. No hay duda de dónde se celebra la fiesta, pues se oye a todo volumen *If you Really Love me*. Como dar marcha atrás ya no tiene sentido, cruzo el umbral y me encuentro con un sinfín de gente que pulula, baila, esnifa, se ríe, bebe cosas de colores, se mete mano... resumiendo, desfase a tope. La cuestión aquí es que yo solo busco al anfitrión.

Me doy cuenta, según avanzo por el ático, que desentono un montón. No llevo ni una lentejuela, ni taconazo ni maquillaje a discreción. Y lo curioso de todo es que ni me miran, aquí cada cual va a lo suyo.

Oigo retazos de conversaciones que versan básicamente sobre estupideces o de cómo hacerle la pelota al dueño para que la barra libre continúe. Tres chicas incluso están echando a suertes cuál va a follar con él para que luego las acompañe a un local de moda carísimo y les pague las consumiciones.

Ganas de darles con la mano abierta no me faltan, pero de momento me reprimiré, no es plan de entrar montando un *show*.

Por fin lo veo, junto a las ventanas que dan acceso a lo que presupongo que es la terraza. Está

tonteando con una invitada, mientras otra se le frota por detrás.

—Joder, qué difícil va a ser esto —murmuro y me acerco a una mesa donde hay bebida. Cojo una cerveza y doy un sorbo que por poco no escupo, pues está caliente.

Camino fingiendo decisión hasta donde se encuentra Quique, que, entretenido como está coqueteando con esa chica, no me ha visto.

Llamo la atención de la chica que está a su espalda y saco del bolso un blíster que le muestro. Por supuesto, al ver las pastillas le hacen los ojos chiribitas y más aún cuando le digo:

—Son la hostia, pero toma solo una, ¿vale?

Ella asiente y se larga escopetada con el ácido fólico. Qué idiotas son algunas.

Ocupo su posición. Quique sigue sin percatarse de mi presencia. Ahora solo me queda deshacerme de la otra. Menos mal que en el bolso llevo más pirulas...

Espero tener suficientes, porque aquí hay mucho vicio.

Capítulo 30

Ahora suena un remix de *Cold Heart*. Bueno, da igual, aquí se trata de quedarme a solas con el anfitrión. Yo también quiero algo de él, así que, nada, a mis casi cuarenta, frotándome contra un tío más joven. Esto que no salga de aquí, ¿de acuerdo?

Quique le está levantando la falda a la chica, que, indiferente a todo, se balancea con la música y yo, que me siento ridícula, aunque contenta por no haber sucumbido a la idea del disfraz de enfermera, le susurro al anfitrión:

—¿Hacemos un trío?

De inmediato ocurren dos cosas. La primera, que Quique saca la mano de debajo del vestido de la chica, y la segunda, que ella parece recobrar los sentidos y me espeta con voz desagradable, estridente incluso:

—Oye, bonita, que yo estaba antes.

Quique se da la vuelta y al verme frunce el cejo. No se esperaba que me atreviera a tanto. Y yo tampoco, la verdad.

—¿Qué coño haces aquí?

—¡Eh, eh! —chilla la chica chasqueando los dedos—, no seas una puta plasta y lárgate.

—Estoy seguro de que encontrarás a alguien que te dé el capricho —dice Quique con desdén y señala con el dedo a la gente. Acto seguido, como si en efecto fuera una «puta plasta», me da la espalda, ignorándome.

—Ya le has oído, bonita —vuelve a hablar la chica y hace un gesto desdeñoso con la mano—, pírate.

Suspiro, qué paciencia hay que tener...

Saco del bolso otro blíster y lo agito delante de ella. No tarda ni un segundo en fijarse, lo que me confirma que esta, como los otros invitados, viene a pillar gratis. De repente muestra mucho más interés por las pirulas que por Quique.

—Si te vas un ratito por ahí, te las doy todas —canturreo.

Ella estira el brazo para cogerlas, sin embargo, yo las aparto de su alcance hasta que casi con voz suplicante dice:

—Vale, tía, lo que tú quieras.

—Solo una esta noche, ¿vale? Son muy fuertes.

—¿Qué le has dado? —pregunta Quique cuando se larga. Frunce el cejo.

Podría considerarse un avance, porque al menos me presta atención.

—Vitamina C.

—¿Y para mí no tienes nada?

Me mira de arriba abajo. Supongo que le resulta extraño verme sin el pelo recogido y sin el atuendo de enfermera. Claro que también puede apreciar cada uno de mis treinta y nueve años.

—Lo del trío iba en serio. —Es lo único y más estúpido que se me ocurre responderle.

—Pues nada, elige a alguien, yo no tengo preferencias —comenta indiferente y ambos

miramos a la concurrencia.

Hago una mueca, no me atrae nadie. Ni un poquito. Y mira que me fijo a conciencia, por si acaso. En cambio, él parece que esté en un supermercado.

—¿Y si eliges tú? —replico.

A punto estoy de cruzar los dedos para que, si se decide por alguien, sea mínimamente atractivo o atractiva y con un poco de inteligencia. Ah, y que no vaya puesto hasta las cejas.

—¿Qué te parece esa? —pregunta señalándome a una chica con un micro pantalón, pelo verde y cara de asco, porque está esperando a que dos tíos se aparten de la bandeja que hay sobre la mesita para pillar su ración.

—Por mí vale —miento.

Quique se echa a reír, es evidente que debo ensayar la cara de póquer.

Justo cuando va a replicar, aparece la primera chica a la que he sobornado y, pasando de él, me espeta sin mucha educación:

—Oye, tía, ¿tienes más de esta mierda? —Y me muestra el blíster de ácido fólico vacío—. Es que las he vendido todas.

—No me jodas... —mascullo.

Quique disimula bastante mal su guasa, aunque consigue decir:

—¿Y mi comisión?

Va la tía y le da treinta euros.

—¿Tienes o no tienes más? —insiste.

—No, pero puedo conseguirlas.

—Pues date prisa.

Cuando ella no puede oírme, le pregunto a Quique:

—¿Sabes dónde hay una farmacia de guardia por aquí cerca?

—Ni hablar, tú has venido a hacer un trío, no a traficar. Sígueme.

«Yo he venido dispuesta a todo», pienso.

—¡Eh! —nos grita la chica.

Quique me agarra de la muñeca y me arrastra al que doy por hecho que es su dormitorio. Enciende la luz, cierra de un portazo y me mira.

—¿Y bien? —inquiere con una postura desdeñosa, metiéndose las manos en los bolsillos, como si esto lo aburriera.

Está guapo a rabiar con ese aspecto de tipo adinerado y hartado.

—He venido para...

—Sí, ya lo he visto, para sacarte un sobresueldo traficando —dice y no detecto ni rastro de burla.

—Teniendo en cuenta mi situación actual, no es de extrañar —respondo y él ni se inmuta.

Se pasea por su dormitorio, que es grande, y no solo la cama, sino toda la estancia. He vivido en apartamentos más pequeños.

—Algo he oído...

Normal, pienso, con el espectáculo que se montó en el centro y tanta gente grabando con el móvil, lo raro es no hayamos salido en las noticias.

—Pero no, no he venido por eso.

—Ah, sí, lo del trío...

—Aunque... estamos solo tú y yo —murmuro y procuro sonar sugerente.

—Volvemos ahora mismo al salón si lo prefieres —replica acercándose.

—Ya sé que para ti tener público es de lo más normal. Ahora bien, siendo mi primer trío, un pelín de intimidad se agradecería —digo haciéndome la valiente, que buena falta me hace.

—¿Nunca te lo has montado con dos tíos? —pregunta con cara de extrañeza.

—Ya ves, soy una chica del montón.

—Joder, cuánta responsabilidad —contesta y ya no se muestra tan indiferente.

—Doy por hecho que tú ya estás aburrido de estas cosas. —Quique asiente—. Pues nada, estoy en tus manos.

Como comprenderéis, no me apetece nada de nada hacer un trío; no obstante, algo debo decir con el fin de mantener su atención. No parece estar por la labor de ponérmelo fácil.

¿A ver si no era tan mala idea el disfraz de enfermera?

Estoy a punto de preguntarle si no le preocupa que esa panda de gorriones le destrocen el apartamento, por hablar de algo, pues me mira de una forma que no sé interpretar. Y el hecho de que se mantenga en silencio me despista todavía más.

Lo más prudente es callar, aunque me va a ser difícil, porque se supone que yo he venido a aclarar las cosas y a lo que surja.

—Verás... yo...

En dos zancadas se acerca y me acorrala contra la pared. Huele bien, a colonia cara y, por supuesto, a porro. Al tenerlo cerca, y pese a la poca luz, veo que no tiene los ojos enrojecidos, así que probablemente se está controlando. O quizá he llegado pronto y aún no se ha metido en faena.

—Vivian, no busques excusas. Has venido a vigilarme —afirma, cerniéndose sobre mí.

No sé por qué se muestra tan dominante. Tampoco se lo voy a preguntar.

Diga lo que diga la voy a cagar, así que comienzo a jugar con el botón superior de su camisa. Lo saco del ojal. Y otro y otro, hasta que su pecho queda al descubierto. Es imposible pasar por alto la suavidad de la tela, es evidente que no pisa tiendas de confección masiva. Aunque sin duda es aún más increíble el tacto de su piel. Coloco una mano en el centro de su pecho y Quique inspira hondo. Me inclino para rozar con los labios su torso.

—Joder... —masculla.

Como pienso que a lo mejor este es el camino que seguir, repito el gesto. Lo beso una y otra vez. Percibo los cambios en su respiración y es imposible pasar por alto que está excitado. No me lo pienso ni un segundo y me voy dejando caer hasta quedar de rodillas.

Inmediatamente, le agarro la hebilla del cinturón con una clara intención. Miro un instante hacia arriba. Quique, con las manos apoyadas en la pared por encima de mí, mantiene los ojos cerrados y una expresión tensa.

La puerta se abre de repente y oigo:

—¡Quiiiiiqueeeee!

Una voz tan estridente como molesta e inoportuna nos interrumpe. Yo me quedo paralizada delante de una erección considerable.

—¡Quiiiqueee! —repite la chica.

Me incorporo y el aludido da un paso atrás.

—¿Qué? —pregunta impertinente.

—Nos han hablado de un garito muy chulo y nos vamos para allá. Te estamos esperando...

Él hace una mueca y se abrocha el cinturón.

—Ahora voy —murmura y le hace un gesto a la chica para que salga del dormitorio.

Nos miramos un instante. Yo me siento ridícula. Él, no sé, pues su expresión es confusa.

Me agarra de la mano y tira de mí hasta que regresamos al salón. Lo que veo es deprimente. Una chica arrodillada e inclinada sobre la mesa de centro, recogiendo lo poco que queda de coca para hacerse una raya, un tipo sobándole el culo y dos tíos a su lado, enrollándose en una *chaiselongue*. La mujer que nos ha interrumpido está concentrada en su móvil, con cara de fastidio.

—He pedido un Uber para ir —le dice a Quique con voz cantarina.

Algo me dice que él será el *paganini*.

—Pásame la ubicación, iré dentro de un rato —contesta y como ve que yo no aparto los ojos de los dos tíos enrollándose, me pregunta—: ¿Te pone cachonda?

—Sí —respondo con una mueca.

—¡Quiiiueee! La fiesta no es lo mismo sin ti —se queja ella.

Y la otra, la que buscaba las migajas de coca, se incorpora con torpeza (claro, va hasta las cejas) y se acerca a él para frotarse y engatusarlo.

—Venga, tío, que nos lo podemos pasar genial.

Tonto no es, menos mal, por lo que se niega. Después se acerca a los dos tíos y da una patada a la *chaiselongue* para llamar su atención.

—¡A la puta calle! —Los dos se separan y lo miran sin comprender—. Id con ellas, que conocen un garito estupendo.

Les señala la salida y, a regañadientes, todos abandonan su casa. Cuando por fin nos quedamos a solas, Quique se acerca a los altavoces y los apaga. La canción *Un beso improvisado* se queda a la mitad. Creo que, aunque la canción no fuera de mi agrado, la habría preferido, porque este silencio me preocupa.

Quique se acerca, sigue con la camisa desabrochada, y se queda de pie frente a mí.

—Siéntate, estarás más cómoda.

—Ni loca —replico, mirando de reojo la *chaiselongue*—. Ahí debe de haber ADN para dar, tomar y regalar.

Él esboza una sonrisa.

—Creía que eras más atrevida —me provoca.

—Y lo soy.

Sin pestañear, me arrodillo y, confiando en que nadie nos interrumpa, voy directa a por sus pantalones. En segundos se los bajo junto con los bóxers, para meterme su polla en la boca. Así, sin titubeos.

Quique enreda las manos en mi pelo y tira ligeramente sin llegar a hacerme daño. Aunque confieso que no me importaría.

Succiono con ganas, oyendo cada uno de sus jadeos a medida que lo voy llevando al límite. Y al comprobar que funciona, me vuelvo más agresiva. No solo utilizo la boca, sino las manos. Con una le aprieto las pelotas, dejando que las uñas se le claven un poco.

—La hostia puta... —gime y adelanta las caderas.

Quiere embestir, obvio; sin embargo, yo controlo la profundidad para no atragantarme. Cada vez que lo intenta, le clavo las uñas y Quique sisea.

—Oh, joder...

Alzo un instante la mirada y es una pena que él tenga los ojos cerrados, pues quisiera que se diera cuenta de que soy yo quien se la está chupando, no una de esas que solo pretenden tener barra libre.

—Vivian...

Cuando jadea mi nombre, además de ponerme cachonda, algo inevitable, me siento mucho mejor. Así que no hay vuelta atrás. Aprovecho y le doy el toque de gracia, jugando con un dedo en su ano. La primera reacción es tensarse, no obstante, me lo permite y, sin penetrarlo, solo estimulándolo, consigo que se corra.

No me aparto, mantengo su polla en la boca hasta que acaba y cuando lo hace le subo los bóxers, le abrocho el pantalón, los botones de la camisa y lo dejo arregladito.

Quique me sonrío de medio lado.

—Ya puedes ir a ese garito —le digo, dándole unas palmaditas en la mejilla.

Él me agarra de la muñeca, supongo que molesto por el tono un tanto condescendiente que he utilizado.

—Y una mierda —responde—. Ahora vas a ir directa al dormitorio a...

—¿Vigilarte?

—Exactamente.

* * *

Me despierto consciente de que no he dormido en mi cama, que estoy sola y que anoche hablar, lo que se dice hablar, más bien poco.

Bueno, tampoco es que me comportara como una muda, pero las palabras «más fuerte», «más profundo», «más rápido» que salieron de mi boca no estaban encaminadas a aclarar la situación. Claro que él tampoco se mostró muy conversador, pues las expresiones que oí fueron: «Oh, joder, cómo me gusta» y «Oh, joder, hazlo otra vez». Así, a primera vista, no son las más idóneas para una conversación seria, destinada a aclarar la situación.

Y ahora me encuentro sola. Quizá anoche él solo quisiera follar y después a tomar por saco. Ni idea, acabo de mencionar que no hubo ocasión para el diálogo.

Me levanto, no se oye nada. No sé si es buena o mala señal. Yo, por si acaso, me cubro con algo. Ponerme su camisa o envolverme con la sábana está muy trillado, así que me pongo el vestido, que encuentro arrugado en el suelo, pasando de la ropa interior.

Salgo del dormitorio y llego al salón. Hay algo, mejor dicho, alguien que me llama la atención. ¿Cómo no va a hacerlo si está desnudo? Y si vestido con esa ropa hecha a medida te deja sin aliento, su culo a primera hora de la mañana ya ni os cuento.

El salón está hecho una mierda tras la fiesta de anoche.

Pero volvamos a Quique y por supuesto a su culo.

Camino hasta quedar tras él y, además de recrearme la vista, murmuro:

—Tus vecinos van a escandalizarse.

—Ya están acostumbrados a verme la polla —replica encogiéndose de hombros.

—Ah, vale —susurro.

—Lo que hace tiempo que no disfrutan es viéndome echar un buen polvo en la tumbona.

—¿Es una propuesta en firme?

—Sí.

—¿Sin desayunar antes?

—Hay café, creo, en la cocina —dice manteniendo la postura, es decir, sin mirarme, como si mirar a través del cristal fuera infinitamente más interesante que yo.

—Ya desayunaré después —ronroneo y estiro el brazo para darle un buen azote a ese culo que

va pidiendo guerra.

Quique se vuelve, me agarra del brazo y dice:

—Vamos fuera, hay que dar un buen espectáculo.

—Pensaba que lo decías de coña —comento, mirando de reojo el exterior.

Estoy haciendo un cursillo de desenfreno a pasos agigantados. Anoche casi un trío, ahora exhibicionismo. ¡Es que no paro!

—Esto... ¿No será mejor esperar a que haga más calor? Lo digo por no pillar un catarro, que la mañana viene fresca.

—No te preocupes por eso... —dice sugerente.

Salimos a la terraza, no sin antes dejar mi vestido tirado sobre la *chaiselongue* repleta de ADN. Bueno, era barato, lo quemaré después.

Quique me saca a la terraza, ambos en pelotas.

—Vamos a ser la comidilla del vecindario.

—De eso se trata, Vivian.

Sonrío y, bueno, me concentro para caer de lleno en la depravación.

Me rodea con sus brazos y comienza a besarme. Yo le respondo dejándome llevar hasta una de las tumbonas. Me acuesto sin pensar en qué se ha hecho aquí antes y enseguida tengo a Quique encima. Lo recibo con entusiasmo y las piernas separadas para que se acople bien. Aunque, como ya he dicho, la mañana está un tanto fresca.

—Parece que te afecta el frío —comento con retintín.

—Tranquila, ya verás como todo funciona —replica un pelín arrogante.

—Eso espero, porque si me estás llevando por el mal camino para nada, no te lo perdonaré.

Se ríe, y yo, que no puedo quedarme quieta, le echo una mano. Literalmente.

Epílogo

Pensaréis que con cuatro polvos bien echados todo se arregló. Pues os voy a sacar de vuestro error: fueron muchos más que cuatro. No llegué a contarlos, porque durante la semana que estuve encerrada en su ático perdí la cuenta.

Y sí, después de aquellos siete días de maratón sexual, llegamos a una especie de entendimiento. Un tanto endeble, porque, a ver, seamos sinceros, convivir con otra persona a la que apenas conoces ya es difícil de por sí. Ahora añade que es un hombre, un ingrediente extra que ayuda al conflicto. Pero el acabose es que se trata de un tipo que no da un palo al agua ni tiene intención de darlo.

Así, a priori, era imposible que funcionase y, bueno, hay días mejores y días peores. Hemos conseguido, no sin cierto esfuerzo por mi parte, no tirarnos los platos a la cabeza.

Quique no entiende por qué me he obstinado en buscar trabajo, cuando podríamos vivir como «putos marqueses», palabras textuales.

Cierto, muy cierto. Recibe cada mes una asignación demasiado generosa, y sus gastos de casa y coche —Quique no conduce un utilitario, sino un Porsche Taycan— corren a cargo de la empresa. Traducido, el ingreso mensual es para «vivir».

Me costó un poco encontrar trabajo, pero al final me contrataron en una residencia de jubilados a media jornada, aunque siempre hago dos o tres horas más cada día, que me pagan bajo cuerda.

Si hubiera querido, aún mantendría el trabajo en el centro de rehabilitación, ya que tenía contrato en vigor, pero eso suponía ver a Lucas y soportar las maniobras seguramente mezquinas de su familia para echarme y dejarme en mal lugar, así que corté por lo sano.

Hoy, cuando me bajo del autobús —ni loca dejo que Quique venga a buscarme con su coche—, aprovecho para entrar en la farmacia y comprar una cosilla. A estas alturas de la vida, cumplidos los cuarenta y con mis antecedentes, no espero sorpresas. No obstante, las sorpresas ocurren.

Con mi test de embarazo escondido en el bolso, llego a casa. Como Quique no se rige por ningún horario, lo mismo me lo encuentro recién llegado del gimnasio que tirado en el sofá viendo algo en la tele. Ya os he dicho que va a su bola.

Veo un par de luces encendidas, lo que no significa que esté en casa, solo que, al ser un derrochón, no las apaga al marcharse. Al principio se lo recordaba, ahora ni me molesto.

—¿Quique? —lo llamo para asegurarme.

No obtengo respuesta, así que apago las luces del recibidor y voy directa al aseo del dormitorio. Me siento en el váter y sostengo en las manos el test. No me hace falta leer las instrucciones. Además de conocer el procedimiento por mi trabajo, es el tercero que me voy a hacer en diez días, porque no salgo de mi asombro.

La cuestión no es que tenga miedo al resultado, lo que me inquieta es la reacción de él. No he querido mencionarle nada porque... bueno, porque no tengo ni idea de qué opina al respecto.

Cuando le conté mi situación, Quique se mostró comprensivo. No se alteró ni tampoco hizo especulaciones. Luego no hemos vuelto a mencionar el tema, de ahí que ahora, ante esta disyuntiva, no sepa cómo se lo va a tomar.

—¿Qué haces ahí? —me pregunta Quique.

Intento esconder las pruebas dentro de mi sujetador deportivo, pero es una estupidez, porque he dejado la caja sobre la encimera. La coge y no le hace falta preguntar más para saber qué estoy haciendo.

—¿Ya sabes el resultado? —pregunta con una inusual seriedad.

Como ya he dicho, él siempre presume de ser inmaduro y se esfuerza en mantener esa fachada. Incluso se vanagloria de ello cuando hay público.

—No, aún no —miento en voz baja. No es el primer test que me he hecho.

—¿Y cuánto hay que esperar? —indaga en el mismo tono.

Lo miro y hago una mueca. Yo sentada en el váter, con mi ropa de trabajo, y él ahí de pie, ataviado con uno de esos pantalones de vestir azules, su cinturón de marca y su jersey de pico, es decir, hecho un pincel. Si no lo conociera, diría que es el típico hombre que viene de una reunión de trabajo.

Es inevitable que me sienta descolocada.

—No mucho.

Me hace un gesto para que proceda.

A ver, hacer pis delante de él no es nada glamuroso, eso por descontado, sin embargo, creo que no es el momento de ponerse digna. Joder, pienso, soy idiota podría haber hecho esto en los aseos del trabajo.

Termino de mojar el test y lo dejo sobre la encimera. Me ha visto desnuda cientos de veces y aun así prefiero subirme las bragas y el pantalón.

Nos miramos a los ojos.

Yo respiro hondo.

Quique comprueba la hora con un gesto rápido de su muñeca.

—¡A la mierda! —exclama y veo estupefacta cómo coge el test y se lo guarda en el bolsillo del pantalón.

—¡Quique!

—Ni Quique ni hostias —replica y se vuelve hacia mí.

«Joder, la he cagado», pienso, porque su expresión es extraña. Confieso que nunca lo había visto así, enfadado, serio.

—Mira, ya sé que este tema es espinoso —digo en voz baja—. Y si no te gusta, me iré, tranquilo.

—Admito que he sido el tío más irresponsable e inmaduro del planeta —me dice en voz baja, acorralándome entre la encimera y su cuerpo—, pero ya empieza a tocarme los cojones que tú sigas pensando eso de mí.

—Escucha...

—No, no voy a escuchar una mierda —me interrumpe con un cabreo que intuyo que va a ir en aumento.

—Yo pensaba que...

—Sí, me dijiste que no podías quedarte preñada y te creí —acaba la frase por mí.

No me ha gustado nada su tono, cercano a la desconfianza.

—Yo no te he engañado, Quique. Y antes de que sigas por ese camino, me largo de aquí. Paso

de ti y de tus sospechas...

No soy una veinteañera ingenua, tengo una edad y puedo afrontar lo que venga por mi cuenta.

—Quieta ahí... —dice impidiéndome salir.

—Además, todavía no sé nada definitivo, porque el señorito ha escondido el test.

—Te compraré diez putos tests si hace falta —replica molesto—, sin embargo, lo que me jode es que esto me lo hayas ocultado. Si tenías dudas, ¿por qué coño no me lo has dicho?

Respiro, no estoy acostumbrada a tener conversaciones tan serias con Quique. Él no es así, por eso me descoloca. Sin olvidar que se está comportando como un cretino controlador y desconfiado.

Y entonces encajo las piezas...

—Crees que voy a por tu dinero, ¿no es cierto?

Quique resopla.

—No serías la primera que lo intenta...

—¿Crees que yo soy así?

Abro los ojos como platos. He dado con el quid de la cuestión.

—Cuando iba hasta las cejas era más descuidado que ahora, lo admito.

—Ahora mismo piensas que te conté una milonga para que te confiaras —lo acuso, conteniendo la rabia y las ganas de llorar. Esto no me lo esperaba de él.

—¿Fue así, Vivian?

Esa pregunta es igual que una puñalada tramera. No voy a seguir con esto.

Le doy un empujón para quitármelo de encima y salgo del baño. Voy directa a por mi bolso y, sin perder un segundo, me dirijo a la puerta, pero él me intercepta.

—¿Me engañaste, Vivian? —inquieta adusto.

—Cree lo que te dé la real gana. Yo me largo.

—Tú no vas a ninguna parte hasta que no seas sincera conmigo —insiste.

—Y qué más te da, ¿eh? —rezongo, molesta por haber creído en él, por pensar que no es tan gilipollas como finge ante la gente.

Si es que no aprendo, joder.

—Me da, y mucho —sisea—. ¿Te inventaste lo de tus problemas ginecológicos o no?

Le conté lo del accidente, los problemas que tuve después y el motivo por el que me tatué unas lágrimas sobre el pubis. Debí cerrar el pico.

—Pero ¿qué clase de perturbada crees que soy para inventarme algo semejante? —replico e intento liberarme para salir de su apartamento cuanto antes.

Estoy a punto de llorar y no le voy a dar esa satisfacción.

—Contesta sí o no.

—¿Crees que una mujer se quedaría embarazada de ti solo para sacarte el dinero así sin más? ¡No eres tan buen partido como piensas!

—Sí o no —insiste con ese tono tan intimidatorio.

Nunca lo había visto así.

—¡No! —le grito—. No me los inventé, ¿contento?

Esto no se lo perdono, es una canallada. Es echar sal a la herida.

—¿Sabes?, esto solo tiene una explicación —dice reflexivo, apartándose muy poco, lo cual sigue impidiéndome escapar.

—¿Cuál? —pregunto de mala gana.

De repente su expresión cambia, deja a un lado su seriedad y sonrío de oreja a oreja.

—Mi semen es invencible —afirma y se echa a reír a carcajadas—. Insuperable... Calidad extra... Una puta pasada...

Sigue echándose piropos, cada cual más surrealista, porque lo de «semen ultraconcentrado» suena a anuncio de lavavajillas.

—¿Eres bipolar? —mascullo y, de verdad, lo mataría a pellizcos.

—Joder, es que lo sabía, hostias —presume como un idiota, sin dejar de reírse—. Lo que pasa es que tu ex echaba aguachirle, eso seguro.

Y, claro, tengo que aguarle la fiesta para bajarle los humos.

—Pues teniendo en cuenta la química que tú te has metido, no sé yo sí...

—¿Ves cómo las drogas son buenas? Mi esperma está vitaminado y es de primera calidad.

—No te cuelgues medallas antes de tiempo. Aún no has visto el resultado.

—Conociéndote y teniendo en cuenta tu reacción, es que lo sabes desde hace días.

Ahí me ha pillado.

—Por si acaso, míralo.

Da medio paso atrás y saca el test de su bolsillo. Observa el recuadro donde se marca el resultado y frunce el cejo.

—¿Este cacharro dice de cuánto estás? ¿Si es niño o niña?

—¿Y eso qué más da? —replico.

—Yo qué sé —dice abrazándose—. Como soy un inmaduro gilipollas, tengo que preguntar estupideces.

Pongo los ojos en blanco.

—De todas formas, estoy cabreada contigo. Me has cuestionado y...

No puedo continuar con el rapapolvo, porque Quique me besa y me aprisiona entre sus brazos. Pero que conste, le voy a devolver el golpe.

Ahora no, obviamente, pues entre beso y beso me susurra que vamos a celebrarlo a lo grande y, cuando quiero darme cuenta, ya me tiene medio desnuda y recostada sobre el sofá.

Hago aquí un inciso. El sofá lo cambiamos cuando yo me instalé en este apartamento, ni loca iba a poner mi trasero en el anterior. Ah, y fui a un *outlet* de muebles, pese a que Quique me dio carta blanca para elegirlo.

Bien, sigamos. Quique termina de desnudarme. No hace ningún comentario sobre mi práctica y funcional ropa interior. Después es su turno y por fin lo tengo encima. Piel con piel, rozándonos como adolescentes cachondos.

Retoma sus susurros a la par que su boca desciende por mi pecho hasta atrapar un pezón. Me revuelvo inquieta e impaciente.

Por eso busco algo que lo haga reaccionar, enfadarse incluso, y además es un pensamiento lógico, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Vas a ser un padre horrible —musito.

—Eso ya lo sé —admite y aún está a la altura de mi ombligo.

—Eres un niño grande y no sé si voy a tener tiempo para cuidar de dos críos —añado y Quique se ríe antes de darme un mordisquito en la cadera.

—Tienes complejo de madre controladora —se burla y me separa las piernas para acceder sin problemas a mi sexo.

—Hummm...

¿Puede ser?

Desde que estamos juntos, él se ha comportado como siempre, a excepción de ponerse hasta

el culo e irse de fiesta hasta el amanecer. Su vida es estar mano sobre mano, tomar vitaminas, que parecen mantenerlo relajado, y poco más.

Traducido, un niño grande con dinero y tiempo para aburrirse. Y yo, sin ser excesivamente pesada, he vigilado sus movimientos. No sé si Quique finge no importarle nada o es que sencillamente le conviene que yo sea la responsable de la relación. El caso es que funciona.

Tampoco es el mejor momento para reflexionar al respecto. Hay un tipo muy malo entre mis piernas, con una boca igual de perversa y una lengua muy hábil, provocándome un cortocircuito general.

Cuando Quique sabe que estoy a un paso de correrme, se vuelve aún más malévolo, hasta que oye mis obscenos gemidos y le tiro del pelo con saña.

Ah, y aprisiono su cabeza entre mis piernas hasta que él, con bastante ironía, masculla:

—Me dejas sin aliento.

Biografía



Nací en Burgos, lugar donde resido. Soy lectora empedernida y escritora en constante proceso creativo. He publicado más de veinte novelas de diferentes estilos y no tengo intención de parar.

Comencé en el mundo de la escritura con mucha timidez, y desde la primera novela, que vio la luz en 2011, hasta hoy he recorrido un largo camino.

Si quieres saber más sobre mi obra, lo tienes muy fácil. Puedes visitar mi blog, <http://noe-casado.blogspot.com/>, donde encontrarás toda la información de los títulos que componen cada serie y también algún que otro avance sobre mis próximos proyectos.

Facebook: <https://www.facebook.com/noe.casado.9>

Instagram:

https://www.instagram.com/noe_casado_escritora/

Referencias a las canciones

Save Your Tears, © 2020 The Weeknd XO, Inc., marketed by Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por The Weeknd.

Kiss Me More, © 2021 Kemosabe Records/RCA Records, interpretada por Doja Cat & Sza.

There's Nothing Holdin' Me Back, This Compilation © 2017 Island Records, a division of UMG Recordings, Inc., intepretada por Shawn Mendes.

Bad Habits, An Asylum Records UK release, a division of Atlantic Records UK, © 2021 Warner Music UK Limited, interpretada por Ed Sheeran.

Don't Go Yet, © 2021 Epic Records, a division of Sony Music Entertainment, interpretada por Camila Cabello.

Higher Power, Under exclusive licence to Parlophone Records Limited, © 2021 Coldplay, interpretada por Coldplay.

Take My Breath, © 2021 The Weeknd XO, Inc., marketed by Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por The Weeknd.

Todo de ti, © 2021 Sony Music Entertainment US Latin LLC/Duars Entertainment, Corp., interpretada por Rauw Alejandro.

Vogue, © 2009 This Compilation P2009 Warner Records Inc., interpretada por Madonna.

Sin miedo a nada, © 2007 Warner Music Spain S.A., interpretada por Álex Ubago y Amaia Montero.

If You Really Love Me, Under exclusive licence to What a Music Ltd, © 2021 DJ Ltd., interpretada por David Guetta.

Cold Heart, An EMI release; © 2021 Mercury Records Limited, interpretada por Elton John & Dua Lipa.

Un beso improvisado, © An Epic release (P) 2021 Sony Music Entertainment Italy S.p.A., interpretada por Ana Mena & Rocco Hunt.

Mis malos hábitos y tú. Pijas y divinas, 6
Noemí Ordóñez Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-08-26001-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!





A tu son. Segundas oportunidades, 1

Moyle, Roseline

9788408258575

284 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jessica. Daniel. El primer amor... El primer desengaño... El primer dolor... Daniel Acabo de quedarme como un pasmarote y no, no es por el hecho de que mi «compañero» sea en realidad «compañera». La miro sin saber qué decir ni qué hacer. Mi mente retrocede once años atrás y vuelvo a verla de nuevo allí, de pie, simulando que no siente nada mientras se da media vuelta y se marcha... Es ella, es Jess. Jessica ¡La madre que lo parió! Está igual que hace once años. ¿Cómo es posible? Tiene la misma cara de niño bueno. Me está mirando alelado, por lo que empiezo a pensar que esto también ha sido una sorpresa para él. Veo a Alicia mover los labios, pero debido a la música que suena en mis auriculares no oigo lo que le dice, aunque puedo imaginármelo por su cara: ¿él es el misterioso compañero de piso? Un piso en común, rencores del pasado, cenizas que resurgen y una atracción imposible de ignorar. Comedia, música, drama, romance y erotismo son los ingredientes que encontrarás en esta novela. A tu son es una novela de amor, amistad, lealtad y, sobre todo, superación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

LOLES LÓPEZ

LA FRONTERA
QUE SEPARA
SUS LABIOS DE
LOS MÍOS



La frontera que separa sus labios de los míos

Lopez, Loles

9788408260035

350 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de su último desengaño amoroso, Valeria se promete no volver a caer en el error de fijarse en otro hombre como su ex. Ya ha tenido suficiente con las consecuencias de haber estado con un tipo duro con fama de rompecorazones. Una noche, después de una situación tensa y peligrosa, Valeria volverá a encontrarse con el mejor amigo de su ex, Jorge, el rey indiscutible de todo lo que ella quiere olvidar y alejar de su vida. Jorge Novoa es la definición de riesgo, de poder, de misterio, de seducción y de determinación. En Vallecas todos saben quién es y, por eso mismo, nadie en su sano juicio se atrevería a meterse con él o con los suyos. El deporte y su familia mueven su vida, y cree que, gracias a las peleas clandestinas, podrá salir de ese agujero negro en el que está metido. Cuando su mejor amigo, al que considera un hermano, le pide que contrate a su ex para que trabaje en el gimnasio familiar de Jorge, él accede sin pensar siquiera en las consecuencias. Pero ver a Valeria todos los días le hará recordar algo que pensaba que tenía olvidado. Él era todo lo que Valeria no quería en su vida. Ella era la única mujer que estaba vetada para Jorge. Descubre esta intensa, seductora, ardiente e intrigante historia de amor en la que la acción, la amistad, la creencia en el destino y la búsqueda personal llevarán a Valeria y a Jorge a plantearse si vale la pena traspasar sus propios límites y si realmente están a salvo de enamorarse. ¿Y si lo que más deseas en el mundo es justo lo que te has prohibido?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Bajo la fría lluvia de Dublín

Lopez, Loles

9788408254805

366 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Mónica se prometió que nunca volvería Dublín, pero, después de once años viviendo en España, las circunstancias la obligarán a regresar a su ciudad natal. Y aunque su intención es pasar allí una cortísima temporada, acabará instalándose en la casa de su estricta y liante abuela, donde compartirá techo con Connor O'Callaghan. ¡El mismo chico que le hizo la vida imposible los últimos años que vivió ahí! Y aunque haya pasado tiempo desde el inicio de esa mutua enemistad, parece que Connor sigue aferrado a ese odio que sentían. Entre discusiones, situaciones hilarantes, recuerdos y secretos desvelados, comenzarán a darse cuenta de que la convivencia será mucho más difícil de lo que pensaban. Una carta que no recibió. Un instante que no debería haber ocurrido. Y un viaje por Irlanda que les hará encontrar algo que ni siquiera buscaban. ¿Qué harías si te tocara vivir con la persona que más odias en el mundo?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

RADIOGRAFÍA DEL *deseo*

EN CUERPO Y ALMA. I



MIMMI KASS

zaffre

Radiografía del deseo. En cuerpo y alma, 1

Kass, Mimmi

9788408260028

420 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Inés es residente de cardiología infantil y acaba de volver a Chile después de un tiempo en Estados Unidos. Un espíritu libre y rebelde que intenta equilibrar todas las facetas de su vida, segura de que cumplirá su plan de futuro al lado de un hombre que valga la pena. Al llegar se encontrará con el doctor Erik Thoresen, un cardiocirujano noruego que vive dedicado a su trabajo; no tiene tiempo para las relaciones serias, ni le interesan. Prefiere no involucrarse en nada que no sea el hospital. Es duro, muy exigente en su trabajo, y espera lo mismo del resto de sus colegas. A pesar de las diferencias culturales, de temperamento y de los continuos enfrentamientos en un entorno laboral altamente competitivo, ambos se verán envueltos en una espiral de deseo irresistible, contra la que no podrán luchar. Ella descubrirá que hay más formas de amar que el estereotipo que asume como correcto. Él se dará cuenta de que la cirugía no lo es todo en la vida, y que el amor existe... aunque quizá le cueste un poco averiguarlo. El deseo lo inundará todo, pero ¿surgirá algo más?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Megan Maxwell

**Vaya vaya,
cómo has crecido**



zafiro

Vaya vaya, cómo has crecido

Maxwell, Megan

9788408245742

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Raquel es una joven periodista a la que le encargan entrevistar al guapísimo actor de moda Manuel Beltrán. En su infancia fueron vecinos y asistieron al mismo colegio. Han pasado muchos años, por lo que Raquel se sorprende cuando se da cuenta de que él sabe perfectamente quién es. Aunque Manuel la invita a cenar tras la entrevista, ella se niega y se marcha. Sin embargo, Manuel no se da por vencido y, gracias a su madre, acaba dando con ella. A partir de ese instante, Raquel y Manuel se encontrarán en más de un lugar, y lo que comenzó como una entrevista se convertirá en un tremendo asedio al corazón.

[Cómpralo y empieza a leer](#)